Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 1]

Ya me he convencido de no escribir más sobre los judíos o en contra de ellos. Pero desde que me enteré de que aquellos miserables y malditos no cesan de ser un engaño para ellos mismos y para nosotros los cristianos. Yo he publicado este pequeño libro para que yo pueda ser encontrado entre aquellos que se oponen a las actividades ponzoñosas de los judíos y como alguien que advierte a los cristianos para que no baje la guardia contra ellos.

Yo no creo que un cristiano pueda ser engañado por los judíos a tomar su exilio y miseria para si mismo. Pero el diablo es el dios del mundo, y donde sea que la palabra de Dios este ausente el tiene una tarea fácil, no solamente con los débiles sino también con los fuertes. Que Dios nos ayude. Amén

Gracia y paz en el Señor. Mi querido señor y buen amigo. Yo he recibido un tratado donde un judío se traba en dialogo con un cristiano. El osa pervertir los pasajes de escrituras que son el testimonio de nuestra fe, en lo que concierne a Nuestro Señor Jesucristo y Maria su madre y los interpretan de una forma muy diferente. Con este argumento el piensa que puede destruir la base de nuestra fe.

Este es mi respuesta a ti y a el. No es mi propósito pelearme con los judíos, o de aprender de ellos como ellos interpretan o entienden las Escrituras; yo ya se todo eso muy bien. Mucho menos me propongo a convertir a los judíos. Porque eso es imposible. Esos dos hombres excelentes, Lyra y Burgensis, junto a otros, verdaderamente describieron la vil interpretación de los judíos para nosotros hace 200 y 100 años respectivamente. Verdaderamente ellos los refutaron

completamente. Pero eso no fue de ninguna ayuda para los judíos y se han hecho cada vez peor.

No han aprendido ninguna lección de las terribles desdichas que han sido suyas por más de 1400 años en el exilio. Ni pueden ellos obtener un final o término para ello, como ellos suponen, mediante desgarradores gritos y lamentos a Dios. Si estos golpes no ayudan, es razonable asumir que nuestra conversación y explicación ayude aún menos.

Por consiguiente un cristiano tiene que estar contento y no discutir con los judíos. Pero si Ud. tiene o quiere hablar con ellos, no digan mas que esto: "Escucha, judío, ¿Te has dado cuenta que Jerusalén y tu soberanía, junto a tus templos y sacerdotes, has estado destruidos por mas de 1460 años? Porque este año, el cual nosotros los cristianos escribimos como 1542 desde el nacimiento de Cristo es exactamente 1460 años, yendo hacia 1500, desde que Vespasian y Tito destruyera Jerusalén y expulsaran a los judíos de la cuidad. Dejen que los judíos muerdan esta nuez y discutan la pregunta por el tiempo que quieran.

Porque tal insensible furia de Dios es suficiente evidencia que ellos seguramente se han equivocado y errado el camino. Hasta un niño puede comprender esto. Porque uno no puede considerar a Dios tan cruel como para castigar a su propia gente por tanto tiempo, tan terriblemente y sin misericordia y en suma mantenerse en silencio sin ayudarlos de palabra ni con hechos y sin ponerles un límite o fin a ello. ¿Quién pudiera tener fe, esperanza o amor hacia tal Dios? Por consiguiente este trabajo de furia es prueba que los judíos, seguramente rechazados por Dios, ya no son su gente y ni el ya su Dios. Esto concuerda con Óseas 1:9, "Y dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ammi: porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios". Sí, desafortunadamente, esta es su suerte, verdaderamente una terrible. Ellos pueden interpretar esto como les plazca; vemos los hechos ante nuestros ojos, y estos no nos engañan.

Si hubiera aunque sea una chispita de razonamiento o entendimiento en ellos, ellos seguramente dirían a si mismos: "Oh Señor, algo malo pasa con nosotros. Nuestra miseria es muy grande, muy larga, muy severa; ¡Dios nos ha olvidado! etc. Para que estén seguro, yo no soy judío, pero realmente no me gusta ver la terrible ira de Dios hacia su gente. Tirito de miedo en cuerpo y alma, porque me pregunto, ¿Cómo será la eterna ira de Dios en el infierno hacia los falsos cristianos y todos los incrédulos? Bueno, dejen a los judíos reconocer a nuestro Señor Jesucristo como les plazca. Nosotros vemos la realización de sus palabras en Lucas 21:20: "Y cuando viereis á Jerusalén cercada de

ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado....Porque estos son días de venganza. Porque habrá apuro grande sobre la tierra é ira en este pueblo."

En suma, como ya ha sido dicho, no se comprometan en un debate con los judíos sobre los artículos de nuestra fe. Desde su juventud ellos han sido nutridos con veneno y rencor contra nuestro Señor y no hay esperanza hasta que no lleguen al punto donde su miseria finalmente los haga manuables y los haga confesar que el Mesías ha llegado y que el es nuestro Jesús. Hasta aquel momento falta, y es todavía muy temprano, sí, es inútil el discutir con ellos como Dios es triuno, como se hizo hombre y como María es la madre de Dios. Ningún raciocinio humano ni ningún corazón humano podrá otorgar estas cosas, mucho menos, el amargado, venenoso y ciego corazón de los judíos. Como ya ha sido dicho, lo que Dios no puede reformar con tan crueles golpes, nosotros no podemos cambiar con palabras y hechos. Moisés no pudo reformar al Faraón mediante las plagas, milagros, pedidos y amenazas; el lo tuvo que dejar que se ahogara en el mar.

Ahora, para fortalecer nuestra fe, queremos hablar de algunos de los grosos autoengaños de los judíos y su fe y sus exégesis de las Escrituras, desde que tan maliciosamente denigran nuestra fe. Si esto conmoviera a cualquier judío a reformarse y arrepentirse, mejor aun. Nosotros ahora no estamos hablando con los judíos sino sobre los judíos y su conducta, así nuestros alemanes también pueden estar informados.

Hay una cosa sobre las que ellos fanfarronean y se enorgullecen mas de la cuenta, y eso es su descendencia de los primeros seres del planeta, de Abraham, Sara, Isaac, Rebeca, Jacob, y de los doce patriarcas, y así de la gente santa de Israel. San Pablo mismo lo admite cuando dice en Romanos 9:5; *Quorum patres* esto es, "Cuyos son los padres, y de los cuales es Cristo según la carne, " etc. Y Cristo mismo lo declara en Juan 4:22, "porque la salvación proviene de los judíos". Es entonces por esto que se vanaglorian de ser los mas nobles sobre la tierra, En comparación con ellos y en sus ojos nosotros los gentiles (goyim) no somos humanos; en realidad difícilmente merecemos ser considerados pobres gusanos por ellos. Porque no somos de esa alta y noble sangre, linaje, nacimiento y descendencia. Este es su argumento, y realmente yo creo que esto sea la más grande y fuerte razón de su orgullo y alarde.

Entonces Dios, tiene que aguantar que en sus sinagogas, sus rezos, cantos, doctrinas y todas sus vidas que vengan y se paren ante el y lo apesten lastimosamente (si puedo hablar de Dios de tal forma humana). Así el tiene que escuchar sus alardes y sus alabanzas hacia el por haberlos separado de los gentiles, por dejarlos ser descendientes de los santos patriarcas y por haberlos seleccionado para ser su santo y

peculiar pueblo, etc. Y no hay ni límite ni final a estos alardes de su descendencia y sus nacimientos físicos de los padres.

Y para llegar al fin de sus locuras y autoengaño estúpido, alardean y agradecen a Dios, en primer lugar por haber sido creados seres humanos y no animales; y segundo por ser israelitas y no goyim (gentiles); y en tercer lugar por haber sido creados hombres y no mujeres. No aprendieron tales estupideces de Israel sino de los goyim. Porque la historia cuenta que el griego Platon le acordaba diariamente a Dios tales alabanzas y agradecimientos- si tal arrogancia y blasfemias pueden ser llamadas alabanzas a Dios. Este hombre también, alababa a sus dioses por estas tres cosas: que era un ser humano y no un animal, un hombre y no una mujer; un griego y no un no-griego o bárbaro. Estos son alardes de un estúpido, la gratitud de un bárbaro que blasfema a Dios! De la misma manera los italianos se imaginar ser los únicos seres humanos; se imaginan que todos las otras personas del mundo no son humanas, meros patos o ratones en comparación.

Nadie les puede sacar el orgullo de su sangre y de su descendencia de Israel. En el Viejo Testamento perdieron muchas batallas en guerra sobre este tema, pero ningún judío entiende esto. Todos los profetas lo censuraron, porque delata una presunción arrogante y carnal vacía de espíritu y fe. Ellos también fueron matados y perseguidos por esta razón. San Juan Bautista los ataco severamente por ello, diciendo, "No piensen que podrán alegar: 'Tenemos a Abraham por padre.' Porque les digo que Dios es capaz de sacarle hijos a Abraham incluso de estas piedras." (Mateo 3:9) El no los llamo los hijos de Abraham sino "Camada de Víboras" (Mateo 3:7). Oh, eso fue muy insultante para la noble sangre y raza de Israel, y ellos declararon, "Tiene un demonio" (Mateo 11:18) Nuestro Señor los llama "camada de víboras", aun mas Juan 8:39 dice: "Si fueran hijos de Abraham, harían lo mismo que él hizo. Ustedes son de su padre, el diablo". Fue intolerable para ellos escuchar que no eran hijos de Abraham sino del diablo, ni tampoco soportan escuchar esto hoy. Si ellos renunciaran a este alarde y discusión, la totalidad del sistema en el cual esta construido se desmoronaría y cambiaria.

Yo mantengo que si su Mesías, el cual esperan, viniera y desecharía su alarde y sus bases lo crucificarían y lo blasfemaran siete veces peor que a nuestro Mesías, y también dirían que no es el verdadero Mesías, sino un diablo engañador. Porque han dibujado a su Mesías como uno que vendrá a fortalecer e incrementar tales carnales y arrogantes errores sobre la nobleza de sangre y linaje. Esto es lo mismo que decir que nosotros los deberíamos de asistir en la blasfemia hacia Dios y en ver a sus criaturas con desprecio, incluyendo las mujeres, que también son seres humanos y a la imagen de Dios como nosotros, aun mas, son nuestra propia sangre y carne, tales como madre, hermana, hija, ama de

casa, etc. Porque de acuerdo a la antes mencionada triple canción de alabanza, ellos no consideran a Sara (como mujer) tan noble como Abraham (como hombre). Quizás, ellos desean honrarse por haber nacido mitad noble, de un padre noble y mitad innoble, de una madre innoble. Pero suficiente de esta estupidez y engaño.

Nosotros proponemos discutir sus argumentos y altanerías y comprobar convincentemente ante Dios y el mundo no ante los judíos, porque, como ya se ha dicho, ellos no aceptarían esto ni de Moisés ni de su propio Mesías que su argumento es realmente vació y sus estándares condenados. Para este fin citamos a Moisés en Génesis 17, a quien seguramente deberían creer si fueran verdaderos Israelitas. Cuando Dios instituyo la circuncisión, el dijo entre otras cosas, "Y el varón incircunciso... aquella persona será borrada de su pueblo..." (Génesis 17:14). Con estas palabras Dios condena a todos los nacidos de la carne, no importa cuan noble, alto, o cuan bajo haya sido su nacimiento. El no deja exenta la semilla de Abraham de este juicio, aunque Abraham haya sido no solamente de alto y noble nacimiento de Noé, sino también denominado santo (Génesis 15) y paso a ser Abraham en vez de Abram (Génesis 17). No obstante ninguno de sus hijos será enumerado entre el pueblo de Dios, pero al contrario arrancado y Dios no será su Dios, a no ser que el, sobre y mas allá de su nacimiento sea también circunciso y aceptado al pacto de Dios.

Para estar seguro, ante el mundo una persona es correctamente considerada más noble que otra por razón de su nacimiento, o más inteligente que otra por razón de su inteligencia, o más fuerte y mas bella por razón de su cuerpo, o más rica y poderosa por razón de sus posesiones, o mejor que otra por razón de sus virtudes especiales. Porque esta miserable, pecaminosa y mortal vida debe de ser marcada por tales diferenciaciones e inigualdad, los requerimientos de la vida diaria y la preservación del gobierno lo hacen indispensable.

Pero el pavonearse ante Dios y vanagloriarse de ser tan noble, exaltado, y tan rico comparado con otras personas, eso es arrogancia diabólica, porque todo nacimiento de acuerdo a la carne es condenado ante El, sin excepción en el antes mencionado versículo, si su pacto y palabra nos viene a rescatar una vez más y crear un nuevo nacimiento, muy diferente al viejo, primer nacimiento. Entonces así lo judíos se enaltecen en sus rezos ante Dios y su gloria por el hecho de ser de la sangre noble de los patriarcas, su linaje y sus hijos y que el debe considerarlos y ser agraciado para con ellos por virtud de ello. Mientras condenan a los gentiles como indignos y no de su sangre, mi querido señor, ¿Qué supone Ud. que tal rezo logre? Esto es lo que logrará: Aunque los judíos fueran tan santos como sus padres Abraham, Isaac y Jacob, si, aunque fueran ángeles en el cielo, por tal rezo tendrían que ser arrojados al

abismo del infierno. ¡Cuanto menos tales rezos los salvaran del exilio y su vuelta a Jerusalén!

Porque tales diabólicas y arrogantes plegarias no hacen otra cosa que hace de la palabra de Dios una mentira, porque Dios declara: Quien nazca y no sea circunciso no será solamente innoble y despreciable sino también será maldito y no será parte de mi pueblo y yo no seré su Dios.

Los judíos se enfurecen contra esto en su blasfemo rezo como diciendo: "No, no, Señor Dios, eso no es verdad, nos debes escuchar porque somos del linaje noble de los santos padres. Por virtud de tal noble nacimiento nos debes establecer como señores sobre toda la tierra y en el cielo también. Si no haces eso, rompes tu palabra y nos haces injusticia porque le juraste a nuestros padres que aceptarías su semilla como tu pueblo para siempre."

Esto es como si un rey, príncipe, señor o un rico, bello, inteligente, pío y virtuoso entre nosotros cristianos rezaría así a Dios: "Señor Dios, mira que gran rey y señor soy! Mira que rico, inteligente y pío que soy! Mira que bello o bella soy en comparación con otros! Se bondadoso conmigo, ayúdame, y por razón de todo esto sálvame! La otra gente no se lo merece tanto, porque no son tan bellos, ricos, inteligentes, píos, nobles y altamente nacidos como yo!" ¿Qué suponen Ustedes que tal rezo merezca? Se merecería truenos y destellos del cielo y sulfuro y fuego del infierno del piso. Eso seria la justa pena; porque la carne y la sangre no deben vanagloriarse ante Dios. Porque como dijo Moisés, quien sea que nazca y aunque sea de los santos patriarcas y de Abraham mismo esta condenado ante Dios y no debe vanagloriarse ante el. San Pablo dice lo mismo en Romanos 3:27, como así también Juan 3:6.

Tal rezo fue también pronunciado por el Fariseo en el Evangelio mientras se vanagloriaba de todas sus bendiciones diciendo, "Yo no soy como otros hombres." Aún más, su rezo fue bellamente adornado, porque lo hizo dando gracias y se imaginaba estar sentado en el regazo de Dios como su hijo favorito. Pero el trueno y los rayos del cielo lo mando al abismo del infierno, como Cristo mismo lo declaro, diciendo que el publicano estaba justificado pero el Fariseo condenado. O, que podemos nosotros pobres gusanos, lombrices, hediondos y sucios presumir y vanagloriar ante el quien es Dios y Creador del cielo y de la tierra, quien nos hizo de tierra y de la nada! Y a lo que concierne a nuestra naturaleza, nacimiento y esencia, nosotros no somos más que polvo y nada ante sus ojos; todo lo que nosotros somos y tenemos proviene de su gracia y su rica misericordia.

No hay duda que Abraham fue más noble que los judíos, porque como hemos mencionado anteriormente, el era descendiente del mas noble

patriarca, Noe, quien en sus días era el mas grande y viejo señor, sacerdote y padre de todo el mundo y de los otros nueve patriarcas subsiguientes. Abraham vio, escuchó y vivió con todos ellos y algunos de ellos, por ejemplo Sem, Shelah, Eber, lo sobrevivieron por muchos años. Así que Abraham obviamente no le faltaba nobleza de sangre y nacimiento; aun así esto no le ayudo en lo mas mínimo para ser contado entre el pueblo elegido de Dios. No, el era un idolatra, y hubiera continuado bajo la condena de Dios si su palabra no lo hubiera llamado, como Josué en el capitulo 24:2 nos informa de las palabras salidas de la propia boca de Dios:

"Josué dijo a todo el pueblo: «Esto dice Yahvé el Dios de Israel: Al otro lado del Río habitaban antaño vuestros padres, Téraj, padre de Abraham y de Najor, y servían a otros dioses.”

Hasta después de haber sido llamado y santificado mediante l apalabra de Dios y mediante la fe, de acuerdo con Génesis 15, Abraham no se vanagloriaba de su nacimiento o sus virtudes. Cuando el hablo con Dios (Génesis 18) el no dijo: "Mira que noble soy, nacido de Noe y los santo patriarcas, y descendiente de tu santa nación", ni tampoco dijo, "Que pío y santo soy en comparación con otras personas!" No, el dijo,

"¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza!” [Génesis 18:27]

Así es, en verdad, como una criatura debe de hablarle a su Creador, no olvidándose de que tiene ante si y come es visto El. Porque eso fue lo que Dios dijo de Adán y todos sus hijos (Génesis 3:19),

"Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.”

Ahora pueden ver que buenos hijos de Abraham los judíos realmente son, que bien siguen a su padre, si, que buena gente de Dios son. Se vanaglorian frente a Dios por su nacimiento físico y de la noble sangre que heredaron de sus padres, odiando a todas las otras personas, aunque Dios los considera en todos estos casos como polvo y ceniza y malditos por el nacimiento, lo mismo que a todos los otros paganos. Y

aun así le dan a Dios la mentira; insisten en estar correctos, y con tan maldito y blasfémico rezo se proponen arrebatarle a Dios su gracia y recuperar Jerusalén.

Aún más, aunque los judíos fueran siete veces, más ciegos de lo que son, si eso fuera posible, ellos todavía tendrían que ver que Esau o Edom, en lo que se refiera a su nacimiento físico, ern tan noble como Jacob, desde que no solamente era el hijo del mismo padre, Isaac, y de la misma madre, Rebeca, pero era también el primogénito; y el primogénito en aquella época otorgaba la nobleza mas alta por sobre los otros hijos. Pero que lo que este nacimiento igual, o hasta primogénito y así por virtud mas noble que Jacob lo benefició? El así y todo no fue contado entre el pueblo de Dios, aunque llamara a su abuelo Abraham y a su abuela Sara, de la misma forma que lo hizo Jacob, por cierto, como ya ha sido dicho, hasta más validamente que Jacob. Por consecuencia, Abraham mismo como así también Sara lo tenían que considerar su nieto, el hijo de Isaac y Rebeca, ellos lo tenían que considerar como el primogénito y más noble, y Jacob el menos. Pero díganme, ¿Qué bien le hizo su nacimiento físico y su sangre noble heredada de Abraham?

Alguien podría decir que Esau perdió su honor porque se transformo en malvado, etc. Debemos de volver. Primero de todo, al punto en cuestión que es la nobleza de sangre es por si misma valida ante Dios a tal punto que uno pudiera llegar a ser el pueblo de Dios mediante ella. Si no lo es, entonces porque los judíos exaltan su nacimiento tan por lo alto ante los otros hijos del hombre! Pero si lo es, entonces ¿Por qué Dios no los guarda de caer? Porque si Dios considera al nacimiento físico como adecuado para hacer de los descendientes de los patriarcas su gente, el no dejaría que se transformaran en malvados, así perdiendo a su pueblo y transformándose en un no-Dios. Pero si los dejara convertirse en malvados, entonces es seguro que no considera el nacimiento como medio de crear o producir un pueblo para el.

En segundo lugar, Esau no fue rechazado del pueblo de Dios porque se transformo en malvado después, ni fue Jacob contado entre el pueblo de Dios en vista de su futura vida santa. No, mientras ellos dos estaban todavía en el vientre de su madre, la palabra de Dios los distinguió a los dos: Jacob fue llamado, Esau no lo fue de acuerdo a las palabras "El mayor servirá al menor" (Génesis 25:23). Esto no fue afectado de ninguna manera por el hecho que los dos fueran llevados bajo el mismo corazón de una madre, que los dos hayan sido nutridos de la misma leche y sangre de una misma madre, Rebeca, y que hayan nacido de ella al mismo tiempo. Entonces uno tiene que decir que no importa que idéntica sea la carne, sangre, leche, cuerpo y madre, en esta instancia

no fue posible ayudar a Esau, no pudo prevenir a Jacob de adquirir la gracia mediante la cual las personas llegan a ser hijos de Dios o su pueblo; decisivas aquí son las palabras del llamado que ignoran el nacimiento.

Ismael, también, puede decir también que es igualmente un verdadero y natural hijo de Abraham. Pero ¿De que le vale su nacimiento físico? A pesar de esto, el tuvo que dejar su casa y herencia de Abraham a su hermano Isaac. Ud puede decir que Ismael nació de Hagar mientras Isaac nació de Sara. Si algo tiene que ver, esto fortalece nuestro punto de vista. Porque el nacimiento de Isaac mediante Sarah fue afectado por la palabra de Dios y no por la sangre y carne, porque Sara estaba mucho mas allá de su edad natural para tener hijos. Para discutir la cuestión de nacimiento un poco más, aunque Ismael es la carne y sangre de Abraham y su hijo natural, aun así la carne y sangre de un padre tan santo no le ayudó. Al contrario, lo dañó, porque no tuvo más que sangre y carne de Abraham y no tuvo la palabra de Dios a su favor. El hecho de que Isaac sea descendiente de la sangre de Abraham no lo daña aunque no le haya servido para nada a Ismael porque el tenia la palabra de Dios que lo distinguió de su hermano Ismael, quien es de sangre y carne del mismo Abraham.

¿Por qué hacer de esto tanto? Después de todo, si el nacimiento contara ante Dios, yo pudiera llamarme tan noble como cualquier judío, sí, tan noble como Abraham mismo, como David, como todos los santos profetas y apóstoles. Ni tampoco les debería las gracias si ellos me consideraran tan nobles como ellos ante Dios por razón de mi nacimiento. Y si Dios se rehusara a reconocer mi nobleza y nacimiento como igual a la de Isaac, Abraham, David, y todos los santos, yo mantengo que el me está haciendo una injusticia y que no es un juez justo. Porque no lo voy a entregar y ni tampoco Abraham, David, profetas, apóstoles o ni siquiera un ángel del cielo, me negaría el derecho de decir que Noe, en lo que se refiere a mi nacimiento físico, sangre y carne es mi verdadero ancestro natural y que su esposa (quien quiera que ella haya sido) es también mi verdadero ancestro; porque todos somos descendientes de un Noe desde el diluvio. Nosotros no somos descendientes de Caín, porque su familia se perdió para siempre en el diluvio junto con muchos de sus primos, cuñados y amigos de Noe.

Yo también digo que Jafet, el primogénito de Noe, es mi verdadero ancestro natural y su esposa (quien quiera que haya sido) también; porque como nos informa Moisés en Génesis 10, el es el progenitor de todos nosotros los gentiles. Así Sem, el segundo hijo de Noe y todos sus descendientes no tienen fundamento para vanagloriarse sobre su

hermano mayor Jafet debido a su nacimiento. Seguramente, si el nacimiento jugara un papel, entonces Jafet como el hijo mayor y el verdadero heredero tiene razón de vanagloriarse contra Sem, su hermano menor, y los descendientes de Sem, sean estos llamados judíos, ismaelitas o edomitas. Pero ¿De qué le sirvió al bueno de Jafet, nuestro ancestro, ser el primogénito físico? De nada. Sem gozo de primicia no por razón de su nacimiento, el cual posdataba al de Jafet, sino porque el llamado y palabra de Dios fue el arbitro aquí.

Yo podría ir al principio del mundo y marcar nuestra herencia en común desde Adán y Eva, después de Sem, Enós, Quenán, Mahalalel, Yéred, Henoc, Matusalén, Lámec; porque todos estos son nuestros ancestros como así también de los judíos, y compartimos igualmente el honor, nobleza y fama de descendencia de ellos al igual que los judíos. Nosotros somos su sangre y carne al igual que Abraham y todas sus semillas lo son. Porque nosotros estuvimos entre las piernas de los mismos santos padres que ellos y no hay diferencia de ninguna clase en lo que concierne al nacimiento, o carne o sangre, como nos dice la razón. Es por esto entonces que los judíos son idiotas estúpidos, más absurdos que los gentiles, para alardear ante Dios de su nacimiento físico, mientras que no son mejor que los gentiles por razón de ello, desde que los dos comparten un nacimiento, una carne y una sangre, de los primerísimos, mejores y más santos ancestros. Ninguno de los dos puede reprochar o reprobar al otro sobre alguna peculiaridad son implicarse a si mismo al mismo tiempo.

Pero avancemos. David nos agrupa juntos muy bien y convincentemente cuando el declara el Salmos 51:5:

“Pues mi delito yo lo reconozco, mi pecado sin cesar está ante mí; contra ti, contra ti solo he pecado, lo malo a tus ojos cometí. Por que aparezca tu justicia cuando hablas y tu victoria cuando juzgas. Mira que en culpa ya nací, pecador me concibió mi madre. Mas tú amas la verdad en lo íntimo del ser, y en lo secreto me enseñas la sabiduría.”

¿Pero que significa nacer en el pecado sino que nacer bajo la ira y la condena de Dios? Así, de esta forma, por naturaleza y nacimiento no se puede ser el pueblo o hijos de Dios y nuestro nacimiento, gloria, nobleza y alabanza, no pueden significar ni nada más y nada menos que esto. Y solo esto se puede decir de nuestro nacimiento físico y debido a ello somos pecadores condenados, enemigos de Dios y en su disgusto. Allí, judíos tienen su alarde y nosotros gentiles los nuestros. Ahora vayan

y recen a Dios para que les respeten su nobleza, su raza, su carne y su sangre.

Esto lo quería decir para fortalecer nuestra fe; porque los judíos no renunciaran a su orgullo y alarde de su nobleza y linaje. Como fue dicho antes, sus corazones están endurecidos. Nuestra gente, aún sin embargo, tienen que estar en guardia contra ellos, para no ser llevados por el mal camino por esta impertinente y maldita gente que le mienten a Dios y odian a todo el mundo. Porque a los judíos les gustaría llevarnos a nosotros cristianos a su fe y hacen esto siempre que pueden. Si Dios llegara a darle su gracia, los judíos primero deben borrar todos esos rezos y cánticos blasfemos en los cuales pavonean tan arrogantemente su linaje, de sus sinagogas, sus corazones y sus labios, porque tales rezos incrementan y agudizan aún más la ira de Dios hacia ellos. Pero ellos no harán eso, ni se humillaran, excepto algunos pocos individuos que Dios llama hacia El para librarlos de su terrible ruina.

La otra fanfarronería y linaje del cual los judíos se regodean y con el cual, de manera arrogante y presumida, menosprecian a toda la humanidad es la circuncisión, recibida de Abraham. ¡Dios mío, lo que tenemos que tolerar nosotros gentiles de sus sinagogas, en sus plegarias, en sus canciones, y en sus enseñanzas! ¡Qué hediondez para sus fosas nasales nosotros, pobre gente, somos por no ser circuncisos! De hecho, el propio Dios debe rendirse al miserable tormento *si puede así decirse* ya que lo enfrentan a la inefable presunción, y fanfarronería: "¡Alabado seas, Rey del Mundo, que nos destacaste de todas las naciones y nos santificaste con el pacto de la circuncisión!" Y del mismo modo con varias otras palabras, siendo el tenor de todas que Dios debe estimarlos por sobre el resto del mundo porque ellos, de conformidad con su mandato, son circuncisos, y que Él debería condenar a toda la demás gente, que es como ellos desean hacer y hacen.

En esta fanfarronería de linaje se vanaglorian tanto como en su origen. En consecuencia creo que si Moisés mismo hubiera aparecido junto con Elías y su Mesías y hubiera intentado despojarlos de esta fanfarronería o prohibirles tales plegarias y enseñanzas, muy probablemente hubieran considerado los peores demonios en el infierno, pero no hallarían el modo de insultarlos y maldecirlos de acuerdo a su pensar, y por supuesto no les creerían. Pues fue entre ellos que decidieron que Moisés, junto con Elías y el Mesías, deberían ser circuncisos, sí, y más precisamente decidieron que deberían ayudar a reforzar y alabar la arrogancia y orgullo en la circuncisión, y, como ellos mismos lo hacen, mirar a todos los gentiles como asquerosa suciedad y fetidez por ser incircuncisos. Moisés, Elías, y el Mesías deben hacer lo que ellos

prescriben, piensan, y desean. Insisten en que tienen razón, y si el mismísimo Dios fuera a hacer algo distinto de lo que ellos piensan, sería el equivocado.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 2]

Ahora bien, sólo observen a este pueblo miserable, ciego e insensible. En primer lugar (como lo dije anteriormente con relación al nacimiento físico), si hubiera de admitir que la circuncisión es suficiente para hacer de ellos un pueblo de Dios, o para santificarlos y hacer que se destaquen ante Dios por encima de todas las demás naciones, entonces la conclusión debiera de ser la siguiente: Quienquiera que fuera circunciso no podría ser malvado ni podría estar maldito. Ni permitiría Dios que esto pase, si considerara que la circuncisión estuviera imbuida en tal santidad y poder. Precisamente como nosotros los cristianos decimos: Quienquiera tenga fe no puede ser malvado ni estar maldito en tanto la fe persista. Pues Dios considera que la fe es tan preciosa, valorable, y poderosa que con seguridad ésta santificará a quien tenga fe e impida que se pierda o se convierta en maldad. Pero dejaré esto por un momento.

En segundo lugar, notamos aquí nuevamente cómo los judíos provocan más y más la ira de Dios con tales plegarias. Pues allí se alzan y difaman a Dios con una blasfema, avergonzante, e insolente mentira. Son tan ciegos y estúpidos que no ven siquiera las palabras que se hallan en Génesis 17 ni la totalidad de las Escrituras, que fervientemente y explícitamente condena esta mentira. Pues en Génesis 17:12 Moisés declara que a Abraham le fue ordenado circuncidar no sólo a su hijo Isaac *quien aún no había nacido* sino también a todos los varones

nacidos en su casa, ya sean hijos o sirvientes, incluyendo a los esclavos. Todos ellos fueron circuncidados juntos el mismo día con Abraham; también Ismael, de trece años de edad en ese momento, según el texto nos lo informa. Así es que el convento o decreto de circuncisión constituye la auténtica semilla de todos los descendientes de Abraham, particularmente Ismael, quién fue la primer semilla de Abraham que fue circuncidada. En consecuencia, Ismael no es tan sólo el semejante de su hermano Isaac, sino que, de ser esto considerado por Dios, podría jactarse de su circuncisión con más derecho que Isaac, por haber sido circuncidado un año antes. Teniendo en cuenta esto, los ismaelitas gozan de mejor reputación que los israelitas, pues su padre Ismael fue circuncidado antes de que Isaac, el padre de los israelitas, hubiera nacido.

¿Por qué entonces los judíos mienten tan vergonzosamente ante Dios en sus plegarias y prédicas, como si la circuncisión fuera de ellos solamente, como si a través de la misma se destacaran ante Dios de todas las demás naciones y así solos constituyeran el pueblo elegido del Señor? Realmente deberían (si fueran capaces) estar avergonzados ante los ismaelitas, los edomitas, y otras naciones si consideraran que fueron en todos los tiempos una nación pequeña, apenas un puñado de gente en comparación con otros que fueron también semilla de Abraham y fueron también circuncidados, y quienes indudablemente transmitieron a sus descendientes el mandato de su padre Abraham; y que la circuncisión transmitida al hijo Isaac es bastante insignificante cuando se la compara con la circuncisión transmitida a los otros hijos de Abraham. Pues la Escrituras graban que Ismael, el hijo de Abraham, se convirtió en una gran nación, que engendró doce príncipes, también que el sexto hijo de Cetura (Génesis 25:1) poseyó mayores extensiones de tierra que Israel. Y éstas indudablemente observaron el rito de la circuncisión transmitido por sus padres.

Ahora bien, si la circuncisión, según el mandato de Dios en Génesis 17, es practicada por tantas naciones, comenzando por Abraham (cuya semilla son todos ellos, lo mismo Isaac como Jacob), y como no hay diferencia alguna en este aspecto entre ellos y los hijos de Israel, ¿qué es lo que están haciendo los judíos cuando rezan y agradecen a Dios por elegirlos especialmente a ellos por sobre todas las demás naciones, por santificarlos, y hacerlos suyo? Esto es lo que están haciendo: están blasfemando a Dios y mintiendo acerca de su mandamiento y sus palabras que dicen (Génesis 17:12) que la circuncisión no será para Isaac y sus descendientes exclusivamente, sino para toda la descendencia de Abraham. Los judíos no tienen un lugar de privilegio que los exalte por sobre Ismael en razón de la circuncisión, o por sobre

Edom, Madián, Efa, Efer, etc., todos los cuales son pensados en el Génesis como descendientes de Abraham. Pues fueron todo circuncidados e hicieron de la circuncisión herencia, de la misma manera que lo hizo Israel.

Ahora, ¿en qué se beneficia Ismael por ser circunciso? ¿En qué se beneficia Edom por ser circunciso—Edom quien, además, es hijo de Isaac, que fue un elegido, y no de Ismael? ¿En que se beneficia Midian y sus hermanos, nacidos de Cetura, por ser circuncisos? Ellos no son, por todo esto, el pueblo elegido del Señor; haber descendido de Abraham o haber sido circuncidados, según el mandato de Dios, no los ayuda. Si la circuncisión no los ayuda a convertirse en el pueblo elegido del Señor, ¿cómo puede ayudarlos a los judíos? Pues es sólo una y la misma circuncisión, encomendada por sólo uno y un mismo Dios, y hay uno y sólo un padre, la carne y la sangre o la descendencia que es común a todos. Absoluta igualdad; no hay diferencia, no hay distinción entre ellos en lo que se refiere a circuncisión y nacimiento.

Por lo tanto no es ni inteligente ni ingeniosa, sino una torpe, tonta y estúpida farsa que los judíos se jacten de su circuncisión ante Dios, suponiendo que Dios los considere con piedad por esa razón, en cambio deberían saber por las Escrituras que no son la única raza circuncisa en conformidad con el mandamiento de Dios, y que no pueden con ése fundamento ser el pueblo elegido del Señor. Algo más, diferente, superior es necesario para serlo, puesto que lo ismaelitas, los edomitas, los midianitas, y otros descendientes de Abraham podrían igualmente reconfortarse en esta gloria, incluso ante Dios mismo. Pues en relación con el nacimiento y la circuncisión éstos son, como ya fue dicho, sus iguales.

Tal vez los judíos declararán que los ismaelitas y los edomitas, etc., no practican el rito de la circuncisión tan estrictamente como ellos. Además de cortar el prepucio del niño, los judíos empujan la piel del pequeño pene hacia atrás y lo seccionan con filosas uñas, según se lee en sus libros. De esta manera causan al niño un excesivo dolor, sin ningún fundamento y en oposición al mandamiento de Dios, de manera que el padre, que tendría que estar realmente satisfecho con la circuncisión, se mantiene allí erguido y solloza mientras el llanto de su hijo le perfora el corazón. Respondemos enérgicamente que tal añadidura es de su propia invención, sí, fue inspirada por el diablo, y contradice el mandamiento de Dios, pues Moisés dice en Deuteronomio 4:2 y 12:32: “no añadirás a la palabra que yo te mando ni la disminuirás.” Con tal diabólico

agregado arruinan su circuncisión, de manera de que ante los ojos de Dios ninguna otra nación practica más deshonrosamente la circuncisión que ellos, pues con tal infundada desobediencia incluyen y practican este horroroso agregado.

Ahora veamos que dice el propio Moisés acerca de la circuncisión. En Deuteronimio 10:16, dice: “Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz,” etc. Querido Moisés, ¿qué significan tus palabras? ¿No les es suficiente ser circuncisos físicamente? Esta sagrada circuncisión los destaca de todas las demás naciones y los hace un pueblo sagrado del Señor. ¿Y tú los reprendes por obstinación contra Dios? ¿Menosprecias su sagrada circuncisión? ¡Debieras aventurarte a hablar así hoy en sus sinagogas! Si no hubiera piedras convenientemente cerca, recurrirían al barro y la suciedad para que te fueras de entre ellos, aún teniendo el peso de diez Moiseses.

También los reprende en Levítico 16:41, diciendo: “Y entonces se humillará su corazón incircunciso,” etc. ¡Tened cuidado, Moisés! ¿Tienes idea de a quién le estás hablando? Le estás hablando a un noble, elegido, sagrado, circunciso pueblo del Señor. ¿Y te atreves a decir que tiene corazones incircuncisos? Eso es mucho peor que tener una carne siete veces incircuncisa; ya que un corazón incircunciso no puede tener Dios. Y para aquél la circuncisión de la carne no tiene valor. Sólo un corazón circunciso puede convertirnos en pueblo del Señor, y puede hacerlo aún cuando no hay circuncisión física o ésta es imposible, como lo fue para los niños de Israel durante cuarenta años en el desierto.

También Jeremías los hace pensar, diciendo en el capítulo 4:4: “Circuncidaos a Jehová, y quitad el prepucio de vuestro corazón, varones de Judá y moradores de Jerusalén; no sea que mi ira salga como fuego y se encienda y no haya quien la apague...” Jeremías, maldito herético, seductor y falso profeta, ¿cómo te atreves a decirle al sagrado, circunciso pueblo del Señor que se circuncide a Jehová? ¿Pretendes decir que están circuncidados físicamente al demonio, como si Dios no apreciara su santa, física circuncisión? ¿Y estás además amenazándolos con despertar la ira del Señor, como un eterno fuego, si no circuncidan sus corazones? Pero no mencionan la circuncisión del corazón en sus plegarias, ni alaban o agradecen a Dios por eso con una simple carta siquiera. ¿Y te atreves a invalidar su santa circuncisión de la carne, haciéndola propensa a ser la causa de la ira del Señor y el eterno fuego? Te aconsejo que no entres en sus sinagogas; allí todos los demonios te descuartizarían y devorarían.

En Jeremías 6:10 leemos, más adelante, “He aquí que sus oídos son incircuncisos, y no pueden escuchar.” Bueno, bueno, mi querido Jeremías, estás sin dudas tratando severamente e inconsideradamente

con el noble, elegido, santo, circunciso pueblo del Señor ¿Pretendes decir que tal sagrada nación tiene oídos incircuncisos? Y, lo que es aún peor, ¿que no pueden escuchar? ¿No es eso equivalente a decir que no son el pueblo del Señor? Pues aquellos que no pueden escuchar ni soportan escuchar las palabras del Señor no son el pueblo del Señor. Y si no son del pueblo del Señor, entonces son el pueblo del diablo; y por lo tanto ni circuncidarse ni pelarse ni rasguñarse les servirá. ¡Por Dios, Jeremías, dejad de hablar así! ¿Cómo puedes menospreciar y condenar la santa circuncisión tan horriblemente que excluyes al elegido, circunciso, santo pueblo del Señor y lo relegas al demonio por desterrado y maldito? ¿No alaban al Señor por destacarlos y separarlos del diablo y al mismo tiempo elegirlos por sobre las demás naciones y por hacer de ellos un pueblo sagrado y especial a través de la circuncisión? Sí, "¡Ha blasfemado! ¡Crucificadlo, crucificadlo!"

En el capítulo 9:25 Jeremías dice más adelante: "he aquí que vienen días, dice Jehová, en que castigaré a todo circuncidado en su incircuncisión—a Egipto y a Judá, a Edom y a los hijos de Amón y de Moab, y a todos los que se afeiten las sienes, los que moran en el desierto; porque todas las naciones son incircuncisas, y toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón..."

De cara a esto, ¿en qué se traduce la arrogante fanfarronería por ser circuncisos en razón de la cual los judíos claman ser una nación sagrada, elegida por encima de otros pueblos? Aquí las palabras del Señor los aúnan con los bárbaros y los incircuncisos, y los amenaza con un mismo castigo. Además, la mejor parte de Israel, la tribu noble, real de Judá, se menciona aquí, y después de esta, la casa entera de Israel. Aún peor, declara que los bárbaros son, con seguridad, incircuncisos en cuanto a la carne, pero que Judá, Edom, e Israel, que son circuncisos en cuanto a la carne, son mucho más viles que los bárbaros, pues tienen, pues tienen el corazón incircunciso; lo cual, como fue anteriormente dicho, es mucho peor que la carne incircuncisa.

Estos y otros pasajes similares prueban irrefutablemente que la arrogancia judía y su fanfarronería por ser circuncisos por encima de los incircuncisos gentiles es nula y vacía, a menos que estuviera acompañada de algo más, no merece otra cosa que la ira del Señor. El Señor dice que tienen un corazón incircunciso. Sin embargo los judíos no se interesan por dicha circuncisión del corazón; en cambio piensan que el Señor debe contemplar su orgullosa circuncisión de la carne y escuchar sus arrogantes alardes de superioridad frente a todos los gentiles, quienes son incapaces de hacer alarde de tal circuncisión. Este pueblo ciego, miserable no ve que en éstos versos el Señor condena tan claramente y explícitamente su corazón incircunciso, y por lo tanto condena su circuncisión física, junto con su arrogancia y sus plegarias.

Andan su camino como tontos, endureciendo cada vez más la piel que recubre el corazón con sus arrogantes fanfarronerías ante Dios y con el desprecio por todos los demás pueblos. En virtud de tal fútil, arrogante circuncisión de la carne suponen ser el único pueblo del Señor, mientras que la piel de su corazón se endurece aún más que una montaña de hierro y ya no pueden escuchar, ver, o sentir sus claras Escrituras, que leen diariamente con ojos ciegos cubiertos por un cuero más grueso que la corteza del roble.

Si Dios fuera a escuchar sus rezos y plegarias, y aceptarlos, con seguridad tendrían primero que purgar sus sinagogas, bocas y corazones de tal blasfema, avergonzante, apócrifa, y engañosa fanfarronería y arrogancia. De lo contrario sólo irán de mal en peor y despertarán aún más la ira del Señor contra ellos. Pues que no se atreva, aquél que rece ante Dios, a enfrentarlo a la arrogancia y la mentira, que no se atreva a alabarse, a condenar a todos los demás, a clamar ser el único pueblo del Señor, y a maldecir a todos los demás, como lo hacen. Como dice David 5:4: “Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad. Destruirás a los que hablan mentira; al hombre sanguinario y engañador le abominará Jehová.” Pero en cambio, como nos lo dice el verso 7: “Más yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu casa; en tu santo templo me postraré, lleno de tu temor.”

Este salmo concierne a todos los hombres, ya sean circuncisos o no, pero particularmente y especialmente a los judíos, para quienes fue especialmente dado y concebido—como lo fue también todo el resto de la Escritura. Y en ésta están retratados más magistralmente que todos los demás paganos. Pues son quienes siempre han practicado las costumbres e idolatría ateas, doctrina apócrifa, y quienes han tenido corazones incircuncisos, como lo gritaron y lamentaron el propio Moisés y todos los profetas. Sin embargo siempre dijeron estar complaciendo a Dios y asesinaron a todos los profetas fundamentándose en eso. Son el pueblo malintencionado, terco que no se convierte del mal a los trabajos decentes con las prédicas, reprimendas, y enseñanzas de los profetas. Las Escrituras por todos lados dan fe de esto. Y aún claman ser servidores del Señor y levantarse frente a él. Son los fanfarrones, arrogantes ladinos que al día de hoy no hacen más que alardear de su raza y linaje, alabarse sólo a ellos mismos, y desdeñar y maldecir al mundo entero en sus sinagogas, plegarias, y doctrinas. A pesar de esto, imaginan que ante los ojos de Dios figuran entre sus hijos más preciados.

Son verdaderos mentirosos y ventajeros que han continuamente pervertido y falsificado la totalidad de la Escritura, desde el principio

hasta el día de hoy, con sus falsos brillos. El más fervoroso lamento, anhelo, y esperanza de su corazón será atacado el día en que puedan tratar con nosotros gentiles como lo hicieron con los gentiles en Persia en el tiempo de Ester. Oh, qué fanáticos que son del libro de Esther, que está tan perfectamente a tono con su sed de sangre, venganza, muerte. El sol jamás había brillado sobre un pueblo más sanguinario y vengativo que éste, que imagina ser el pueblo de Dios encargado de y enviado a asesinar y matar a los gentiles. De hecho, lo que principalmente esperan de su Mesías es que mate y asesine con su espada al mundo entero. En un principio, a nosotros los Cristianos nos trataron de esta manera alrededor de todo el mundo. Si pudieran, aún les gustaría hacerlo, y con frecuencia lo han intentado, y a causa de eso les cerraron bien la boca.

Tal vez podríamos profundizar este tema más tarde, pero volvamos ahora a su apócrifa, engañosa mentira con relación a la circuncisión. Estos avergonzantes mentirosos están bien al tanto de que no son el pueblo elegido del Señor, aún poseyendo la circuncisión exclusivamente por sobre las demás naciones. Saben también que ser incircuncisos no es obstáculo para ser un pueblo del Señor. Y todavía se pavonean descaradamente frente a Dios, mienten y hacen alarde de ser el pueblo elegido del Señor en razón de su circuncisión física, sin considerar la circuncisión del corazón. En oposición a esto hay ejemplos escriturales de peso. Nos remitimos, en primer lugar, a Job, quien, como dicen, es hijo de Nacor. Dios no impuso que lo circuncidaran a él ni a sus herederos. Y sin embargo su libro demuestra claramente que fueron muy pocos los grandes santos de Israel que lo igualaran y que igualaran a su pueblo. Tampoco el profeta Elisa lo obligó a Naamán de Siria a circuncidarse; y aún así fue santificado y se convirtió en un hijo de Dios; y sin dudas con él lo hicieron muchos otros.

Además, allí se levanta íntegro el profeta Jonás, que lo convirtió a Dios a Nínive y lo mantuvo unido con reyes, príncipes, señores, tierra, y gente, sin haber todavía circuncidado a su pueblo. De la misma manera, Daniel convirtió a los grandes reyes y pueblos de Babilonia y Persia, tales como Nabucodonosor, Ciro, Darío, etc., y aún así permanecieron siendo gentiles incircuncisos, y no se convirtieron al judaísmo. Con anterioridad, José había instruido al Faraón, a su príncipe, y su pueblo, como fue escrito en Salmos 105:22, y aún así no los circuncidó. Les digo, estos endurecidos y empedernidos mentirosos saben todo esto, y aún así resaltan exageradamente que son circuncisos, como si ningún incircunciso pudiera ser un hijo de Dios y siempre que seducen a un cristiano intentan alarmarlo de manera tal que se circuncide. Luego se acercan a Dios y se honran en su plegaria por habernos acercado a través de la circuncisión al pueblo del Señor—como si ésta fuera un acto sagrado. Desdeñan, menos precian, y maldicen el prepucio en nosotros

como si fuera una abominación repugnante que nos impide ser un pueblo del Señor, mientras que su circuncisión, afirman, se los asegura.

¿Qué hará Dios con las plegarias y loas que ellos conciben con su burda, blasfema mentira, contraria a toda Escritura (como ya fue señalado)? ¡En efecto, los escuchará y los llevará de vuelta a su país! Me refiero a que si habitaran el cielo, bastarían tales plegarias, loas y mentiras acerca de la circuncisión para arrojarlos instantáneamente al abismo del infierno. Ya he escrito esto contra los Sabbatarians. Por lo tanto, querido Cristiano, manténte en guardia frente a un pueblo tan maldito al cual Dios ha permitido hundirse en tales profundas abominaciones y mentiras, ya que todo lo que hacen y dicen es pura farsa, blasfemia, y malicia, a pesar todo lo perfecto que pueda parecer.

Sin embargo estarás preguntándote: ¿De que sirve entonces la circuncisión? O ¿por qué Dios impartió esta orden tan estrictamente? Contestamos: ¡Dejad que los judíos se preocupen por eso! ¿Qué nos importa eso a nosotros gentiles? No nos fue impuesta a nosotros, como lo habrán oído decir, ni la necesitamos, en cambio podemos ser el pueblo del Señor sin ella, exactamente como lo hicieron el pueblo de Nineveh, de Babilonia, de Persia, y de Egipto. Y nadie puede probar que Dios haya alguna vez enviado a un profeta o a un judío a circuncidar a los gentiles. Por lo tanto, no tendrían atormentarnos con sus mentiras e idolatría. Si claman ser tan astutos y sabios como para instruirnos y circuncidarnos a nosotros gentiles, dejémosles primero decirnos de qué sirve la circuncisión, y por qué Dios impartió la orden de la circuncisión tan estrictamente. Esto nos lo deben; pero no lo harán hasta que regresen a su hogar en Jerusalén—o sea, cuando el demonio ascienda al cielo. Puesto que cuando aseveran que Dios ordenó la circuncisión para santificarlos, salvarlo, hacer de ellos el pueblo del Señor, están mintiendo atrozmente, como ya lo habrán oído. Pues Moisés y todos los profetas testifican que la circuncisión no ayudó ni siquiera a aquellos a los que les fue ordenada, por ser incircuncisos del corazón. ¿Cómo, entonces, podría ayudarnos a nosotros a quienes no nos fue ordenada?

Pero entre nosotros cristianos—sabemos muy bien porqué fue ordenada o qué fines sirvió. Sin embargo ningún judío lo sabe, y aún cuando le decimos es como si le estuviésemos hablando a una estaca o a una piedra. No abandonarán su arrogancia y su orgullo, es decir, sus mentiras. Insisten con que tienen la razón; Dios debe ser el mentiroso y debe estar equivocado. Entonces, dejadlos ir por su camino y mentir como lo hicieron sus padres desde el principio. Pero San Pablo nos enseña en Romanos 3 que cuando la circuncisión se realiza como una suerte de acto—no puede santificar o salvar, ni fue mentado para hacerlo. Ni tampoco maldice a los incircuncisos gentiles, como dicen falsa y blasfematoriamente los judíos. En cambio, él dice, “¿Qué ventaja

tiene, pues, el judío?, ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios" [Cf. Rom. 3:1 ff.]. ¡Este es el punto, allí está dicho, allí está! La circuncisión fue dada e instituida para abrazar y preservar la palabra de Dios y su promesa. Esto significa que la circuncisión no es útil o suficiente en sí misma; sino que aquellos que son circuncisos deberían estar ligados por esta señal, este pacto, o sacramento a obedecerle y creerle a Dios en sus palabras y transmitir todo esto a sus descendientes.

Pero dicha finalidad o razón para la circuncisión dejó de ser logrado, la circuncisión como un mero acto dejó de gozar de validez o valor, aún más si los judíos deben remendar o agregar otra finalidad o explicación al mismo. Esto está corroborado también por las palabras en Génesis 17: "Y te daré a ti, a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos. Dijo de nuevo Dios a Abraham: en cuanto a ti, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti por sus generaciones. Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros. Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros" [Cf. Gen. 17:8, 11]. Aquí se expresa el mismo pensamiento hallado en lo dicho por San Pablo: que la circuncisión fue dada de manera tal que fuera escuchada u obedecida la palabra del Señor. Pues cuando la palabra de Dios deja de ser escuchada u obedecida, entonces él deja con seguridad de ser nuestro Señor, ya que en esta vida debemos comprender y tener a Dios únicamente a través de su palabra. Esta maldita vida no puede soportarlo y resistirlo en su iluminada majestad, como dice en Éxodo 36 [33:20]: "No me verá hombre, y vivirá."

Existe innumerable cantidad de ejemplos a lo largo de toda la Escritura que muestran qué causa o propósito le asignaron los judíos a la circuncisión. Pues con la frecuencia con la que Dios quiso hablar con ellos a través de los profetas ya sea acerca de los Diez Mandamientos, en los que los reprendió, o acerca de la promesa de ayuda futura siempre fueron obstinados, o como los versos citados de Moisés y Jeremías testifican, ellos eran de corazones y oídos incircuncisos. Siempre clamaron estar haciendo lo correcto y apropiado, mientras los profetas (o sea, Dios mismo cuya palabra predican) lo incorrecto y lo malo. Por consiguiente los judíos los mataron a todos, y no han permitido nunca aún que alguno muriera sin ser perseguido y condenados, con excepción de unos pocos en los tiempos de David, Hezakiah, y Josías. El curso entero de la historia de Israel y Judá está impregnado de la blasfemia a la palabra de Dios, la persecución, desdén, y homicidio a los profetas. Si se los juzga desde la historia, este debería

ser llamado asesino desenfrenado de los profetas y enemigo de la palabra de Dios. Quienquiera que lea la Biblia no puede llegar a ninguna otra conclusión.

Como hemos dicho, Dios no instituyó la circuncisión ni aceptó a los judíos como su pueblo para que persiguieran, burlaran, y asesinaran su palabra y a sus profetas, y prestaran de esta manera un servicio a la justicia y a Dios. En cambio, como lo dice Moisés en las palabras referidas a la circuncisión en Génesis 17, fue hecho de manera tal que escucharan a Dios y su palabra; es decir, que lo dejaran ser su Dios. Aparte de esto, la circuncisión en sí misma no los ayudaría, ya que dejaría de ser entonces la circuncisión de Dios, pues no tendría Dios, enfrentándose a su palabra; se habría convertido meramente en un obrar humano. Pues él mismo se había ligado a la circuncisión, así como también había ligado su palabra. Allí dónde estas dos se separan, la circuncisión queda hecha una cáscara hueca o un caparazón vacío desprovisto de fruta o semilla.

Lo que sigue es una situación análoga para nosotros cristianos: Dios nos dio el bautismo, el sacramento de su cuerpo y sangre, y las llaves para el propósito último y la causa final que escucháramos allí su palabra. Es decir, él procura ser nuestro Señor a través del bautismo, y de esa manera hemos de ser su pueblo. ¿Sin embargo, qué hicimos? Separamos la palabra y fe del sacramento (o sea, de Dios y su propósito último) y lo convertimos en un mero *opus legis*, un obrar legal, o como los papistas lo llaman, un *opus operatum*—meramente un obrar humano que los sacerdotes ofrecían a Dios y los laicos realizaban como un voto de obediencia con la frecuencia con la que lo recibían. ¿Qué queda del sacramento? Sólo la cáscara vacía, una mera ceremonia, *opus vanum*, despojada de todo lo divino. Sí, es una abominación atroz en la que pervertimos la verdad de Dios transformándola en mentiras y rendimos culto al verdadero ternero de Aarón. Por lo tanto, Dios nos condujo a todo tipo de ceguera terrible e innumerables doctrinas apócrifas, y, además, permitió que Mohammed y el papa junto con todos los demonios se abalanzaran sobre nosotros.

El pueblo de Israel sufrió de manera similar. Siempre divorciaron la circuncisión como un *opus operatum*, su propio trabajo, de la palabra de Dios, y persiguieron a todos los profetas a través de los cuales Dios quería hablar con ellos, según los términos en que la circuncisión estaba instituida. No obstante lo cual, sin descanso y con orgulloso hicieron alarde de ser el pueblo del Señor en virtud de su circuncisión. Por lo tanto están en conflicto con Dios. Dios quiere que lo escuchen y observen lo que es una circuncisión apropiada y completa; pero ellos se rehúsan e insisten con que Dios respeta su trabajo, es decir, la mitad de una circuncisión en efecto, la cáscara de la circuncisión. Dios, por su

parte, se niega a respetarla; y por lo tanto se alejan más y más, y es imposible reunirlos o reconciliarlos.

Ahora, ¿quién desea acusar a Dios de una injusticia? Decidme, cualquiera que sea sensato, si es adecuado que Dios considere los trabajos de quienes se rehúsan a escuchar su palabra, o si debiera él contemplarlos como su pueblo cuando ellos no quieren considerarlo como su Dios. Con toda justicia y razón, Dios diría, como lo declara el Salmo [SL. 81:11 f.]: “Israel no me quiso obedecer. Los entregué, por tanto, a la dureza de su corazón; Caminaron según sus propios consejos.” Y en Deuteronomio 32:21, Moisés establece, “Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios... Yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo.”

De igual modo, entre nosotros cristianos los papistas no pueden confundirse más con la iglesia. Ya que no permitirán que el Dios sea su Dios, pues se niegan a escuchar su palabra, y en cambio la persiguen terriblemente, y luego se aparecen con sus cáscaras vacías, barcias, y negaciones, mientras controlan a la multitud y practican sus ceremonias. Y se supone que Dios debe reconocerlos y contemplarlos como su verdadera iglesia, ignorando que ellos no lo consideran como su verdadero Dios, es decir, no quieren que les hable a través de sus predicadores. Su palabra debe considerarse herejía, el diablo, y cada demonio. Esto es lo que en efecto él hará, lo que con seguridad experimentarán, mucho peor que lo judíos.

Ahora bien, lo que podemos sacar de todo esto es que la circuncisión era muy útil y buena, como lo declara San Pablo—de hecho no por su propia cuenta, sino por cuenta de la palabra del Señor. Pues estamos convencidos, y ésta es la verdad, que los niños que fueron circuncidados en el octavo día se convirtieron en hijos de Dios, como las palabras lo manifiestan, “Seré tu Dios, y el de tu descendencia después de ti” [Gen. 17:7], ya que ellos recibieron la circuncisión perfecta y completa, la palabra con la señal, y no las separaron. Dios está presente, diciéndoles, “Seré tu Dios, y el de tu descendencia después de ti”; y esto completó la circuncisión en ellos. De igual modo, nuestros hijos reciben el completo, verdadero, e íntegro bautismo, la palabra con la señal, y no separan una de la otra; reciben la semilla en su cáscara. Dios está presente; él los bautiza y les habla, y de esta manera los salva.

Pero ahora que hemos envejecido, el papa se aparece *y el diablo con él* y nos enseña a convertirlo en un *opus legis* u *opus operatum*. Separa palabra y señal una de la otra, enseñándonos que estamos salvados por nuestra propia contrición, trabajo, y satisfacción. Compartimos la experiencia relatada por San Pedro en II Pedro 2:22: “El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.” Así nuestro

sacramento se ha convertido en un trabajo, y nosotros nos comemos otra vez nuestro vómito. De la misma manera, los judíos, en tanto envejecen, arruinan su válida circuncisión realizada en el octavo día, separan la palabra de la señal, y hacen de ella un trabajo humano y hasta desagradable. De esta manera perdieron a Dios y a su palabra y ya dejaron de entender las Escrituras.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 3]

Dios realmente los enalteció mediante la circuncisión, dirigiéndose a ellos por sobre todas las demás naciones de la tierra y confiándoles su palabra. Y a fin de preservar su palabra entre ellos, les dio una nación especial; realizó grandes maravillas a través de ellos, ordenó reyes y sacerdotes, y disipó profetas que no sólo les reseñaban las mejores cosas concernientes al presente sino que también prometían al futuro Mesías, el Salvador del mundo. Fue por su bien que Dios concedió todo esto, ordenándoles que buscaran su llegada, que la esperaran con seguridad y sin tardanza. Pues Dios hizo todo esto sólo por su bien: por su bien Abraham fue llamado, la circuncisión instituida, y el pueblo así destacado de manera tal que el mundo supiera de qué pueblo, de qué país, en qué momento, sí, de qué tribu, familia, ciudad, y persona, él vendría, sino hubiera sido censurado por demonios y hombres en razón de haber venido de un rincón oscuro o de ancestros desconocidos. No, sus ancestros debían ser grandes patriarcas, excelentes reyes, y profetas sobresalientes, que fueran testigos de él.

Ya hemos señalado de qué manera los judíos, con algunas excepciones, consideraban tales promesas y a tales profetas. Nunca toleraron a ningún profeta, y siempre persiguieron la palabra de Dios y se negaron a escuchar a Dios. Este es el reclamo y lamento de todos los profetas. Y así como sus padres lo hicieron, también lo hacen hoy, no corregirán nunca sus costumbres. Si Isaías, Jeremías, u otro profeta caminara entre ellos hoy y proclamara lo que proclamó en sus días, o declarara que la circuncisión que llevan a cabo hoy los judíos y la espera del Mesías son fútiles, éste sería nuevamente muerto por sus manos de la misma manera que entonces. No le permitan, a él que está dotado de razón,

decir nada del entendimiento cristiano, noten cuán arbitrariamente pervierten y tergiversan los libros de los profetas con sus malditos brillos, violando sus propias conciencias (sobre las cuales podamos quizás decir algo más tarde). Pues ahora que no pueden seguir apedreando o matando a los profetas físicamente o personalmente, los atormentan espiritualmente, mutilan, estrangulan, y maltratan sus hermosos versos de manera tal que el corazón humano resulta irritado y dolorido. Esto nos obliga a ver cómo, a causa de la ira de Dios, están completamente entregados a las manos del diablo. En suma, son un pueblo que asesina a los profetas; como no pueden seguir asesinando a los que viven, deben matar y atormentar a los que están muertos.

Posteriormente, después de haber azotado, crucificado, escupido, blasfemado, insultado a Dios en su palabra, como Isaías 8 profetiza, pretenciosamente repiten su circuncisión y otros vanos, blasfemos, e insignificantes trabajos. Se atreven a considerarse el pueblo elegido de Dios, a condenar al mundo entero, y suponen que su arrogancia y fanfarronería le agradará a Dios, que les dará a cambio un Mesías a elección y prescripción propia. Por lo tanto, querido Cristiano, mantente alerta frente a tan maldito, incorregible pueblo, del cual no puedes aprender a hacer otra cosa que a mentir sobre Dios y su palabra, a blasfemar, a tergiversar, a asesinar a los profetas, y despreciar arrogante y orgullosamente a toda la gente de la tierra. Aún si el Dios tuviera la intención de no tener en cuenta todos los demás pecados *lo cual, por supuesto, es imposible* no podría aceptar tal inefable orgullo. Pues él se hace llamar el Dios de los humildes, como declara Isaías 66:2: “Pero miraré a aquél que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.” He dicho suficiente con relación a la segunda falsa fanfarronería de los judíos, o sea, su falsa y fútil circuncisión, que no les fue de ayuda cuando Moisés y Jeremías los hicieron pensar acerca de sus corazones incircuncisos. Ya que por donde quiera que la palabra de Dios deje de estar presente, la circuncisión deja de tener validez.

En tercer lugar, son sumamente engreídos porque Dios les habló e impartió la ley de Moisés en Monte Sinaí. He aquí el punto exacto, aquí Dios realmente tiene que dejarse torturar, aquí tiene que escuchar hasta el hartazgo sus canciones y loas por haberlos santificado con su santa ley, los eligió de entre otras naciones, y los guió para que dejaran Egipto. ¡Aquí a nosotros gentiles se nos desprecia, y somos nada comparados con el santo, elegido, noble, y sumamente elevado pueblo que posee la palabra de Dios! Declaran, como yo mismo oí: “¿De hecho, qué tienes para decir sobre esto—que Dios nos haya hablado personalmente en Monte Sinaí y que no lo haya hecho con ningún otro pueblo?” No tenemos objeción alguna frente a este razonamiento, pues no podemos negarles esta gloria. Los libros de Moisés dan prueba de esto, y David, también, lo testifica, diciendo en Salmos 147:19: “Ha

manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel." Y en Salmos 103:7: "Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras."

Relatan que los jefes del pueblo usaban coronas en Monte Sinaí en aquel momento como símbolo de que habían contraído matrimonio con Dios a través de la ley, de que se habían convertido en sus novias, y de que se habían casado el uno con los otros. Más tarde leemos de todos los profetas cómo aparece Dios y habla con los niños de Israel como un esposo a su esposa. De esto también resulta la peculiar adoración a Baal; pues "Baal" significa hombre de la casa o señor de la casa, "Beulah" significa ama de casa. Este último ha sido recuperado por el vocablo alemán "*Buhle*", como cuando se dice "My dear *Buhle*" [sweetheart—cariño], y "I must have a Buhle" [necesito un ama de casa]. Antiguamente era un término inofensivo, que designaba a una joven cortejada. Se decía que el pretendiente [*buhlte*] festejaba a la joven con intenciones de casarse. En la actualidad la palabra ha asumido connotaciones diferentes.

Ahora los desafiamos a ustedes, Isaías, Jeremías, y a todos los profetas, y a quienquiera que se aparezca y sea lo suficientemente osado como para decir que una nación tan noble con la cual el Señor mismo conversa y con la cual él mismo se casa a través de la ley, y con la cual él mismo se une como si fuera a una esposa, no es el pueblo de Dios. Cualquiera que lo intentara, lo sé, haría el ridículo y fracasaría. A falta de cualquier otra arma, los morderían hasta despedazarlos por tratar de despojarlos de tal gloria, alabanza, y honor. No puede ni expresarse ni entenderse la arrogancia obstinada, desenfrenada, incorregible de este pueblo, surgida de esta ventaja—que Dios mismo les habló. Ningún profeta ha sido nunca capaz de alzar su voz en protesta levantarse en su contra, ni siquiera Moisés. Pues en Números 16, Coré se alzó y aseveró que ellos eran todos un pueblo de Dios, y preguntó por que sólo Moisés podía ordenar y enseñar. Desde ese momento, la mayoría de ellos han sido genuinos coreítas; ha habido muy pocos verdaderos israelitas. Pues desde que Coré persiguió a Moisés, no han dejado vivo o sin perseguir a ningún profeta.

Entonces se supo que ellos eran una novia corrompida, sí, una prostituta incorregible y una libertina repugnante con la cual discutir, enfrentarse, y pelear. Si los castigaba y los golpeaba con su palabra a través de los profetas, ellos lo contradecían, mataban a sus profetas, o, como un perro rabioso, mordían la vara con la cual eran golpeados. Así está declarado en Salmos 95:10: "Cuarenta años estuve disgustado con la nación, Y dije: 'Es un pueblo de corazón extraviado, Y no han conocido mis caminos. ' " Y Moisés mismo dice en Deuteronomio 31:27: "Porque yo conozco tu rebelión, y tu dura cerviz; he aquí que aun viviendo yo con

vosotros hoy, sois rebeldes a Jehová; ¿cuánto más después que yo haya muerto?" Y Isaías 48:4: "Por cuanto conozco que eres obstinado, y barra de hierro tu cerviz, y tu frente de bronce..." Y así sucesivamente; quien esté interesado puede leer más sobre esto. Los judíos están bien al tanto de que los profetas increparon a los hijos de Israel desde el principio hasta el final como a un pueblo desobediente, malvado y como a la más despreciable prostituta, sin embargo se jactaron enormemente de la ley de Moisés, o de la circuncisión, y de su ascendencia.

Pero puede objetarse: Con seguridad esto es dicho acerca de los judíos diabólicos, no acerca de los judíos píos de hoy día. Perfecto, por ahora me contentaré con que confesaran, como tienen que confesar, que los judíos diabólicos no pueden ser el pueblo de Dios, y que su linaje, circuncisión, y ley de Moisés no puede ayudarlos. ¿Por qué, entonces, todos, los más perversos así como los más píos, se jactan de la circuncisión, linaje, y ley? Cuánto peor sea el judío, más arrogante es, sólo por ser judío—es decir, una persona que desciende de la semilla de Abraham, circunciso, y bajo la ley de Moisés. David y otros judíos píos no eran tan arrogantes como los judíos incorregibles de hoy en día. No importa cuán inicuos sean, presumen ser los señores más nobles frente a nosotros gentiles, sólo en virtud de su linaje y ley. No obstante la ley los increpa como a las prostitutas y a los idólatras más viles bajo el sol.

Además, si son judíos píos y no los judíos diabólicos, como los llaman lo profetas, ¿cómo puede estar tan oculta su piedad que ni el propio Dios da cuenta de ella, ni tampoco ellos lo hacen? Pues han, como dijimos, rezado, llorado, y sufrido por casi mil quinientos años, y aún así Dios se niega a escucharlos. Sabemos por la Escritura que Dios escuchará las plegarias o suspiros de los justos, dice el salmista [Sal.145:19]: "Cumplirá el deseo de los que le temen; Oirá asimismo el clamor de ellos." Y Salmos 34:17: "Claman los justos, y Jehová oye." Como lo prometió en Salmos 50:15: "Invócame en el día de la angustia; Te libraré." Esto mismo puede encontrarse en muchos otros versos de la Escritura. Si no fuera por éstos, ¿quién rezaría o podría rezar?

En suma, él dice en el primer mandamiento que será su Dios. ¿Entonces, cómo se explica que no escuchará a estos judíos? Con seguridad tienen que ser los ruines, los idólatras, es decir, ningún pueblo de Dios, y su fanfarronería de linaje, circuncisión, y ley debe ser tomada como grosería. Si hubiera un sólo judío pío entre aquellos que lo observaron, él tendría que escuchar, porque Dios no puede permitir que sus santos oren en vano, como lo demuestra la Escritura con varios ejemplos. Esta evidencia es concluyente para asegurar que ellos no pueden ser judíos píos, sino que tienen que ser la multitud del pueblo de idólatras y asesinos.

Dicha piedad está, como ya ha sido señalado, tan escondida entre ellos que ni ellos mismos pueden saber nada de la misma. ¿Cómo lo sabrá Dios entonces? Pues están llenos de malicia, avaricia, envidia, odio entre ellos mismos, orgullo, usura, pedantería, e insultos contra nosotros gentiles. Por lo tanto, el judío tendría que tener una visión muy aguda para reconocer a un judío piadoso, por no decir nada del hecho de que todos debieran de ser el pueblo de Dios como claman. Pues seguramente esconden su piedad bajo sus manifiestos vicios; y aún así todos ellos, sin excepción, claman ser la sangre de Abraham, el pueblo de la circuncisión y de Moisés, es decir, la nación de Dios, comparados a ellos, los gentiles somos con seguridad puro hedor. Aún sabiendo que Dios no puede tolerar esto, ni siquiera lo toleró entre los ángeles, igual él escucharía y debe escuchar sus mentiras y blasfemias por el hecho de que son su pueblo en virtud de la ley que les ofreció y porque conversó con sus antepasados en Monte Sinaí.

¿Por qué tendrían que decirse tantas cosas con respecto a esto? Si hacer alarde de que Dios habló con ellos y de que poseen su palabra o mandamiento fuera suficiente para que Dios los considerara su Pueblo, entonces los demonios en el infierno tendrían más derecho a ser el pueblo de Dios que los judíos, sí, que cualquier pueblo. Pues los demonios tienen la palabra de Dios y saben mejor que los judíos que hay un Dios que los creó, a quien están obligado a amar con todo su corazón, honorar, temer, y servir, cuyo nombre no se atreven a malversar, cuya palabra habrán de escuchar el día sagrado del sábado como así también el resto de la semana; saben que tienen prohibido matar o infligir mal a cualquier criatura. ¿Pero en que los beneficia saber y poseer el mandamiento de Dios? Dejadlos hacer alarde de que esto los hace los ángeles propios, especiales, queridos de Dios, ¡en comparación a ellos otros ángeles son nada! Cuánto más dinero tendrían si no poseyeran el mandamiento de Dios o si lo ignoraran. Pues si no lo tuvieran, no estarían condenados. La razón de su condena es puntualmente que poseen su mandamiento y aún así no lo cumplen, sino que lo violan constantemente.

De la misma manera, asesinos y prostitutas, ladrones y ruines y todos los hombres malvados podrían hacer alarde de ser el pueblo sagrado, peculiar, ya que ellos, también, tienen su palabra y saben que deben temerle y obedecerle, amarlo y servirle, honorar su nombre, abstenerse de matar, cometer adulterio, y cualquier otro acto diabólico. Si no tuvieran la palabra sagrada y verdadera de Dios, no podrían pecar. Pero como pecan y están condenados, es certero que tienen la palabra sagrada, verdadera de Dios, contra la cual pecan. ¡Dejadlos hacer alarde, como los judíos, de que Dios los ha santificado a través de su ley y elegido por encima de todos las demás hombres por ser un pueblo singular!

Es el mismo tipo de fanfarronería cuando los judíos hacen alarde en sus sinagogas, alabando y agradeciéndole a Dios por santificarlos a través de su ley y por enaltecerlos como a un pueblo especial, a pesar de que saben perfectamente bien que no están contemplando esta ley, que están llenos de vanidad, envidia, usura, avaricia, y todo tipo de malicia. Los peores ofensores son aquellos que pretenden ser devotos y sagrados en sus plegarias. Son tan ciegos que no sólo usurean *sin mencionar los otros vicios* sino que también enseñan que éste es un derecho que Dios les confirió a través de Moisés. Por eso, como en todo las otras cuestiones, difaman a Dios de lo más vilmente. Sin embargo, carecemos de tiempo para profundizar en esto ahora.

Pero cuando declaran que aún sin ser santificados por los Diez Mandamientos (ya que todos los gentiles y demonios tienen el deber de cumplirlos, o sino están contaminados y condenados a causa de esto) todavía les quedan las otras leyes de Moisés, aparte de los Diez Mandamientos, que les fueron dados exclusivamente a ellos y no también a los gentiles, y mediante los cuales son santificados y destacados de todas las demás naciones—¡O Señor, que excusa y pretexto tan débil, flojo, y vano es este! Si los Diez Mandamientos no han de ser obedecidos, a qué otra cosa apunta cumplir con las demás leyes más que a meros malabarismos y mascaradas, en efecto, a una verdadera parodia que toma a Dios por tonto. Exactamente como si un cofrade inócuo, endemoniado entre nosotros se exhibiera en el traje del papa, cardenal, obispo, o cura y observara todos los preceptos y las costumbres de estas personas, pero por debajo de este atuendo espiritual hubiera un demonio genuino, un lobo, un enemigo de la iglesia, un blasfemo que pisoteara a ambos el evangelio y los Diez Mandamientos con el pie y los insultara y maldijera. ¡Qué excelente santo sería ante los ojos de Dios!

O supongamos que en alguna parte una bella damisela se apareciera, adornada con una corona de flores, y observara todas las costumbres, deberes, comportamiento y disciplina de una virgen casta, pero que por debajo fuera una vil, avergonzante prostituta, violando los Diez Mandamientos. ¿Qué bien le haría su excelente obediencia para observar todos los deberes y costumbres de la condición social de una virgen por fuera? La ayudaría mucho—sería siete veces más hostil a ella que a una prostituta insolente, pública. Así pues Dios reprendió constantemente a los niños de Israel a través de los profetas, llamándolos vil prostituta porque, bajo la apariencia y decoración de externas leyes y santidad, practicaron todo tipo de idolatría y maldad, como lo lamenta especialmente Oseas en el capítulo 2.

Es ciertamente elogiable cuando una beata, ya sea virgen o mujer, está vestida y adornada decentemente y con pulcritud y en apariencia se

conduce con modestia. Pero si es una prostituta, sus prendas, adornos, corona, y alhajas serían menos dignas de ella que de una cerda que se revuelca en el fango. Como lo dice Salomón [Prov. 11:22]: “Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa, pero falta de razón.” Es decir, es una prostituta. Por lo tanto, esta fanfarronería acerca de las leyes externas de Moisés, aparte de la obediencia a los Diez Mandamientos, debiera ser silenciada; en efecto, dicha fanfarronería hace a los judíos siete veces más indignos de ser el pueblo de Dios que los gentiles. Pues las leyes externas no fueron dadas para hacer de una nación el pueblo de Dios, sino para adornar y realzar al pueblo de Dios externamente. Así como los Diez Mandamientos no fueron dados de manera que se hiciera alarde de ellos y se menospreciara arrogantemente a todo el mundo por ellos, como si a través de ellos se fuera sagrado y el pueblo de Dios; en cambio fueron dados para ser observados, y esa obediencia a Dios debiera ser mostrada, como Moisés y todos los profetas muy seriamente enseñaron. No obtendrá gloria aquél que los posee, como lo vimos en el caso de los demonios y hombres diabólicos, sino aquél que los cumpla. Aquél que los posee y no los cumple debe sentirse avergonzado y aterrorizado porque con seguridad será condenado por ellos.

Pero este tema es incomprensible para los ciegos y endurecidos judíos. Hablar con ellos de esto es lo mismo que predicarle el evangelio a una cerda. No saben cuál es verdaderamente el mandamiento de Dios, menos pueden saber cómo conservarlo. Después de todo no pudieron escuchar a Moisés, ni mirarlo a la cara; él tuvo que cubrirlo con un velo. Este velo está allí hoy en día, pues todavía no pueden contemplar a Moisés a la cara, es decir, su doctrina. Todavía está oculto para ellos [cf. II Cor. 3:13 ff.; Exod. 34:33 ff.]. De este modo no pudieron oír la palabra de Dios en Monte Sinaí cuando les habló, pero ellos se replegaron, diciéndole a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” [Exod. 20:19]. Conocer el mandamiento de Dios y saber como conservarlo requiere de alto entendimiento profético.

Moisés estaba bien al tanto de eso cuando dijo en Éxodo 34 que Dios perdona pecado y que nadie está libre de culpas ante él, lo que quiere decir que nadie cumple su mandamiento pero que Dios perdona a aquél que peca. Como David también testimonia en Salmos 32:1, “Bienaventurado aquel a quien es perdonada su trasgresión... a quien Jehová no imputa iniquidad.” Y en el mismo salmo [cf. V. 6]: “Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado,” lo cual significa que ningún santo cumple los mandamientos de Dios. Y si los santos no los cumplen, ¿cómo los cumplirán los pueblos endemoniados, descreídos, malvados? Nuevamente leemos en Salmos 143:2: “Y no entres en juicio con tu siervo; Porque no se justificará delante de ti

ningún ser humano.” Esto atestigua claramente que aún los siervos sagrados de Dios no están justificados ante él a menos que él deje de lado su juicio y trate con ellos en su piedad; es decir, no cumplen sus mandamientos y necesitan que sus pecados sean perdonados.

Esto es merecedor de un Hombre que nos asistirá, que carga con nuestros pecados por nosotros, como Isaías 53:6 dice: “Jehová cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros.” En efecto, eso es entender verdaderamente la ley de Dios y su observancia—cuando sabemos, reconocemos, sí, y sentimos que la poseemos, pero no la cumplimos y no podemos cumplirla; que, en vistas de esto, somos pobres pecadores y culpables ante Dios; y que no es sólo de pura gracia y piedad que recibimos el perdón a dicha culpa y desobediencia a través del Hombre sobre el cual Dios depositó este pecado. De esto hablamos nosotros cristianos y esto enseñamos, y de esto los profetas y apóstoles nos hablan y enseñan. Ellos son los únicos que fueron y aún son la novia y virgen casta de nuestro Señor; y aún así no hacen alarde de ninguna ley o santidad como lo hacen los judíos en sus sinagogas. Ellos en cambio se lamentan de la ley y lloran por piedad y perdón por los pecados. Por otro lado, los judíos son tan sagrados como los frailes descalzos que poseen tal exceso de santidad que no pueden usarla para ayudar a otros a acercarse al cielo, y aún retienen una rica y abundante reserva para vender. No tiene sentido hablarle a ninguno de ellos acerca de estos asuntos, pues su arrogancia ciega es tan sólida como una montaña de hierro. Ellos tienen razón; Dios está equivocado. Dejémoslos ir su camino, y permanezcamos con quienes rezan el *Miserere*, Salmos 51, es decir, con quienes saben y entienden qué es la ley, y qué significa cumplirla y no cumplirla.

Aprende de esto querido cristiano, qué estás haciendo si permites que los ciegos judíos te lleven por el mal camino. Entonces se aplicará el dicho con verdad, “¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?” [cf. Lucas 6:39]. No puedes aprender nada de ellos excepto cómo malinterpretar los divinos mandamientos, y, a pesar de ello, fanfarronean arrogantemente contra los gentiles—quienes realmente son mucho mejores ante Dios que ellos, pues no tienen tal orgullo de santidad y aún así dan mayor cumplimiento a la ley que estos santos arrogantes y blasfemos y condenados mentirosos.

Por lo tanto cuídate de los judíos, sabiendo que donde sea que tengan sus sinagogas, no se encuentra otra cosa que una guarida de demonios en la que se practican maliciosamente y sin escrúpulos el envanecimiento total de uno mismo, la pedantería, las mentiras, la blasfemia, y la difamación de Dios y los hombres. La ira de Dios los ha consignado a la presunción de que su fanfarronería, su arrogancia, su difamación contra el Señor, su insulto a todos los pueblos son una

verdad y un gran servicio rendido al Señor—todo lo cual es muy pertinente y apropiado a sangre tan noble de los padres y santos circuncisos. En esto creen a pesar de saber que están inmersos intencionalmente en vicios manifiestos, de la misma manera que los demonios. Y donde veas o escuches a un judío enseñando, recuerda que no estás escuchando otra cosa que a un basilisco venenoso que envenena y mata gente, gustoso de atraparla—Y no obstante, claman estar haciendo lo correcto. ¡Cuídate de ellos!

En cuarto lugar, se enorgullecen de ellos mismos tremendamente por haber recibido la tierra de Canaan, la ciudad de Jerusalén, y el templo de Dios. El Señor a menudo ha acallado tal fanfarronería y arrogancia, especialmente a través del rey de Babilonia, que los condujo al cautiverio y destruyó todo (tal como lo hizo el rey de Asiria, que expulsó a todos los de Israel y arrasó con todo). Finalmente fueron exterminados y devastados por los romanos más de mil cuatrocientos años atrás—de manera que deben percibir muy bien que el Señor no contempló, ni contemplará, su país, ciudad, templo, sacerdocio, o principado, no los observa, ni observará, a causa de éstos como su propio pueblo especial. Aún así su cerviz de hierro, como la llama Isaías [Isa. 48:4] no se dobla, ni su dura frente de bronce se enrojece de vergüenza. Permanecen completamente ciegos, inflexibles, estáticos, siempre esperando que Dios les devuelva su tierra natal y les restituya todo.

Moisés les había informado en varias ocasiones, primero, que no estaban ocupando la tierra porque su rectitud excediera la de otros herejes *pues eran un pueblo obstinado, malvado, desobediente* y, segundo, que pronto serían expulsados de la tierra y perecerían si no cumplían los mandamientos de Dios. Y cuando el Señor eligió la ciudad de Jerusalén agregó muy claramente en las escrituras de todos los profetas que destruiría completamente dicha ciudad de Jerusalén, su asiento y trono, si no cumplían con sus mandamientos. Además, cuando Salomón había construido el templo, se había sacrificado y había orado al Señor, el Señor le dijo (I Reyes 9:3), “Yo he oído tu oración y tu ruego... Yo he santificado esta casa,” etc.; pero luego agregó apenas más adelante: “Más si obstinadamente os apartáis de mí... y no guardáis mis mandamientos... yo cortaré a Israel de sobre la faz de la tierra que les he entregado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la echaré de delante de mí, e Israel será por proverbio y refrán a todos los pueblos.” Con una total indiferencia hacia esto, se mantuvieron, y todavía se mantienen, firmes como una roca o como una imagen de piedra inerte, insistiendo en que el Señor les dio un país, ciudad, y templo, y que por lo tanto tienen que ser el pueblo o la iglesia de Dios.

No oyen ni ven que el Señor les dio todo esto de manera tal que cumplan con sus mandamientos, es decir, que lo consideren como su

Dios, y así ser su pueblo e iglesia. Hacen alarde de su raza y descendencia de los padres, pero no ven ni prestan atención al hecho de que él eligió su raza para que cumpla los mandamientos. Hacen alarde de su circuncisión; pero por qué son circuncisos *es decir, porque deben cumplir los mandamientos de Dios* no cuenta para nada. Son rápidos para fanfarronear de su ley, templo, culto, ciudad, tierra y gobierno; pero por qué poseen todo esto, no lo consideran.

El diablo con todos sus ángeles ha tomado posesión de este pueblo, y por eso siempre exaltan cosas externas *sus ofrendas, sus actos, sus obras* ante el Señor que equivale a ofrecerle al Señor la cáscara hueca desprovista de fruta. Esperan que el Señor aprecie estas cosas y en razón de ellas los acepte como su pueblo, y los exalte y bendiga por sobre todos los gentiles. Pero el hecho de que Él quiere que sus leyes sean contempladas y quiere ser honorado por ello como su Dios, esto ellos no lo quieren considerar. Así las palabras de Moisés se ven realizadas cuando dice [Deut. 32:21] que el Señor no los considerará como su pueblo, puesto que ellos no lo consideran como su Dios. Oseas 2 [cf. 1:9] expresa el mismo pensamiento.

De hecho, si el Señor no hubiera permitido que la ciudad de Jerusalén fuera destruida y a ellos no los hubiera hecho echar de su país, y en cambio les hubiera permitido quedarse allí, nadie los hubiera podido convencer de que no son el pueblo de Dios, pues aún estarían en posesión de templo, ciudad y país indiferentes de cuán bajos, desobedientes, y obstinados fueron. [No lo hubieran creído]aún si hubieran llovido profetas a diario y aún si mil Moiseses se hubieran levantado y gritado: “No sois el pueblo de Dios, porque sois desobedientes y os reveláis contra el Señor.” Por qué, aún hoy no pueden abstenerse de su absurda, insensata fanfarronería de que son el pueblo de Dios, aún habiendo sido expulsados, dispersados, y completamente rechazados por casi mil quinientos años. Todavía tienen la esperanza de volver en virtud de sus propios méritos. Pero no tienen ninguna promesa con la cual consolarse a ellos mismos excepto aquella que agrega en la Escritura su falsa imaginación.

Nuestro apóstol San Pablo tenía razón cuando dijo de ellos que “tienen celo de Dios, pero no según el perfecto conocimiento,” etc. [Rom. 10:2]. Claman ser el pueblo de Dios en razón de sus actos, obras, demostraciones exteriores, y no por absoluta gracia y piedad, como todos los profetas y todos los hijos verdaderos de Dios tienen que serlo, como fue dicho. Por lo tanto están más allá de cualquier consejo o ayuda. Del mismo modo que nuestros papistas, obispos, monjes, y sacerdotes, junto con los que los suceden, quienes insisten con ser el pueblo de Dios y su iglesia; creen que el Señor debe estimarlos porque fueron bautizados, porque tienen el nombre, y porque manejan la

batuta. Allí se irguen como una roca. Si cien mil apóstoles se aparecieran y dijeran: “No sois la iglesia por vuestro comportamiento o vuestras varias obras y servicios divinos, aunque hechos con vuestro mejor esfuerzo; no, debéis desistir de todo esto y adherir simplemente y únicamente a la gracia y piedad de Cristo, etc. Si no lo hacéis, seréis la prostituta del diablo o una escuela de ladinos y no la iglesia,” desearían asesinar, quemar en la hoguera, o desterrar a dichos apóstoles. En cuanto a creerles y abandonar sus propios mecanismos, de esto no hay esperanzas; no sucederá.

Los turcos siguieron el mismo patrón con su culto, como lo hacen todos los fanáticos. Judíos, turcos, papistas, los radicales abundan por todos lados. Todos ellos claman ser la iglesia y el pueblo de Dios de acuerdo con su arrogancia y pedantería, indiferentes de la singular verdadera fe y la obediencia a los mandamientos de Dios que son los únicos a través de los cuales los pueblos se convierten y permanecen hijos de Dios. Incluso aunque no todos sigan el mismo curso, sino que uno elija este camino, otro aquél camino, resultando en una variedad de formas, no obstante todos tienen la misma intención y propósito último, es decir, mediante sus propios actos quieren lograr convertirse en el pueblo de Dios. Y así hacen alarde y se jactan de que son los únicos a los que el Señor estimará. Son los zorros de Sansón atados cola a cola pero cuyas cabezas se vuelven en direcciones diferentes [cf. Judg. 15:4].

Pero como lo señalamos anteriormente, eso va más allá del entendimiento de los judíos, así como el de los turcos y papistas. Como dice San Pablo en [I Corintios], “Pero el hombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque se han de discernir espiritualmente” [I Cor. 2:14]. Así las palabras de Isaías 6:9 se convierten en realidad: “Oíd bien, pero no entendáis; ved por cierto, más no comprendáis.” Pues ellos no saben lo que escuchan, ven, dicen, o hacen. Y aún así no aceptan que son ciegos y sordos.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 4]

Lo dicho será suficiente acerca de la falsa fanfarronería y orgullo de los judíos, quienes harían que Dios los considere como su pueblo con absolutas mentiras. Ahora hemos llegado al asunto principal, el pedido por el Mesías que éstos le hacen a Dios. Aquí finalmente se muestran a sí mismos como verdaderos santos y devotos hijos. Ciertamente no desean ser considerados como mentirosos y blasfemos en este punto sino profetas confiables, asegurando que el Mesías no ha llegado aún pero que no obstante llegará. ¿Quién hará que entren en razón en cuanto a este error o malentendido? Aun si todos los ángeles y el propio Dios declararan públicamente en Monte Sinaí o en el templo de Jerusalén que el Mesías ha llegado ya hace mucho tiempo y que no ha de ser esperado, Dios y todos los ángeles no podrían ser considerados más que demonios. Tan convencidos están estos sagrados y confiables profetas de que el Mesías no ha llegado aún pero que no obstante llegará. Tampoco nos escucharán. Se convirtieron en un oído sordo para con nosotros en el pasado y no han dejado de serlo, a pesar de que varios excelentes eruditos, incluyendo algunos de su propia raza, los han refutado tan a fondo que hasta la piedra y la madera, si dotadas de una partícula de razón, tendrían que rendirse. Aún así despotrican a sabiendas contra la verdad aceptada. Sus rabinos malditos, que de hecho saben mejor, envenenan desenfrenados las mentes de sus pobres jóvenes y la del hombre común y los desvían de la verdad. Pues creo que si éstos escritos fueran leídos por el hombre común y por los jóvenes, lapidarían a todos sus rabinos y los odiarían más violentamente de lo que nos odian a nosotros cristianos. Pero estos villanos impiden que se fijen en nuestras sinceras opiniones.

Si yo no hubiera adquirido experiencia con mis papistas, me resultaría increíble que la tierra abrigara gente tan vil que a sabiendas desafiara la manifiesta y pura verdad, o sea, a Dios mismo. Pues nunca imaginé encontrar en ningún pecho humano mentes tan endurecidas, sino sólo en el del diablo. Sin embargo ya dejó de asombrarme la ceguera, terquedad, y malicia de los turcos o los judíos, ya que he tenido que ser testigo de lo mismo en los más sagrados padres de la iglesia, en papas, cardenales, y obispos. ¡Oh tú terrible ira e incomprensible juicio de la sublime Majestad Divina! ¿Cómo puedes ser menospreciado de tal forma por los hijos de hombres ante los cuales no temblamos de miedo ante Ti? Que espectáculo insoportable dais, también ante los corazones de los hombres más sagrados, como lo observamos en lo escrito por Moisés y los profetas. Aun así estos corazones de piedra y almas de hierro se burlan de ti tan desafiantemente.

Sin embargo, aunque tal vez hayamos insistido en vano sobre el tema de los judíos *ya que dije anteriormente que no deseo polemizar con ellos* queremos no obstante discutir entre nosotros su absurdo desatino, a fin de fortalecer nuestra fe y advertir a los cristianos débiles acerca de los

judíos, y, principalmente, en honor a Dios, para probar que nuestra fe es verdadera y que ellos están completamente equivocados con respecto al Mesías. Nosotros cristianos tenemos nuestro Nuevo Testamento que nos proporciona un testimonio fidedigno y adecuado acerca del Mesías. Que los judíos no lo crean no es de nuestro interés; creemos aún menos en sus malditos brillos. Los dejamos seguir su camino y esperar al Mesías. Su descreimiento no nos lastima; pero en lo concerniente a la ayuda que le proporciona y hasta hoy les ha proporcionado, deberían preguntarse acerca de su interminable exilio. Eso, en práctica, nos dará la respuesta. Dejadlo a aquél que no nos siga, rezagarse. Se comportan como si fueran de gran importancia para nosotros. Sólo para irritarnos, corrompen los dichos de la Escritura. No deseamos o requerimos en lo absoluto su conversión ya que ninguna ventaja, provecho, o ayuda se nos otorga de la misma. Todo lo que hacemos en lo concerniente a esto deriva en cambio del interés por su bienestar. Si no les interesa pueden ignorarlo; estamos disculpados y fácilmente podemos prescindir de ellos, junto con todo lo que son, todo lo que tienen, y todo lo que pueden hacer por la salvación. Tenemos un mejor conocimiento de la Escritura, gracias a Dios; de esto estamos seguros, y de esto ningún demonio nos privará nunca, mucho menos los miserables judíos.

Primero deseamos presentar el verso que se halla en Génesis 49:10: “No será quitado el cetro de Judá... Hasta que venga Siloh; Y a él se congregarán los pueblos.” Este dicho del sagrado patriarca Jacob, recitado apenas antes de morir, fue hasta el día de hoy objeto de una variedad de torturas y crucifixiones por parte de judíos modernos, extraños, en violación a su propia conciencia. Ya que ellos se dan cuenta completamente de que su tergiversación y distorsión no es otra cosa que un daño desenfrenado. Sus brillos me recuerdan perfectamente de las arpías diabólicas, obstinadas que vociferantemente contradicen a su esposo e insisten en quedarse con la última palabra sabiendo que están equivocadas. De la misma manera también esta gente enceguecida supone que basta con ladrar y parlotear en contra del texto y su significado verdadero. Son enteramente indiferentes ante hecho de que están mintiendo descaradamente. Creo que los haría más felices que este verso no hubiera sido escrito jamás en vez de tener que cambiar de idea. Este verso les causa un dolor intenso, y no pueden ignorarlo.

Los antiguos judíos, los verdaderos, entendieron este verso correctamente, tal como nosotros cristianos lo hacemos, es decir, entendieron que el gobierno o cetro debería permanecer con la tribu de Judá hasta el advenimiento del Mesías; entonces “a él se congregarán los pueblos,” a él adherirán. Es decir, el cetro no habría limitarse a la tribu de Judá, sino que, como lo explicaron más tarde los profetas, habría de integrar todos los pueblos que habitaran la tierra en el tiempo del Mesías. No obstante, hasta su aparición, el cetro habría de

permanecer en un pequeño rincón, Judá. Esta, he dicho, es la lectura de los profetas y de los antiguos judíos; no pueden negarlo. Ya que su Biblia Caldea, que tienen el atrevimiento de considerarla tan insignificante como la propia Biblia Hebrea, también lo muestra claramente.

La traducción es la siguiente: “El *shultan* no será expulsado de la casa de Judá, tampoco el *saphra* será alejado de los hijos de sus hijos por la eternidad hasta la llegada del Mesías, a quien pertenece el reino, y a quién los pueblos obedecerán.” Esta es una traducción transparente y fiel del texto caldeo, lo cual no puede ser negado por judío o demonio alguno.

Para el término *shebet* [“cetro”] utilizado por Moisés, usamos *Zepter* en alemán, mientras que el traductor caldeo elige la palabra *shultan*. Expliquemos estos términos. La palabra hebrea *shebet* se utiliza para designar una *virga*; no es exactamente una vara en el sentido más común, ya que este término sugiere a los alemanes la idea de una varilla de madera con la que se castiga a los niños. No es tampoco el elemento usado por los inválidos y los ancianos para caminar. Designa el martillo sostenido verticalmente, tal como el que sostienen los jueces cuando se desenvuelve en su capacidad oficial. A medida que el lujo fue acrecentándose en el mundo, este martillo se hizo de plata o de oro. Ahora es llamado cetro, es decir, vara real. *Skeptron* es un término griego, pero ahora ha sido tomado por la lengua alemana. En su primer libro, Homero describe al Rey Aquiles señalando que tiene una vara de madera adornada con pequeños clavos de plata. Este relato nos da la pauta de cómo eran los cetros originalmente y de que con el correr de los años, terminaron por ser hechos enteramente de plata y oro. En suma, es la vara, ya sea de plata, madera, u oro, usada por el rey o su representante. No simboliza otra cosa que barbarismo o reinado. Nadie cuestiona esto.

Para dejarlo bien en claro: el traductor caldeo no usa la palabra *shebet*, martillo, o cetro; sino que la sustituye refiriendo a la persona que posee esta vara, diciendo *shultan*, indicando que un príncipe, señor, o rey no ha de partir de la casa de Judá; habrá de existir un sultán en la casa de Judá hasta la llegada del Mesías. “Sultán” es también un término hebreo, y una palabra que nosotros cristianos conocemos muy bien, ya que le hemos hecho la guerra por más de seiscientos años al sultán de Egipto, y hemos obtenido muy pocas recompensas. Pues los sarracenos llaman a su rey o príncipe “sultán,” ya sea señor o monarca o soberano. De este término deriva la palabra hebrea *schilt*, que se ha convertido en una palabra íntegramente alemana (*Schild* [“escudo”]). Es como si se quisiera decir que un príncipe o señor debe ser el escudo, protección, y defensa de sus súbditos si ha de ser un verdadero juez, sultán, o señor,

etc. Algunos intentan hallar también el origen del término *Schultheiss* [“alcalde”] en la palabra “sultán”; no profundizaré en esto.

Saphra es lo mismo que en hebreo *sopher* (pues el caldeo y el hebreo están estrechamente relacionados, en efecto son casi idénticos, tal como los sajones y los suabos ambos hablan alemán, pero sin embargo existe una gran diferencia). La palabra *sopher* es comúnmente traducida al alemán como *Kanzler* [“canciller,” magistrado supremo]. Todos, inclusive los burgaleses, traducen la palabra *saphra* como *scriba* o escriba. Estos son llamados escribas en el Evangelio. No son escribas ordinarios que escriben por dinero o sin autoridad oficial. Son sabios, grandes monarcas, doctores y profesores, que enseñan, establecen, y preservan la ley en el estado. Supongo que abarca a cancilleres, parlamentarios, concejales, y todos los que por sabiduría y justicia ayudan a gobernar. Esto es lo que Moisés desea expresar con la palabra *mehoqeq*, que designa a quien enseña, codifica, y ejecuta los mandamientos y decretos. Entre los sarracenos, por ejemplo, los escribas o secretarios del sultán, sus doctores, maestros, y estudiosos, son quienes instruyen, interpretan, y preservan el Corán como la ley de esas tierras. En el papado, los escribas del papa o *saphra* son los canonistas o los indoctos que enseñan y preservan sus decretos y leyes. En el imperio los *doctores legum*, los juristas seculares, son los *saphra* del emperador o escribas que enseñan, administran, y preservan las leyes del imperio.

De la misma manera, Judá también tenía escribas que instruían y preservaban la ley de Moisés, que era la ley de esas tierras. Por consiguiente, hemos traducido la palabra *mehoqeq* como “legislador,” es decir, doctor, maestro, etc. Por lo tanto este pasaje, “El mehoqeq, o sea, legislador de entre sus pies,” significa que maestros y oyentes que se sientan a sus pies permanecerán como un gobierno ordenado. Pues todos los estados, si han de perdurar, deben tener estas dos cosas: poder y ley. Los estados, como reza el dicho, deben tener un señor, una cabeza, un monarca. Pero deben también tener ley con la cual guiar al monarca. Son el martillo y el *mehoqeq*, o sultán y *saphra*. Salomón también lo indica, pues al haber recibido la vara, es decir, el reino, pidió sabiduría a fin de poder gobernar a la gente con justicia (I Reyes 3). Pues siempre que prevalezca un poder total sin ley, donde el sultán es guiado por su propia voluntad y no por su deber, no hay gobierno sino tiranía, semejante a aquella de Nerón, Calígula, Dionisio, Henry de Brunswick, y otros. Estado tal no ha de durar mucho. Por otro lado, donde hay ley y no hay poder para hacerla obedecer, se hará a la

voluntad de la barbarie, a lo que ningún gobierno sobrevive tampoco. Por tanto, ambos deben estar presentes: ley y poder, sultán y *saphra*, para complementarse sí.

Así el concilio que se reunía en Jerusalén y que habría de venir de la tribu de Judá era el *saphra*; los judíos los llamaban el Sanedrín Herodes, un extranjero, un edomita, se deshizo de esto, y se convirtió él mismo en sultán y *saphra* simultáneamente, juez y *mehoqeq* en la casa de Judá, señor y escriba. Luego lo dicho por el patriarca acerca de que Judá no conservaría el gobierno o el *saphra* comenzó a cumplirse. Era el momento de que llegara el Mesías y ocupara su reino y se sentara en el trono de David para siempre, tal como lo profetiza Isaías 9:6. Por lo tanto pasemos a estudiar este dicho del patriarca.

“Judá,” declara, “te alabarán tus hermanos,” etc. [Gen. 49:8]. Esto, según me parece, no requiere ningún comentario; deja lo suficientemente en claro que la tribu de Judá será honorada por encima de todos sus hermanos. El texto continúa: “Tu mano en la cerviz de tus enemigos,” etc. Este pasaje también deja bien en claro que la famosa y destacada tribu de Judá podrá encontrar enemigos y oposición, pero que todo terminará con su éxito y victoria. Continuamos: “Los hijos de tu padre se inclinarán a ti,” etc. Nuevamente queda claro que no se refiere al cautiverio sino al mandato sobre sus hermanos, todo lo cual fue llevado a cabo por David. Pero la tribu de Judá a través de David no sólo se convirtió en señor de sus hermanos; sino que también difundió su ley, como un león, forzando a la sumisión a otras naciones; por ejemplo a los filisteos, a los sirios, a los moabitas, a los amonitas, a los edomitas.

Esto es lo que él alaba con sus bellas palabras [Gen. 49:9]: “Cachorro de león, Judá; De la presa subsiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, Así como león viejo: ¿quién lo despertará?.” Es decir, Judá estaba entronizado y estableció un reino al que nadie podía vencer, a pesar de los intentos frecuentes y tenaces de las naciones aledañas.

De acuerdo, hasta este punto el patriarca ha, en la tribu de Judá, establecido, ordenado, y confirmado el reino, el sultán, la vara, el *saphra*. Allí Judá, el sultán, está entronizado por su ley. ¿Qué ha de pasar ahora? Él dice esto: Habrá de permanecer así hasta que llegue el Mesías; es decir, varios se opondrán a él, tentados a derrocar y destruir el reino y simplemente hacerlo desaparecer de la tierra. Las historias de los reyes y los profetas dan testimonio suficiente de que todas las naciones gentiles procuraron lograrlo siempre seriamente. Y el propio patriarca declara, como ya le hemos oído decir, que Judá ha de tener sus enemigos. Pues tal es el curso de los eventos en el mundo, que dondequiera que un reino o principado escale a una posición de poder,

la envidia no descansará hasta que destruirlo. La historia íntegra ilustra esto con numerosos ejemplos.

No obstante, en este caso el Espíritu Santo manifiesta: Este reino en la tribu de Judá es mío, y nadie me lo quitará, sin importar lo furioso o poderoso que sea, ni siquiera si lo intentaran las puertas del infierno. Las palabras aún probarán la verdad: *Non auferetur*, "No me lo quitarán." Ustedes demonios y gentiles dirán: *Auferetur*, le pondremos un fin, lo devoraremos, lo acallaremos, como Salmos 74 lamenta. Pero permanecerá sin ser devorado, ni devastado. "El *shebet* o sultán no dejará la casa de Judá, ni el *saphra* a los hijos de sus hijos," hasta que *shiloh* o el Mesías llegue—sin importar cuánto todos vosotros gritéis y rabiéis.

Y cuando llegue, el reino se tornará muy diferente y todavía mucho más glorioso. Pues como no toleraríais a la tribu de Judá en una esquina pequeña, restringida, la transformaré en un león verdaderamente fuerte que se convertirá en el sultán y *saphra* de todo el mundo. Lo haré de manera tal que no le será necesario desenvainar la espada ni derramar gota de sangre alguna, sino que las naciones se someterán a él ellas mismas voluntaria y felizmente y le obedecerán. Este será su reino. Pues, después de todo, el reino y todas las cosas son suyas.

Acercaos al texto, caldeos y hebreos, a través de este razonamiento y este pensar, y les apuesto que vuestro corazón y las cartas con seguridad les dirán: ¡Por Dios! ésta es la verdad, esto es lo que el patriarca quiso decir. Y luego consultad las historias y de este modo podréis estar seguros acerca de si esto no ha pasado y no ha de pasar de esta manera y no continuará siendo así. Nuevamente os veréis obligados a decir: verdaderamente es así. Pues es innegable que el sultán y el *saphra* permanecieron con la tribu de Judá hasta el tiempo de Herodes, a pesar de que por momentos se debilitaran y no fueran conservados sin la oposición de enemigos fuertes. No obstante lo cual, fue preservado. Bajo Herodes y con posterioridad a Herodes, sin embargo, se hizo ruinas y llegó a su fin. Fue destruido completamente, incluso Jerusalén, una vez aniquilado el trono de la tribu de Judá, y la tierra de Canaan. Así, lo que fue dicho en el verso acerca de que el sultán se iría y llegaría el Mesías, se hizo realidad.

Carezco del tiempo ahora para demostrar qué rico es este verso y cómo los profetas le quitaron tanta información acerca de la caída los judíos y la elección de los gentiles, acerca de lo cual los judíos contemporáneos y bastardos no conocen nada en absoluto. Pero hemos visto clara y convincentemente en este verso que el Mesías debía venir en el tiempo de Herodes. La alternativa sería decir que Dios no cumplió con su promesa y, consecuentemente, mintió. Nadie se atrevería a hacerlo

excepto el maldito diablo y sus servidores, los falsos bastardos los nuevos judíos. Lo hacen incesantemente. A sus ojos Dios debe de ser un mentiroso. Claman estar en lo correcto al afirmar que el Mesías aún no ha llegado, a pesar del hecho de que Dios manifestó en palabras muy claras que el Mesías vendría antes de que el cetro fuera quitado definitivamente de Judá. Y este cetro ha perdido a Judá hace ahora casi mil quinientos años. Las claras palabras del Señor responden a esto, así como el visible efecto y cumplimiento de las mismas.

¿Qué esperáis conseguir al entablar una extensa disputa sobre esto con un judío obstinado? Es como si quisierais conversar con un insano mental y probarle que Dios creó el cielo y la tierra, según fuera escrito en Génesis 1, señalándole el cielo y la tierra con vuestras manos, y él no obstante balbucearía que no son el cielo y la tierra mencionados en Génesis 1, o que no son el cielo y la tierra en lo absoluto, sino que se llaman de otra manera, etc. Pues este verso, “No será quitado el cetro de Judá,” etc., es tan claro como el verso, “Creó Dios los cielos y la tierra.” Y el hecho de que este cetro ha sido quitado de Judá desde hace ya casi mil quinientos años es tan evidente y manifiesto como que el cielo y la tierra existen, de manera que se puede percibir fácilmente que los judíos no están simplemente equivocados o engañados, sino que están maliciosa e intencionalmente negando y blasfemando la verdad reconocida en violación a su conciencia. Nadie sería capaz de considerar que valga la pena desperdiciar una sola palabra en una persona como éstas, aun si fuera acerca de Markolf el sinsonte, mucho menos si se trata de elevadas palabras y obras divinas como a las que nos referimos.

Pero si alguno está tentado a disgustarse conmigo, serviré sus propósitos y le entregaré un glosario de los judíos en este texto. En primer lugar les presentaré a aquellos que no rechazan este texto sino que, por el contrario, adhieren al mismo, particularmente me refiero a la versión caldea, a la cual ningún judío sensato puede oponerse. Estos la tergiversan y distorsionan del siguiente modo: A ciencia cierta, dicen, la promesa de Dios es segura; pero nuestros pecados previenen que la promesa sea cumplida. Por lo tanto seguimos a la espera de que lo sea cuando nuestros pecados sean reparados, etc. ¿No es este una excusa vacía, hasta blasfematoria? ¡Como si la promesa de Dios dependiera de nuestra rectitud, o dejara de ser válida por nuestros pecados! Equivale a decir que Dios tendría que convertirse en un mentiroso por nuestro pecado, y a la inversa, que tendría que volverse sincero nuevamente en razón de nuestra rectitud. ¿Cómo puede alguien hablar tan vergonzosamente acerca de Dios como para implicar que se balancea fácilmente hacia delante y hacia atrás según si nos caemos o si nos mantenemos erguidos, cual lengüeta en su vibración?

Si Dios no fuera a prometer o a cumplir una promesa hasta que no liberáramos de nuestros pecados, hubiera sido incapaz de prometer o hacer nada desde el principio. Como dice David en Salmos 130:3: “Jah, si miras a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse en pie?” Y en Salmos 102 [143:2]: “No entres en juicio con tu ciervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano.” Y existen varios versos más como estos. El ejemplo de los hijos de Israel puede ser citado aquí. Dios los guió hacia la tierra de Canaan no por su rectitud, de hecho, eran grandes pecadores y desvergonzados, sino exclusivamente en cumplimiento de su promesa. En Deuteronomio 9:5 Moisés dice: “No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos (a mi parecer debe ser de hecho denominado pecado), sino por la impiedad de estas naciones Jehová tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres,” etc. A fin de dar el ejemplo a menudo quiso exterminarlos, pero Moisés intervino a favor de ellos. Muy poco se basó la promesa de Dios en su santidad.

Es cierto que siempre que Dios promete algo con condiciones, o con reservas, diciendo: “Si haces aquello, haré esto,” entonces el cumplimiento depende de nuestra acción; por ejemplo cuando le manifestó a Salomón [I Reyes 9], “Si tú andas delante de mí guardando mis estatutos y mis decretos, yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, mas si os apartáis, yo cortaré a Israel de sobre la faz de la tierra que les he entregado.” Sin embargo, la promesa de que el Mesías llegaría no tiene condiciones. Ya que Él no dice: “Si has de hacer esto o aquello, el Mesías vendrá; si no lo haces, él no vendrá.” En cambio, promete su llegada incondicionalmente, diciendo: “El Mesías llegará cuando el cetro haya partido de Judá.” Una promesa como tal está basada únicamente en la verdad y la gracia divina, que ignora y se despreocupa de nuestras acciones. Esto hace del engaño de los judíos algo tonto y, además, muy blasfematorio.

Los otros que se alejan de este texto someten a casi todas las palabras de éste a severas y violentas tergiversaciones. Realmente no merecen que su necedad y su grosería sean escuchadas; aun así, a fines de exponer su ignominia debemos ejercer un poco de paciencia y escuchar también sus tonterías. Pues como parten de un sentido claro del texto, ya están condenados por su propia conciencia, la cual les impediría respetar el texto; pero para disgustarnos, conjuran las palabras hebreas ante nuestros ojos, como si no estuviésemos familiarizados con el texto caldeo.

Algunos se envuelven aquí en fantasías y dicen que Siloh se refiere a la ciudad que lleva este mismo nombre, donde permanecía guardado el arca del pacto (Jueces 21 [cf. I Sam. 4:3]), lo que significaría que el cetro no sería quitado de Judá hasta que Siloh llegara, es decir, hasta que Saúl fuera ungido rey de Siloh. Son con seguridad estúpidas habladurías. Con anterioridad al Rey Saúl no sólo Judá no tenía cetro, sino todo Israel. ¿Cómo, entonces, pudo haber partido cuando Saúl se convirtió en rey? El texto declara que Judá primero había sido señor por encima de sus hermanos y que luego se convirtió en un león, y por lo tanto recibió el cetro. De la misma manera, antes de Saúl ningún juez había sido señor o príncipe del pueblo de Israel, según se infiere de lo le fuera dicho por Gedeón al pueblo en respuesta a su deseo de que Gedeón y sus descendientes los gobernaran: "No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: Jehová señoreará sobre vosotros" (Jueces 7 [8:23]). Ni tampoco había un juez en la tribu de Judá, excepto quizá por Otoniel [Jueces 3:9], el sucesor inmediato de José. Todos los otros hasta Saúl pertenecían a otras tribus. Y a pesar de que Otoniel es llamado el hermano menor de Caleb, esto no prueba que él fuera de la tribu de Judá, ya que pudo haber sido hijo de otro padre. Y no tiene sentido que Siloh aquí haga referencia a una ciudad o a la coronación de Saúl en Siloh, ya que Saúl fue ungido rey por Samuel en Ramath (I Samuel 10) y confirmado en Gilgal.

De cualquier modo, ¿cuál es el significado del texto caldeo que dice que el reino pertenece a Siloh y que las naciones deben someterse a él?, ¿cuándo le fue otorgado a la ciudad de Siloh o a Saúl un honor tal? Israel es una nación, no varias, con un cuerpo de leyes, un culto divino, un nombre. Existen varias naciones, no obstante, que poseen diferentes y varias leyes, nombres, y dioses. Ahora Jacob declara que no la nación de Israel *que ya era suya o estaba bajo el cetro de Judá* sino otras naciones caerían en manos de Siloh. Por lo tanto estas tontas habladurías no reflejan otra cosa que la obstinación desmedida de los judíos, que no se someterán a este dicho de Jacob, a pesar de ser condenados por su propia conciencia.

Otros se permiten fantasear con que Siloh se refiere al Rey Jeroboam, coronado en Siloh, y a quien se habían unido diez tribus de Israel luego de desertar de Rehoboam, el rey de Judá (I Reyes 12). Por lo tanto, dicen, Jacob se refería a esto: No será quitado el cetro no de Judá hasta que Siloh, o sea Jeroboam, llegue. Esta interpretación es tan necia como la otra; pues Jeroboam no fue coronado en Siloh sino en Shechem (I Reyes 12). Por lo tanto el cetro no partió de Judá, sino que el reino de Judá permaneció, junto con la tribu de Benjamín y varios de los niños de Israel quienes moraron en las ciudades de estas dos tribus, como lo oímos de I Reyes 12. Asimismo, el sacerdocio entero, culto, templo, y todo lo demás permaneció en Judá. Además Jeroboam nunca conquistó

el reino de Judá, ni tampoco ninguna otra nación, pues habrían de caer en manos de Siloh.

El tercer grupo dice así: “Siloh significa ‘enviado’, y este término se refiere a Nabucodonosor de Babilonia.” Por lo tanto quiere decir que no será quitado el cetro de Judá hasta que Siloh, o sea, el rey de Babilonia, llegue. Habría de guiar a Judá al exilio y destruirlo. Esto tampoco parece atinado, y un niño aprendiendo sus cartas puede rebatirlo. Pues Siloh y *shiloch* son dos palabras diferentes. Esta última podrá significar “enviado.” Pero no es la palabra que hallamos aquí; Siloh es la palabra, y ésta, como el caldeo dice, significa Mesías. Pero el rey de Babilonia no es el Mesías que ha de venir de Judá, como los judíos y el mundo entero lo sabe muy bien. Ni el cetro fue quitado de Judá a pesar de que los judíos permanecieron en cautiverio en Babilonia. Fue sólo un castigo de setenta años. También durante estos años grandes profetas *Jeremías, Daniel Ezequiel* aparecieron y fueron quienes protegieron el cetro y dijeron cuánto duraría el exilio. Además Jehoiachin, rey de Judá, era tomado por rey en Babilonia. Y varios de los que habían sido expulsados al cautiverio regresaron a casa mientras él vivía (Hageo 2). Esto no debe ser visto como la pérdida del cetro, sino como un azote de luz. Aun siendo privados de su país por un tiempo como una medida de castigo, Dios no obstante les ofreció su preciosa palabra para que estuvieran seguros de que podrían permanecer en su tierra. Pero durante los últimos mil quinientos años ni siquiera un perro, mucho menos un profeta, tuvo asegurada la tierra. Por lo tanto ahora el cetro ha sido definitivamente quitado de Judá. He escrito más acerca de esto en contra de los Sabatarianos.

El cuarto grupo tergiversa la palabra *shebet*, interpretando que la vara no será quitada de Judá hasta que Siloh, o sea su hijo, llegue, y él será quien debilitará a los gentiles. Estos consideran que la vara es el castigo en el que hoy viven. Pero el Mesías llegará y asesinará a todos los gentiles. Esto es mentira. Hace caso omiso del texto caldeo completamente *algo que desearían hacer pero no se atreven* y es una interpretación completamente arbitraria de la palabra *shebet*. Pasan por alto las palabras precedentes en las que Jacob convierte a Judá en un príncipe y león o rey, agregando inmediatamente después que el cetro, o *shebet*, no será quitado de Judá. ¿Cómo un significado tan poco feliz acerca del castigo pudo acechar tan de cerca tan gloriosas palabras sobre el principado o reino? Primero tendrían que haber sido revelados los pecados que originaron tal castigo. Pero todo lo que hallamos mencionado aquí son loas, honor, y gloria a la tribu de Judá.

Y aun si la palabra *shebet* designara un látigo usado para castigar, ¿cómo los ayudaría esto? Pues el martillo del juez o el látigo del rey es también una vara para castigar a los criminales. De hecho, el látigo del

castigo no puede ser otra cosa que la vara del juez o sultán, ya que el derecho a impartir castigos pertenece sólo a la autoridad (Deuteronomio 32): *Mihi vindicatam*, “La venganza es mía.” De cualquier modo, este significado queda intacto *que el cetro o vara no será quitado de Judá* aún si éste es el látigo del castigo. Pero esta interpretación arbitraria de los rabinos apunta a una vara extranjera que no descansa en las manos de Judá sino sobre su espalda y es empuñada por una mano extranjera. Aun si este significado fuera posible *que no lo es* ¿qué haríamos con el otro pasaje que habla del *saphra* o *mehoqeq* a sus pies? Tendría que ser entonces también el *mehoqeq* de un rey extranjero y los pies de una nación extranjera. Pero como Jacob declara que ha de ser Judá y el *mehoqeq* de entre sus pies, el otro término, la vara, debe también representar el corpus de reglas de su tribu.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 5]

Algunos tergiversan la palabra *donec* (“hasta”) e intentan convertirla en “porque” (*quía*). Entonces leen: “No será quitado el cetro de Judá *donec*; o sea, porque (*quía*) el Mesías vendrá.” Aquel que ha perpetuado esto es un experto, merece ser coronado con cardos. Invierte el orden correcto de las cosas de esta manera: El Mesías vendrá, por lo tanto el cetro no será quitado de Judá. Jacob, no obstante, primero convierte a Judá en príncipe y león a quien el cetro es encomendado, lo que es previo a la llegada del Mesías; él luego, al debido tiempo, se lo entregará al Mesías. De esta manera Judá no conserva el principado ni el papel de león ni el cetro, que a él le será encomendado. Además, la necia arbitrariedad convierte el término “hasta” en un término nuevo, “porque.” Esto, por supuesto, no está permitido por el lenguaje.

Y finalmente existe un rabino que tergiversa la palabra “llegar, venir” y afirma que significa “asentarse” tal como el hebreo hace uso de la palabra “llegar” para referirse a la caída de sol. Nuestro compañero se abandona a tales tonterías que no sé si está tratando de caminar sobre su cabeza o sobre sus oídos. Pues no logro comprender el sentido de sus palabras cuando dice que el cetro no será quitado de Judá hasta que Silo (la ciudad) se asiente (caiga). Entonces David, el Mesías, llegará ¿Dónde,

para repetir lo dicho más arriba, se hallaba el cetro de Judá antes de Siloh o Saúl? Pero los que se encolerizan contra su propia conciencia y patentan fines verdaderamente corrompidos hablan de tales idioteces. En suma, Lyra está en lo correcto cuando dice que aún inventando estos y muchos otros esplendores similares, el texto caldeo los derriba a todos y los condena por mentir, blasfemar, y pervertir deliberadamente la palabra de Dios. Sin embargo, quería exponerlo ante nosotros Alemanes de manera que podamos ver cuán ladinos los ciegos judíos son y cuán poderosamente la verdad de Dios se encuentra entre nosotros y contra ellos.

Y ahora que algunos han notado que tales evasivas y tontos resplandores carecen de valor, admiten que el Mesías llegó en el tiempo de la destrucción de la ciudad de Jerusalén; pero, dicen ellos, está en secreto en el mundo, residiendo en Roma entre los mendigos cumpliendo penas por los Judíos hasta que llegue la hora de su aparición pública. Estas no son palabras de judíos o de hombre alguno sino del diablo arrogante, mordaz, que cruel y venenosamente se burla de nosotros Cristianos y de nuestro Cristo a través de los judíos, como diciendo: "Los cristianos hallan mucha gloria en su Cristo, pero tienen que someterse al yugo de los romanos; deben sufrir y mendigar en el mundo, no sólo en los días de los emperadores, sino también en los días del papa. Después de todo, son impotentes en mi reino, el mundo, y con seguridad seguiré siendo su señor." Sí, vil demonio, búrlate y ríete de nosotros por ahora; ya temblarás lo suficiente por esto.

Así las palabras de Jacob se cumplieron tanto como las palabras de Cristo en nuestros días: "Este es mi cuerpo que es para ustedes." Los entusiastas distorsionaron cada palabra por separado y a todas en su conjunto, poniendo las últimas cosas primero, en vez de aceptar el verdadero sentido del texto, como hemos observado. Se pone de manifiesto en esta instancia también que cristianos como Lyra, Raymund, Burgensis, y otros ciertamente hicieron todo lo que estaba a su alcance en el esfuerzo por convertir a los judíos. Los acosaron de una palabra a la otra, así como se persigue a los zorros. Pero después de haber sido perseguidos por mucho tiempo, persistieron en su obstinación y ahora se permiten errar conscientemente, y no se apartarán de sus rabinos. Así es que tendremos que dejarlos hacer su camino e ignorar su blasfemia y su mentira maliciosa.

Yo mismo experimenté esto una vez. Tres judíos estudiosos se me acercaron, esperando descubrir en mí un nuevo judío porque estábamos empezando a leer hebreo aquí en Wittenberg, y resaltando que las cosas pronto mejorarían ahora que nosotros cristianos estábamos comenzando a leer sus libros. Cuando debatí con ellos, me dieron sus brillos, como lo hacen generalmente. Pero cuando los obligué a volver al texto, pronto

huyeron de éste, arguyendo que debían creer a sus rabinos como nosotros le creemos al papa y los doctores. Sentí lástima por ellos y les ofrecí una carta de recomendación a las autoridades, pidiéndoles que por el amor de Dios los dejaran hacer su camino libremente. Pero más tarde descubrí que llamaban a Cristo *tola*, es decir, delincuente ahorcado. Por lo tanto no deseo tener nada más que ver con ningún judío. Como dice San Pablo, están encomendados a la ira; más uno intenta ayudarlos, más viles y obstinados se convierten. Dejad que se las arreglen solos.

Nosotros Cristianos, no obstante, podemos reforzar enormemente nuestra fe con esta afirmación de Jacob, asegurándonos que Cristo está con nosotros y que ha estado con nosotros por mil quinientos años—pero no, como se mofa el diablo, como un pordiosero en Roma; sino como un Mesías reinante. Si así no lo fuera, entonces la palabra de Dios y su promesa serían una mentira. Si los judíos dejaran que las Sagradas Escrituras sean la palabra de Dios, tendrían que admitir también que ha habido un Mesías desde el tiempo de Herodes (sin importar dónde), en vez de esperar a otro. Pero antes de hacerlo, preferirán destrozar y pervertir la Escritura hasta que deje de serlo. Y esta es de hecho su situación: No tienen ni Mesías ni Escritura, tal como profetizó de ellos Isaías 28.

Pero esto será suficiente acerca del dicho de Jacob. Tomemos otros dicho que los judíos no tergiversaron ni distorsionaron ni pueden hacerlo de esta manera. En las últimas palabras de David, lo encontramos diciendo (II Samuel 23:2): “El Espíritu de Jehová por mí, Y su palabra ha estado en mi lengua. El Dios de Israel ha dicho, Me habló la Roca de Israel... ” Y más adelante (II Samuel 23:5): “Aunque no es así mi casa para con Dios.” O, de la traducción literal del texto hebreo: “Mi casa no es por supuesto así,” etc. Es decir: “Mi casa, después de todo, no vale nada; es demasiado glorioso, es demasiado lo que Dios hace por un pobre hombre como yo.” “Pues ha hecho con migo un pacto para siempre, ordenado en todos los respectos y seguro.” Notad cómo David se regocija con tantas y aparentemente superfluas que el Espíritu de Dios ha hablado a través suyo y que la palabra de Dios está en su lengua. Entonces dice: “El Dios de Israel ha dicho, Me habló la Roca de Israel,” etc. Es como si dijera: “Mi querida gente, prestad atención. Quienquiera pueda escuchar, dejadlo escuchar. Aquí está Dios, que está hablando y diciendo ‘Escuchad,’ etc.” ¿Qué es entonces lo que nos exhortas a escuchar? ¿Qué está diciendo Dios a través tuyo? ¿Qué hemos de escuchar?

Esto es lo que tú has de escuchar: que Dios hizo un pacto perpetuo, firme, y seguro con migo y mi casa, un pacto del cual mi casa no es digna. De hecho, mi casa no es nada comparada a Dios; y aún así Él hizo

esto. ¿Qué es este pacto perpetuo? ¡Oh, prestad atención y oíd! Mi casa y Dios se han unido en juramento para siempre. Es un pacto, una promesa que debe existir y perdurar por siempre, es decir, eternamente. Pues es el pacto de Dios y su señal, la cual nadie puede ni habrá de romper o entorpecer. Mi casa seguirá en pie eternamente; es “ordenado en todas las cosas, y será guardado.” La palabra *aruk* (ordenado) implica que no decepcionará o fallará en lo más mínimo. ¿Habéis oído esto? ¿Y creéis que Dios es sincero? Sí, sin dudas. Mi querida gente, ¿también creéis que Él puede y habrá de cumplir su promesa?

Perfecto, si Dios es sincero y todopoderoso y dijo estas palabras a través de David *lo cual ningún judío se atreve a negar* de modo que la casa y el gobierno de David (que son la misma cosa) tienen que haber perdurado desde que dijo estas palabras, y deben aún perdurar y perdurarán por siempre, es decir, eternamente. De lo contrario, Dios sería un mentiroso. En suma, o debemos aceptar la casa de David o su heredero, que reina desde el tiempo de David al presente y por la eternidad, o David murió siendo un mentiroso descarado hasta el último día, enunciando estas palabras que (según parece) no son más que cháchara inútil: “Dios habla, Dios dice, Dios promete.” Es fútil aliarse con los judíos para acusarlo a Dios de mentiroso. Tenemos, yo digo, un heredero de David desde su tiempo en adelante, como prueba de que su casa nunca estuvo vacía sin importar dónde esté este heredero. Ya que esta casa debe haber tenido continuidad y tenerla por siempre. Aquí encontramos la promesa de Dios de que éste es un pacto perpetuo, firme, y seguro, sin ninguna falla, sino que todo es *aruk*, magníficamente ordenado, como Dios ordena todos sus trabajos. Salmos 111:3: “Esplendor y majestad es su obra.”

Ahora dejad a los judíos crear tal heredero de David. Pues deben hacerlo, desde de que leemos aquí que la casa de David es perpetua, una casa que nadie ha de destruir u obstaculizar, en cambio según leemos aquí [II Sam. 23:4], será como el resplandor del sol en una mañana sin nubes. Si no son capaces de presentar al heredero o la casa de David, entonces este verso los condena completamente, y muestran que con seguridad no lo tienen a Dios, ni a David, ni a un Mesías, que están perdidos y eternamente condenados. Por supuesto, no pueden negar que el reino o la casa de David perduró ininterrumpida hasta el cautiverio de Babilonia, incluso a lo largo del cautiverio de Babilonia, y al finalizar éste hasta los días de Herodes. Perduró, yo digo, no por su propio poder y mérito sino en virtud de su pacto perpetuo hecho con la casa de David. Pues la mayoría de sus reyes y soberanos fueron inicuos, practicando idolatrías, asesinando profetas, y viviendo vergonzosamente. Por ejemplo, Roboam, Joram, Joás, Ahaz, Manasés, etc., superaron a todos los gentiles o los reyes de Israel en ignominia. Por ellos, la casa y tribu de David plenamente mereció su exterminio.

Fue lo que finalmente le ocurrió al reino de Israel. Sin embargo, el pacto hecho con David siguió vigente. Los libros de los reyes y profetas jovialmente declaran que Dios conservó una lámpara o una luz para la casa de David que no habría de permitir que se extinguiese. Así es que leemos en II Reyes 6:19 y en II Crónicas 21:7: “Más Jehová no quiso destruir la casa de David, a causa de pacto que había hecho con David, y porque le había dicho que le daría lámpara a él y a sus hijos perpetuamente.” La misma idea se expresa en II Samuel 7:12.

A modo de contraste, observad el reino de Israel, donde la ley no permaneció en la misma tribu o familia por más de dos generaciones, con la excepción de Jehú [65] quien en razón de una promesa especial la trasladó hasta la cuarta generación de su casa. De lo contrario siempre pasaba de una tribu a otra, y a veces apenas sobrevivía una generación; además no pasó mucho tiempo para que el reino se extinguiera por completo. Pero gracias a los maravillosos actos de Dios, el reino de Judá permaneció dentro de la tribu de Judá y la casa de David. Resistió la fuerte oposición de los gentiles en las cercanías, de Israel mismo, las rebeliones dentro de Israel, y las graves idolatrías y pecados, de manera que no hubiera sido sorprendente que hubiera caído en la tercera generación bajo el mandato de Roboam, o por lo menos bajo Joram, Ahaz, y Manasés. Pero tenía un Protector fuerte que no lo dejó morir ni dejó que su luz se extinguiera. La promesa fue que permanecería firme, eternamente firme y seguro. Y así ha permanecido y debe permanecer al presente y por siempre; pues Dios no miente ni puede mentir.

Los judíos dicen la burrada de que el reino pereció con el cautiverio de Babilonia. Como ya lo dijimos antes, son habladurías huecas; ya que el cautiverio no constituyó otra cosa que un breve castigo, definitivamente limitado a un período de setenta años. Dios lo había prometido. Además, los preservó durante estos años por medio de espléndidos profetas. Asimismo, el Rey Joacim fue exaltado por sobre todos los reyes de Babilonia, y Daniel y sus compañeros gobernaron no sólo a Judá e Israel sino también a todo el Imperio Babilonio. [66] Aún si su sede de gobierno no estuvo en Jerusalén por un breve período, no obstante gobernaron en otra parte con mucha más gloria que en Jerusalén. Por lo tanto podríamos decir que la casa de David no se extinguió en Babilonia sino que brilló más resplandecientemente que en Jerusalén. Sólo tuvieron que desocupar su tierra natal por un tiempo como una forma de castigo. Pues cuando un rey ocupa la tierra de un país extranjero no puede considerado como un ex rey porque no está en su tierra natal, especialmente si es asistido por una gran victoria y buena fortuna contra varias naciones. Sino que debiera decirse que es más ilustre en el extranjero que en casa.

Si Dios mantuvo su promesa desde el tiempo de David hasta Herodes, preservando su casa de la extinción, debió de haberla mantenido desde aquel tiempo hasta el presente, y la mantendrá eternamente, de manera que la casa de David no ha muerto y no morirá nunca jamás. Pues no nos atrevemos a reprender a Dios por ser medio sincero y medio mentiroso, diciendo que cumplió su pacto y preservó la casa de David fielmente desde el tiempo de David hasta Herodes; pero que después del tiempo de Herodes, empezó a mentir y se convirtió en un mentiroso, ignorando y alterando su pacto. No, ya que, como la casa de David permaneció y brilló hasta el tiempo de Herodes, así debía permanecer en el tiempo de Herodes y después de Herodes, brillando hasta la eternidad.

Ahora notamos qué bien este dicho de David armoniza con lo que dijo el patriarca Jacob: "No será quitado el cetro de Judá, Ni el *mehoqeq* de entre sus pies, Hasta que venga Siloh; Y a él se congregarán los pueblos" [Gén. 49:10]. ¿Cómo puede expresarse con mayor claridad o de otra manera que la casa de David brillará hasta que llegue el Mesías? Entonces, a través suyo, la casa de David brillará no sólo sobre Judá e Israel sino también sobre los gentiles, o sobre países distintos y más numerosos. Esto en efecto no significa que vaya a extinguirse, por el contrario, significa que brillará más lejos y más ilustremente de lo que brilló antes de Su advenimiento. Y entonces, como dice David, éste es un reino y un pacto eternos. Por lo tanto convincentemente se deduce que el Mesías llegó cuando el cetro había sido quitado de Judá—a menos que queramos injuriar a Dios diciendo que no cumplió su pacto y juramento. Aún si los judíos tercos, obstinados se niegan a aceptar esto, por lo menos nuestra fe ha sido confirmada y reforzada. No nos importan en lo absoluto sus fulgores delirantes, que han tejido en sus cabezas. Nosotros tenemos el texto en claro.

Estas últimas palabras de David *convertirlos una vez más* están basadas en la palabra del propio Dios, donde él dice, como él aquí fanfarronea acerca de su final: "¿Tú me has de edificar casa en que yo more?" (II Sam. 7:5). Podéis leer lo que allí sigue—cómo Dios continúa por relatar que hasta ahora él no ha vivido en casa alguna, pero que lo había elegido a él [o sea, a David] para ser el príncipe de su pueblo, a quien ha de asignar un lugar fijo y le dará descanso, concluyendo, "Yo te edificaré una casa" [cf. II Sam. 7:11]. Es decir, ni tú ni nadie más me edificará una casa en la cual morar; soy demasiado, demasiado grande para eso, como leemos también en Isaías 66. No, yo te edificaré una casa. Pues así lo dice el Señor, como afirma Natán: "Jehová te hace saber que él te edificará una casa" [II Sam 7:11]. Cualquiera está familiarizado con una casa construida por un hombre—una estructura muy perecedera hecha de piedras y madera. Pero una casa construida por Dios implica la consolidación de un padre de familia que ha de tener herederos y

descendientes de su sangre y linaje por siempre. Así Moisés dice en Éxodo 1:21 que Dios construyó casas para las parteras porque no obedecieron la orden del rey, sino que dejaron vivir a los infantes y no los mataron. Por otro lado, derriba y extingue las casas de los reyes de Israel en la segunda generación.

Así David tiene aquí una casa segura, construida por Dios, que ha de tener herederos por siempre. No es una casa ordinaria; no, Él dice, "Yo te tomé (...) para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel" [II Sam. 7:8]. Por lo tanto habrá de ser llamado principado, una casa real—o sea, la casa del Príncipe David o del Rey David, en la cual tus hijos reinaran por siempre y serán príncipes así como tú lo eres. Los libros e historias de los reyes prueban la veracidad de esto, trazándola hasta el tiempo de Herodes. Hasta ese momento el cetro y *saphra* están en la tribu de Judá.

Ahora sigue el segundo tema, concerniente a Silo. ¿Por cuánto tiempo mi casa permanecerá en pie de esta manera y por cuánto tiempo mis descendientes gobernaran? Responde así [II Sam. 7:12-16]: "Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas (*utero* —es decir, de tu carne y sangre), y afirmaré tu reino. Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él por padre, y él me será a mí por hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres (como la que se usa para castigar a los niños), y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente." Esta manifestación se encuentra casi textualmente en I Crónicas 18 [17:11-14], a donde podéis leerlo.

Quienquiera que se adjudique a estos versos a Salomón será de hecho un intérprete arbitrario. Ya que aunque Salomón no había nacido aún, en efecto el adulterio con su madre Bathsheba no había sido consumado aún, no obstante no es la semilla de David nacido después de la muerte de David, de quien el texto dice, "Cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje." Pues Salomón nació en vida de David. Sería tonto, sí, ridículo, decir que el término "levantado" aquí significa que Salomón debe ser levantado después de muerto David para convertirse en rey o para construir la casa; pues otros tres capítulos (I Reyes 1, I Crónicas 24 [28], I Crónicas 29) atestiguan que Salomón fue nombrado rey en vida de su padre, pero que también recibió la orden de su padre David, como también el plano completo del templo, de todas las habitaciones, su equipamiento detallado, y la organización del reino entero. Es obvio que Salomón no construyó el templo u ordenó el reino o principado de acuerdo a sus

propios planes sino de acuerdo a los de David, que prescribió todo, de hecho, lo organizó todo en vida.

Existe también una gran discrepancia por una diferencia en las palabras de II Samuel 7 y I Crónicas 24 [28] y 29. El primero establece que Dios construirá para David una casa eterna; el último, que Salomón habrá de construir una casa en nombre de Dios. El primer pasaje establece sin condición o requisito alguno que habrá de quedar en pie por siempre y que ningún pecado habrá de impedirlo. El otro pasaje establece como condición para su validez la fidelidad de Salomón y sus descendientes. Como no permaneció fiel, no sólo perdió las diez tribus de Israel sino que también fue exterminado por la séptima generación. El primero es un *promitio gratiae* [“una promesa de gracia”], el último es un *promitio legis* [“una promesa de ley”]. En el primer pasaje David le agradece a Dios porque su casa permanecerá en pie por siempre, en el último no le agradece a Dios que el templo de Salomón permanezca en pie por siempre. En otras palabras, los dos pasajes se refieren a momentos diferentes y a cosas y templos diferentes. Y aunque Dios llame a Salomón su hijo en el último también y diga que será su padre, esta promesa depende de que Salomón permanezca pío. Dicha condición no aparece en el primer pasaje. No es de extrañarse que Dios llame a sus santos, así como a los ángeles, hijos suyos. Pero el hijo mencionado en II Samuel 7:14 es un hijo diferente y especial que retendrá el reino incondicionalmente y ningún pecado lo evitará.

También los profetas y los salmos citan el libro II de Samuel versículo 7, que habla de la semilla de David luego de su muerte, mientras que no toman en cuenta I Crónicas 24 [28] y 29, que habla de Salomón. En Salmos [89:1-4] leemos: “Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente; De generación en generación haré notoria con mi boca tu fidelidad, Diciendo: Para siempre será edificada misericordia; En los cielos mismos establecerás tu verdad. Hice un pacto con mi escogido; Juré a David mi ciervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, Y edificaré tu trono por todas las generaciones.” Estas también son palabras claras. Dios promete a David concederle gracia por siempre, y construir y preservar su casa, semilla y trono eternamente.

Más adelante, en el verso 19, encontramos una referencia explícita al verdadero David. Este verso contiene las más hermosas profecías acerca del Mesías, que no pueden aplicarse a Salomón. Pues no era el soberano de todos los reyes en la tierra, ni su ley se propagó por tierra y por mar. Estos hechos no pueden ser ignorados. Además, el reino no permaneció en la casa de Salomón. No tenía una promesa definitiva, era sólo una promesa condicional a su fidelidad. La casa de David era la que tenía la promesa, y tuvo más hijos que Salomón. Y como lo informan los libros de

historia, el cetro de Judá pasó a veces de hermano a hermano, a veces de primo a primo, pero siempre permaneció en la casa de David. Por ejemplo, Ocozías no tuvo hijos, y Ahaz tampoco, por lo tanto de acuerdo a la costumbre de la Sagrada Escritura los sobrinos tuvieron que ser herederos e hijos.

Quien se atreva a contradecir tan claras y convincentes afirmaciones de la Escritura concernientes a la eterna casa de David, que están comprobadas por las historias, mostrando que hubo siempre reyes o príncipes hasta la llegada del Mesías, no puede ser otro que el diablo mismo o quienquiera sea su seguidor. Pues fácilmente puedo creer que el diablo, o quienquiera que sea, no estaría dispuesto a reconocer al Mesías, pero en cambio se vería en la obligación de reconocer la casa y trono eternos de David. Pues no podría negar las claras palabras del juramento de Dios prometiendo que su palabra no ha de cambiar y que no ha de mentir a David, ni siquiera en razón de ningún pecado, como lo establece conmovedora y claramente el salmo arriba mencionado [Ps. 89].

Ahora una casa de David de perennidad tal no se encuentra en lugar alguno a menos que ubiquemos al cetro con anterioridad al Mesías y al Mesías con posterioridad al cetro, y entonces conectarlos; a saber, afirmando que el Mesías llegó cuando el cetro fue quitado y que la casa de David fue así preservada por siempre. De esta manera Dios se revela sincero y fiel a su palabra, pacto, y juramento. Puesto que es obvio que el cetro de Judá colapsó completamente en el tiempo de Herodes, pero mucho más cuando los romanos destruyeron Jerusalén y el cetro de Judá. Ahora si la casa de David es eterna y Dios sincero, entonces el verdadero Rey de Judá, el Mesías, debe de haber llegado en este momento. Ningún ladrido, ninguna interpretación, o encubrimiento cambiará esto. El texto está demasiado autorizado y queda demasiado claro. Si los judíos se rehusan a admitirlo, a nosotros no nos interesa.

Para nosotros es suficiente que, en primer lugar, nuestra fe cristiana encuentre aquí prueba más substancial, y que tales versos me proporcionan gran regocijo y seguridad de que poseemos tal fuerte testimonio en el Viejo Testamento. En segundo lugar, estamos seguros de que aún el diablo y los judíos mismos no pueden refutar esto en sus corazones y que en su propia conciencia están convencidos. Se nota con seguridad y certeza por el hecho de que tergiversan el dicho de Jacob acerca del cetro (como lo hacen con toda la Escritura) de tantas maneras traicionando su convencimiento y aún con malicia deliberada lo contradicen y blasfeman sobre él. Los judíos sienten saben perfectamente que estos versos son como roca sólida y su interpretación no es otra cosa que paja o telaraña. Pero con intencional y maliciosa resolución no han de admitirlo; aún así insisten en ser y en

ser llamados la gente de Dios, implemente por llevar la sangre de los patriarcas. De otra manera no tienen con qué fanfarronear. En cuanto al efecto linaje sólo puede tener, lo hemos hablado con anterioridad. Es tal como si el diablo hubiera de fanfarronear que su estirpe es angelical, y en razón de esto es el único ángel e hijo de Dios, a pesar de que en realidad es enemigo de Dios.

Ahora que hemos considerado estos versos, escuchemos lo que dice Jeremías. Su palabra suena muy extraña. Pues sabemos que fue un profeta mucho antes de que el reino de Israel fuera destruido y exiliado, cuando sólo el reino de Judá existía todavía, el cual habría de ser puesto en cautiverio pronto en Babilonia, como lo presagió y incluso experimentó durante su vida. Aún a pesar de esto, se atreve a decir en el capítulo 33:17: "Porque así dice Jehová: No faltará a David varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel. Ni a los sacerdotes y levitas faltará varón que delante de mí ofrezca holocausto y encienda ofrenda, y que haga sacrificio todos los días."

"Y vino la palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: Así dice Jehová: si podéis invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de tal manera que no hay adía ni noche a su tiempo, entonces podrá invalidarse también mi pacto con mi siervo David, para que le falte un hijo que reine sobre su trono, y mi pacto con los levitas y sacerdotes, mis ministros..."

"Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ¿No has echado de ver lo que habla este pueblo, diciendo: Las dos familias que Jehová había escogido, las ha desechado? Y han tenido en poco a mi pueblo, hasta no tenerlo más por nación. Pues bien, dice así Jehová: Si no permanece mi pacto con el día y la noche, si yo no he puesto las leyes del cielo y la tierra, también desecharé la descendencia de Jacob, y de David mi siervo, para no tomar de su descendencia quien sea señor sobre la posterioridad de Abraham, de Isaac y de Jacob; porque yo haré volver sus cautivos, y tendré compasión de ellos."

¿Qué podemos decir ante esto? Quienquiera pueda interpretarlo, dejadlo que lo haga. Aquí leemos que no sólo David, sino también los levitas perdurarán por siempre; y lo mismo para Israel, la semilla de Abraham, Isaac, Jacob. Está recalcado que David tendrá un hijo que se sentará en su trono eternamente, con tanta seguridad como que el día y la noche se sucederán por siempre. Por otra parte, oímos que Israel será llevado al cautiverio, y también Judá detrás suyo, pero que Israel no será conducido de vuelta, mientras que Judá sí. Decidme, ¿cómo encaja todo esto? La palabra de Dios no puede mentir. Así como Dios vigila el curso de los cielos, de manera que día y noche se continúan en una sucesión eterna, así también David (es decir, Abraham, Isaac, y Jacob), deben

tener un hijo en su trono ininterrumpidamente. Dios mismo hace esta comparación. Es imposible para los judíos entender esto; pues ven con sus propios ojos que ni Israel, ni Judá han tenido un gobierno durante casi mil quinientos años; de hecho, Israel no lo ha tenido por casi dos mil años. Aún así Dios debe ser sincero, hagamos lo que hiciésemos. El reino de David debe gobernar la semilla de Jacob, Isaac, y Abraham, como Jeremías lo declara aquí, o Jeremías no es un profeta sino un mentiroso.

Dejemos a los judíos que concilien e interpreten esto como quieran o puedan. Para nosotros este pasaje no deja dudas; asegura que la casa de David resistirá por siempre, también los levitas, la semilla de Abraham, Isaac, y Jacob en el hijo de David, en tanto día y noche *o como es también expresado, en tanto el sol y la luna* perduren. Si esto es verdad, entonces el Mesías debió haber llegado cuando la casa y ley de David dejaron de existir. Así el trono de David asumió un esplendor mayor a través del Mesías, como leemos en Isaías 9:6: “Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará: *Pele*, *Joets*, *El*, *Gibbor*, *Abi-gad*, *Sar shalom*. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.” Volveremos a esto más adelante, pero aquí nos abstendremos de discutir como los obcecados judíos tergiversan estos seis nombres del Mesías. Aceptan este verso y admiten *como tienen que admitir* que habla del Mesías. Lo citamos porque Jeremías afirma que la casa de David gobernará por siempre: primero a través del cetro hasta el tiempo del Mesías, y luego mucho más gloriosamente a través del Mesías. Por lo tanto tiene que ser cierto que la casa de David no ha cesado hasta este momento y que no cesará hasta la eternidad. Pero como el cetro fue quitado de Judá mil quinientos años atrás, el Mesías debe de haber llegado por esa fecha, o, como lo hemos señalado con anterioridad, 1468 años atrás. Todo esto es convincentemente establecido por Jeremías.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 6]

Sin embargo, algunos entre nosotros deben de preguntarse cómo es posible que en el tiempo de Jeremías la semilla de Abraham, Isaac, y Jacob existiera y permaneciera en la tribu de Judá o el trono de David, a pesar de que sólo permaneció Judá mientras que Israel fue exiliado. Estas personas deben ser informadas de que el reino de Israel fue llevado al cautiverio y destruido, que nunca regresó a casa y nunca regresará, pero que Israel, o la semilla de Israel, de alguna manera siempre permaneció en Judá, y que fue exiliada con Judá y regresó con ella. Podéis leer acerca de esto en I Samuel, I Reyes 10 [11] y 12, y II Crónicas 30 y 31. Aquí vosotros aprenderéis que la tribu completa de Benjamín *por lo tanto una gran parte de Israel* permaneció con Judá, así como toda la tribu de Leví junto varios miembros de las tribus de Efraím, Manasés, Aser, Isacar, y Zabulón que permanecieron en el país después de la destrucción del reino de Israel y apoyaron a Ezequías en Jerusalén y ayudaron a depurar la tierra de Israel de ídolos. Asimismo, varios israelitas habitaron las ciudades de Judá.

Como hallamos muchos israelitas viviendo bajo el dominio del hijo de David, Jeremías no miente cuando dice que los Levitas y la semilla de Abraham, Isaac, y Jacob habría de ser hallada bajo el reinado de la casa de David. Todos estos, o al menos varios de estos, fueron llevados a Babilonia y regresaron de allí con Judá, según enumera y relata Esdras. Sin dudas muchos más regresaron de los que fueron expulsados bajo Senaquerib, ya que el reino Asirio o Media cayó bajo el dominio persa a través de Ciro, de manera que Judá e Israel muy probablemente se encontraban en condiciones de unirse y volver juntos de Babilonia a Jerusalén y a la tierra de Canaán. Pues sé a ciencia cierta que hallamos estas palabras en Esdras 2:70: “Y todo Israel (o todos los de Israel que allí estaban) en sus ciudades.” ¿Y cómo podían estar viviendo allí si no habían regresado? En el tiempo de Herodes y del Mesías la tierra estaba nuevamente llena de israelitas; pues en las setenta semanas de Daniel, o sea, en cuatrocientos noventa años, se habían reunido nuevamente. No obstante, no establecieron nuevamente un reino.

Por lo tanto los judíos de hoy día son maestros muy ignorantes e indolentes discípulos de las Escrituras cuando alegan que Israel no ha regresado aún, como si todo Israel tuviera que regresar. De hecho no todo Judá regresó tampoco, sino sólo un pequeño número, según se deduce de la enumeración de Esdras. La mayoría permaneció en Babilonia, como los propios Daniel, Nehemías, y Mardoqueo. Del mismo modo, la mayoría de los israelitas permanecieron en Media, aunque probablemente viajaban a Jerusalén para las fiestas importantes y luego regresaban a sus casas, como escribe Lucas en las Actas de los Apóstoles [2:5 ff.]. Dios nunca prometió que el reino o el cetro de Israel sería devuelto como el de Judá. Sí se lo prometió a Judá. Este último lo recuperaría en virtud de la promesa de Dios, por la cual se compromete

a erigir la casa y el trono de David para siempre y a no permitir que se extinga. Pues como lo declara Jeremías aquí, Dios no tolerará que nadie lo calumnie diciendo que ha rechazado a Judá e Israel completamente, de manera que nunca más habrán de ser su pueblo y que el trono de David habrá de desaparecer, como si Él hubiera olvidado su promesa, cuando le ha prometido y garantizado a David una casa eterna. A pesar de que ahora tendrán que morar por un tiempo en Babilonia, aún, dice, seguirá siendo una casa y reino eternos.

Estoy diciendo esto para honrar y reforzar nuestra fe y para avergonzar al endurecido descreimiento de los ciegos y obcecados judíos, para quienes Dios es en todo momento y por la eternidad un mentiroso, como si hubiera permitido que la casa de David se extinguiera y hubiera olvidado el pacto y el juramento hecho a David. Pues si admitieran que Dios es sincero, hubieran confesado que el Mesías llegó mil quinientos años atrás, de manera que la casa y trono de David no deberían estar desolados por tanto tiempo, como lo suponen, sólo porque Jerusalén ha yacido en cenizas y ha sido desprovisto de la casa y el trono de David durante tanto tiempo. Pues si Dios mantuvo su promesa desde el tiempo de David al cautiverio babilónico y desde ese momento a los días de Herodes cuando fue quitado el cetro, debe de haberla mantenido posteriormente y para siempre, o de lo contrario la casa de David no es eterna sino perecedera, que ha sucumbido junto con el cetro en el tiempo de Herodes.

Pero como ya lo hemos dicho, dios no tolerará esto. No, la casa de David ha de ser perenne, como “día y noche y la artillería del cielo y la tierra,” según las palabras de Jeremías [Jer. 33:25]. No obstante, como el cetro de Judá fue perdido en el tiempo de Herodes, no puede ser eterno a menos que el hijo de David, el Mesías, haya llegado, él mismo se haya sentado él mismo en el trono de David, y se haya convertido en el Señor del mundo. Si los judíos no se equivocan, entonces la casa de David debió haber estado extinta desde 1568, contrariando la promesa y juramento de Dios. Esto es imposible de creer. Ahora esta es una exposición minuciosa y a fondo de la cuestión, y ningún judío puede aducir nada para refutarla. Por fuera pretenderá que no la cree, pero su corazón y su consciencia no pueden contradecirla.

¿Y hubiera podido Dios mantener el honor de su verdad divina, habiéndole prometido a David una casa y un trono eternos, si luego permitió que quedaran desolados más tiempo de lo que permanecieron intactos? Intentemos comprender esto. Según la opinión de los judíos, el tiempo que transcurrió desde David a Herodes no es exactamente de mil años. La casa o trono de David tuvo vigencia durante ese periodo de tiempo, incluyendo los setenta años en Babilonia. (Nosotros agregaríamos más de cien años a ese total.) Desde el tiempo de

Herodes, o mejor dicho *pues no está lejos de ser cierto* desde la destrucción de Jerusalén, al año 1542 transcurren 1568 años, como fue señalado más arriba. De acuerdo con este cálculo, la casa y trono de David han estado desocupados por cuatrocientos o quinientos años más de lo que estuvieron ocupados. ¡Ahora preguntad de tronco y piedra si tal puede ser llamada una casa eterna, especialmente construida por Dios y preservada por su fidelidad y verdad sublimes—una casa que se yergue por más de cien años y yace en cenizas por cuatrocientos o quinientos años!

A pesar de que los judíos sean tan duros o más duros que un diamante, el relámpago y el trueno de tan clara y explícita verdad debería derruirlos, o por los menos sosegarlos. Pero como ya lo he dicho antes, nuestra fe se anima, se refuerza con esto, pone de manifiesto y asegura que tenemos al verdadero Mesías, que con seguridad apareció cuando Herodes tomó el cetro de Judá y el *saphra*, así la casa de David sería eterna y por siempre habría un hijo suyo en su trono, como le fuera expresado y prometido a él por Dios y como fuera pactado con él.

Algún judío ladino podría tirarme por la cabeza mi libro contra los Sabbatarians, en el que demuestro que la frase “para siempre,” *le-olam*, a menudo no significa realmente una eternidad, sino simplemente “mucho tiempo.” Así Moisés expresa en Éxodo 21:6 que el amo ha de llevarse al esclavo que quiera quedarse con él y le horadará la oreja con lezna junto a la puerta, “y será su siervo para siempre.” Aquí la frase significa una eternidad humana, es decir, una vida. Pero también dije en el mismo tratado que cuando Dios usa la frase “para siempre,” es una verdadera eternidad divina. Y Él comúnmente agrega otra frase para expresar que no habrá de ser de otra manera, como en Salmos 110:4, “Juró Jehová, y no se arrepentirá.” Del mismo modo en Salmos 132:11: “Juró Jehová a David Una verdad de la que no se retractará,” etc. Siempre que se agrega este “no,” significa verdaderamente para siempre y no de otra forma. Así leemos en Isaías 9:7, “La paz no tendrá límite.” Y en Daniel 7:14, “Su dominio es dominio eterno (...) y su reino no será destruido jamás.” “No será destruido jamás” significa eternamente, hasta que el Mesías llegue; lo cual con seguridad significa eternamente. Puesto que todos los profetas le adjudican al Mesías un reino eterno, un reino que no tendrá límite.

Pero si asumimos que esto se refiere a una eternidad humana o temporal, o bien a un periodo de tiempo indefinido (que es imposible), entonces el significado sería necesariamente el que siguiente: Tu casa será eterna ante mí, o sea, tu casa se erguirá tanto como se yerga, o durante tu vida. Esto es lo que David habría de garantizar y prometer, el equivalente a completamente nada; ya que aún en la ausencia tal juramento la casa de David se erguiría “para siempre,” es decir, durante

su vida. Pero desechemos estas tonterías de nuestras cabezas, que no podrían ocurrírsele más que a un rabino terco. Cuando las Escrituras se vanagloria en el hecho de que Dios no quería destruir a Judá por sus pecados cometidos bajo Roboam, sino que una lámpara debía permanecer para David, tal como Dios le prometió acerca de su casa (II Reyes 8:19), demuestra que todos entendieron la frase “para siempre” en su sentido real.

Podrían citar también ejemplo de los Macabeos. Después de que el noble Antiochus había despiadadamente devastado a la gente y al país, de manera que el príncipe de la casa de David feneció, gobernaron los Macabeos, que no pertenecían a la casa de David sino a la tribu de los sacerdotes, lo que significa que el cetro había sido quitado de Judá pero que el trono de David no sería eternamente ocupado por un hijo suyo. Por lo tanto la casa eterna de David no fue realmente eterna. Nosotros replicamos: los Judíos no pueden perturbarnos con esta argumentación, y no necesitamos responderles; pues nada de esto se encuentra en las Escrituras, porque Malaquías es el último profeta y Nehemías el último historiador, que, según puede ser deducido de su libro, vivió hasta el tiempo de Alejandro. Por consiguiente ambas partes debemos confiar en, en lo que respecta a esta cuestión, en lo que Jeremías manifestó — que un hijo de David habría de ocupar su trono o gobernar por siempre. Pues aparte de las Escrituras, quien quiera tratar este tema deberá tener considerar que queda sin resolver la cuestión de si los Macabeos gobernaron o bien sirvieron a los gobernadores. Con respecto a la fiabilidad de los historiadores, haremos algunos comentarios más adelante.

No obstante me parece que el siguiente incidente grabado en las Escrituras no debería ser tratado a la ligera. En el tiempo de la Reina Atalía, durante seis años enteros ningún hijo de David ocupó su trono; ella, Athliah la tirana, reinó sola. Había mandado a matar a todos los descendientes masculinos de David, con la única excepción de Joás, un infante de tres o seis meses, que había sido tomado secretamente, escondido en el templo, y criado por la excelente Josebá, la esposa del alto sacerdote Joyadá, hija del Rey Joram y hermana del Rey Ocosías, a quien Jehú asesinó. Aquí efectivamente el pacto eterno que Dios hizo con David se encontraba en peligro, dependiendo de un muchacho oculto, que estaba lejos de ocupar el trono de David. En este momento su casa se asimilaba a farol oscuro en el cual la luz se extingue, ya que una reina extranjera, una gentil de Sidón, ocupaba el trono de David y reinaba. ¡Sin embargo, se quemó completamente el trasero en ese trono!

No obstante, todo esto no significa que el cetro hubiera sido quitado o que el pacto eterno de Dios hubiera sido roto. Pues a pesar de que la luz

de David no estuviera brillando intensamente en este momento, había en ese niño Joás un halo, que brillaría nuevamente con intensidad en el futuro y gobernaría. Ya había nacido como hijo de David, y esos seis años no eran nada más que una *tentatio*, una tentación. A menudo parece que Dios es inconsciente de su palabra y que nos está fallando. Es lo que hizo con Abraham cuando lo envió a convertir en cenizas a su querido hijo Isaac, en quien, finalmente, recayó la promesa de la semilla eterna. Del mismo modo, guió a los niños de Israel desde Egipto. De hecho, parecía estar guiándolos hacia la muerte, con el mar ante ellos, altos acantilados a cada uno de los lados, y el enemigo a sus espaldas bloqueándoles la vía de escape. Pero los acontecimientos se sucedieron de acuerdo a la palabra de Dios y sus promesas; el mar hubo de abrirse, moverse, y hacerles paso. Si no lo hubiera hecho el mar, se habrían partido en trozos los acantilados y les hubieran hecho paso, y ellos hubiesen aplastado y apisonado al Faraón entre ellos, tal como el mar ahogó al enemigo. Pues todas las criaturas preferiríamos mil veces morir antes de que la palabra de Dios nos decepcione o engañe, a pesar de que acontezcan sucesos extraños. Así Joás es rey a con y en la palabra de Dios, y ocupa el trono de David ante Dios a pesar de que aún yace en la cuna, sí, aún si yaciera muerto y enterrado bajo tierra; pues a pese a todo él habría de levantarse, como Isaac, de las cenizas.

De esta misma manera podríamos explicar la historia de los Macabeos; pero es innecesario, pues tiene un significado enteramente diferente. El cautiverio babilonio podría ser visto de manera similar, no obstante, gracias a los espléndidos profetas y milagros, la situación en ese momento era mucho más clara. Pero a Joás lo afectó tentación terrible para la casa de David, contra del pacto y el juramento de Dios, a pesar de que la casa y la ley de David igualmente prosperaron; fue sólo el monarca, o la cabeza, que estaba sufriendo y que dudó del pacto con Dios. Pero esta es la manera de su gracia divina, que a veces juega y se burla de sí mismo. Se esconde a sí mismo y se disfraza a fin de probarnos para ver si permaneceremos firme en fe y amor por Él, tal como el padre a veces hace con sus hijos. Tales bromas de nuestro Padre divino nos lastiman inmensurablemente, porque no lo entendemos. No obstante, esto está fuera de lugar aquí.

Hemos hablado de una de las declaraciones de Jeremías. Ahora volcaremos nuestra atención a uno de los últimos profetas. En Hageo 2:6-9 leemos: “Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones y vendrá el Deseado de todas las naciones (*chemdath*); y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar dice Jehová de los ejércitos.”

Este es otro de los pasajes que lastiman intensamente a los judíos. Lo ponen a prueba, lo dan vuelta, interpretan y distorsionan casi todas las palabras, tal como hacen con la declaración de Jacob en Génesis 49. Pero hacerlo no los ayuda. Su conciencia palidece frente a este pasaje; cae en la cuenta de que sus brillos no tienen validez. Lyra hace bien en acosarlos fuertemente con la frase *adhuc modicum*, "de aquí a un poco." No pueden eludirlo, como habremos de verlo, "de aquí a poco," dice, no puede en lo absoluto significar un periodo extenso de tiempo. Lyra está sin dudas en lo cierto aquí; nadie puede negarlo, ni siquiera un judío, por más que lo intente. De aquí a poco, dice, el Deseado de todas las naciones vendrá, luego de que este templo sea construido—o sea, vendrá cuando este templo todavía esté firme. Y el esplendor de este último templo será mayor que el del primero. Todo esto pasará de un momento a otro, es decir, "de aquí a poco."

Pues fácilmente se entiende que el Deseado de todas las naciones, a quien los antiguos interpretan como el Mesías, no vino cuando el templo estaba todavía en pie, sino que aún está por llegar (los judíos han estado esperando 1568 años ya desde la destrucción del templo, y todo este tiempo no puede traducirse en "de aquí a poco," especialmente porque no pueden establecer la culminación de este largo tiempo), por lo tanto nunca vendrá, pues se rehusó a venir en este breve, corto tiempo, y ahora ha entrado al extenso, largo tiempo, que nunca resultará en nada. Puesto que el profeta habla de un tiempo breve, no extenso.

Pero ellos se libran de esta dificultad de la siguiente manera. Puesto que no pueden ignorar la frase "de aquí a poco," toman y crucifican la expresión "Deseado de todas las naciones," del hebreo *chemdath*, tal como lo hicieron anteriormente con las palabras *shebet* y *shiloh* en el dicho de Jacob. Insisten en que este termino no se refiere al Mesías, sino que designa el oro y la plata de todos los gentiles. Gramaticalmente, la palabra *chemdath* en realidad significa deseo o placer; por lo tanto significaría que los gentiles desean algo o sienten placer y deleite por algo. Por lo tanto debe leerse el texto así: En poco tiempo el deseo de todas las naciones vendrá ¿Y qué significa esto? ¿Qué desean todas las naciones? ¡Oro, plata, gemas! Os preguntaréis por qué los judíos hacen uso de esta especie de encubrimiento aquí. Os diré. Su aliento apesta a codicia por el oro y la plata de los gentiles; pues no hay nación bajo el sol más codiciosa de lo que fueron, aún son y siempre serán, según se pone en evidencia por su maldita usura. Entonces se reconfortan a ellos mismos porque cuando venga el Mesías, Él tomará el oro y la plata del mundo entero y lo repartirá entre ellos. Por lo tanto, siempre que pueden citar las Escrituras para satisfacer su insaciable codicia, lo hacen escandalosamente. Lo llevan a creer a uno que Dios y sus profetas nada más para profetizar que de formas con las que satisfacer la insondable codicia de los malditos judíos hacia el oro y la plata de los gentiles.

Sin embargo, el profeta no ha elegido sus palabras correctamente para acordar con este entender codicioso. Debería haber dicho: De aquí a poco el deseo de los judíos vendrá. Pues los judíos son los que desean el oro y la plata con más avidez que todas las demás naciones sobre la tierra. A la luz de esto, el texto debería más correctamente hablar de la codicia de los judíos en vez de la de los gentiles. Pues no obstante los gentiles desean oro y plata, son sin embargo los judíos aquí quienes desean y codician este deseo de los gentiles. ¿Por qué? Porque son la sangre azul, los santos circuncisos que poseen los mandamientos de Dios y no los cumplen, pero son obstinados, desobedientes, asesinos de profetas, arrogantes, usureros, y llenos de todos los vicios, como pueden comprobarlo las Escrituras completas y su actual conducta. Tales santos, por supuesto, poseen adecuadamente el derecho al oro y la plata de los gentiles. Franca y honradamente lo merecen por su comportamiento—tal como el diablo merece el paraíso y el cielo.

Más aún, ¿cómo puede ser que maestros tan inteligentes y profetas tan sabios y sagrados tampoco aplican la palabra “deseo” (*chemdath*) a todos los otros deseos de los gentiles? Pues los gentiles no sólo desean oro y plata, sino también a las jóvenes hermosas, y las mujeres desean a los muchachos atractivos. Donde sea que hallemos gentiles que no sean judíos (estuve a punto de decir “avaros”), quienes no otorgarán ningún placer a su carne, desean también hermosas casas, jardines, castillos, tanto como desean los buenos momentos, ropa, comida, bebida, el baile, el juego, y todo tipo de entretenimiento ¿Por qué, entonces, los judíos no interpretan en este verso del profeta que tales deseos de todos los gentiles en la brevedad también llegarán a Jerusalén, de manera que los judíos solos llenarán sus barrigas y se regalarán con el júbilo del mundo? Pues tal modo de vida le prometió Maoma a sus saracenos. En este respecto, es un judío genuino, y de acuerdo a esta interpretación, los judíos son genuinos saracenos.

Los gentiles tienen otro deseo ¿Cómo pudieron estos sabios, lúcidos intérpretes pasarlo por alto? Eso me sorprende. Los gentiles mueren, y están aquejados de muchas enfermedades, de la pobreza, y de todo tipo de aflicción y miedo. No hay uno de ellos que no desee fervorosamente no tener que morir, o poder evitar la necesidad, la miseria y, la enfermedad, o ser rápidamente librado de ellas y protegido contra ellas. Este deseo es tan pronunciado que felizmente sacrificarían todos los otros a cambio de su realización, como lo demuestra la experiencia diariamente ¿Por qué, entonces, los judíos no explican que dicho deseo de todos los gentiles vendrá al templo de Jerusalén a la brevedad? Me avergüenzo de ti, aquí, allí, o dondequiera que estés, maldito judío, que te atreves a aplicar tan vilmente esta seria, gloriosa, reconfortante palabra de Dios a tu barriga mortal, y glotona, que está condenada a la decadencia, y que no estás avergonzado de desplegar tu

gula tan descaradamente. No eres digno de observar el exterior de la Biblia, y mucho menos de leerla. Deberías leer solamente la biblia que se halla bajo la cola de la cerda, y comer y leer las cartas que caen de allí. Tal sería la biblia de estos profetas, que hurgan como cerdas y despedazan como cerdos las palabras de la divina Majestad, la cual debiera de ser oída con todo el honor, respeto, y júbilo.

Además, cuando el profeta dice que “la gloria postrera de esta casa será mayor que la primera,” permitámonos escuchar a los nobles y sucios (quiero decir, circunciso) santos y sabios profetas que quieren hacer de nosotros cristianos judíos. La gloria postrera de esta casa comparada a la primera consiste [según dicen ellos] en esto: que esta (o sea, la casa de Hageo) se mantuvo en pie diez años más que la casa de Salomón, etc. Ay de nosotros, si hubieran tenido sólo un buen astrónomo que hubiera podido calcular el tiempo con un poco más de precisión. Tal vez hubiera encontrado que entre las dos había una diferencia de tres meses, dos semanas, cinco días, siete horas, doce minutos, y diez segundos además de los diez años. Si hubiera un negocio en algún lado donde se ofrecieran sonrojos para la venta, le daría a los judíos algunos florines para que fueran y compren una libra y se lo unten en la frente, ojos, y mejillas, si se rehusaran a cubrir su insolente corazón y lengua. ¿O esto estúpidos, ignorantes burros que le están hablando a maderas y bloques como ellos?

Hubo varios hombres y mujeres viejos, grises, muy probablemente mendigos y villanos también, en Jerusalén cuando Salomón, un muchacho de veinte años, se convirtió en un glorioso rey. ¿Deben ser éstos, por esa razón, ser más gloriosos que Salomón? Pero así se golpearán las cabezas, tropezará, y caerán quienes incesantemente se desmienten y claman estar en lo cierto. No merecen mejor destino que el de encubrir la Biblia, el de componer tales tonterías e ignominia. Lo que de hecho hacen muy diligentemente. Por lo tanto, cristiano querido, mantente alerta frente a los judíos, quienes, como lo descubres aquí, están encomendados por la ira de Dios al demonio, quien no sólo los ha despojado del correcto entendimiento de las Escrituras, sino también del razonamiento, la vergüenza, y la sensatez propias del ser humano, y sólo hace el mal con las Sagradas Escrituras a través de ellos. Por lo tanto tampoco se puede confiar ni creer en ellos en cualquier otro tema, a pesar de que de vez en cuando dejen caer de sus labios alguna palabra sincera. Pues quien se atreva a tergiversar la imponente palabra de Dios tan frívola y descaradamente como lo ves hecho aquí, y como ya lo notaste antes con relación a las palabras de Jacob, no puede tener un espíritu benévolo morando en sí. Por lo tanto, cuando veas a un judío

genuino, podrás a conciencia persignarte y sin vueltas decir: "Allí va la encarnación del diablo."

Estos impíos sinvergüenzas saben muy bien que sus ancestros predecesores utilizaron este verso de Hageo para referirse al Mesías, como Lyra, Burgensis, y otros testifican. [97] Y aún así se apartan sin motivo y redactan su propia Biblia según se la dictan sus propias mentes desenfrenadas, y de esta manera congregan a sus malditos judíos en torno a su error, en violación a su propia conciencia y para nuestra irritación. Piensan que así nos están perjudicando gravemente y que (imaginan) Dios los recompensará donde quiera que esté porque por Su bien nos han enfrentado, a pesar de la clara, evidente verdad. Pero finalmente, como has visto, lo que resulta es que se deshonran ellos mismos y no nos perjudican, y parar más, se alejan de Dios y de las Escrituras.

Así dice el verso: "De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca (es decir, las islas en el océano); y vendrá el *chemdath* de todas las naciones" —es decir, el Mesías, el Deseado de todas las naciones, que fue traducido al alemán con la palabra *Trost* ["consuelo"]. La palabra "deseado" no expresa fielmente esta idea, ya que en alemán refleja el placer interno y el deseo del corazón (activo). Pero aquí la palabra designa lo externo (pasivo) que el corazón anhela. Ciertamente no sería incorrecto traducirlo como "el regocijo y el placer de todas las naciones." En suma, es el Mesías, quien será el objeto de desagrado, disgusto, y repugnancia de los incrédulos y endurecidos judíos, como Isaías 53 profetiza. Los gentiles, en cambio, le dieron la bienvenida por traer consigo el regocijo, el placer, y todos los anhelos y deseos. Ya que Él los libera de los pecados, la muerte, el diablo, el infierno, y todos los males, eternamente. Este es en efecto, el deseo de los gentiles, el placer, el regocijo, la alegría, y el consuelo de sus corazones.

Coincide con el dicho de Jacob en Génesis 47:10, "Y a Siloh (o el Mesías) se congregarán los pueblos." Es decir, lo recibirán con agrado, escucharán su palabra y se convertirán en su pueblo, sin resistirse, sin la espada. Es como si se quisiera decir: lo harán los gentiles innobles, incircuncisos, pero mis astutos, mis circuncisos, hijos perdidos no, preferirán delirar y despotricar contra ello. Isaías 2:2 y Miqueas 4:1 también coinciden en esto: "Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será asentado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y confluirán a él todas las naciones (sin dudas voluntariamente, motivados por el anhelo y el regocijo). Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al

monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.” De esta manera se refieren siempre los profetas al reino del Mesías establecido entre los gentiles.

Sí, así es, tal es la manzana de la discordia, tal el curso de los conflictos, que tanto irrita y desprestigia a los judíos y los incita a arribar a tan inicuo sentido, forzándolos a pervertir tan indecentemente todas las declaraciones de las Escrituras: es decir, no quieren, no pueden tolerar que nosotros gentiles seamos sus iguales ante Dios y que el Mesías sea tanto nuestro consuelo y regocijo como el suyo. Yo digo, antes de tenernos a nosotros gentiles de *quienes se burlan, a quienes maldicen, condenan, difaman e injurian incesantemente* compartiendo con ellos el Mesías, y ser llamados sus coherederos y hermanos, preferirían crucificar a diez Mesías más y asesinar al mismísimo Dios si fuera posible, junto a todos los ángeles y todas las criaturas, aún arriesgándose a incurrir en la condena a cien infiernos en vez de uno.

Tal incomprensiblemente obstinado orgullo mora en la noble sangre de los padres y circuncisos santos. Quieren tener un Mesías para ellos solo y ser los dueños del mundo. Los inicuos goyim deben ser sirvientes, entregarles su anhelo (o sea, el oro y la plata) a los judíos, y dejarse sacrificar como ganado maldito. Prefieren permanecer perdidos a conciencia eternamente a cambiar de opinión.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 7]

Desde su juventud este odio venenoso de sus padres y sus rabinos, y aún lo beben continuamente. Como lo declara Salmos 109:18, ha penetrado en su sangre, médula y huesos, y ya forma parte de su naturaleza y de su vida. Y así como no pueden cambiar sangre y carne, médula y huesos, tampoco cambiará su orgullo y envidia. Así permanecerán y perecerán, a menos que Dios haga milagros extraordinariamente grandes. Si yo deseara irritar y enfurecer sobremanera a un judío, le diría: “Escucha, Jehudi, ¿te dais cuenta de que yo soy un hermano legítimo de todos los santos hijos de Israel y un

coheredero en el reino del verdadero Mesías?" Sin dudas me encontraría con un repugnante rechazo. Si fuera capaz de mirarme fijo con los ojos de un basilisco, seguramente lo haría. Y ni siquiera todos los demonios podrían ejecutar el diablo que desearía para mí, aun si Dios les diera vía libre —de esto estoy seguro. No obstante, me abstendré de hacerlo, y pido también que nadie lo haga, por el amor de Dios. Pues el corazón y la boca de los judíos desbordaría con un aguacero de insultos y blasfemias en nombre de Jesucristo y de Dios padre. Debemos conducirnos bien y no darles la oportunidad de hacerlo si podemos evitarlo, tal como no debo provocar a un demente si sé que insultará y blasfemará a Dios. Por otro lado, los judíos ya oyen y ven lo suficiente en nosotros como para blasfemar el nombre de Jesús en sus corazones; pues están realmente poseídos.

Como ya lo hemos dicho, no pueden tolerar, escuchar o ver que nosotros inicuos goyim debamos obtener gloria en el Mesías como nuestro *chemdath*, y que nosotros somos tan buenos como lo son ellos o como piensan que lo son. Por lo tanto, cristiano querido, ten cuidado y que no te quepa ninguna duda de que, después del diablo, no tienes enemigo más amargo, venenoso, y vehemente que un auténtico judío que obstinadamente busca ser un judío. Puede haber también algunos entre ellos que crea lo que cree una vaca o un ganso, pero su linaje y circuncisión los infecta a todos. Por lo tanto los libros de historia a menudo los acusan de contaminar aljibes, de secuestrar y torturar niños, como por ejemplo en Trent, Weissensee, etc. Ellos, por supuesto, lo desmienten. Sea verdad o no, sé que no carecen de la voluntad completa, entera, lista para hacer cosas como estas ya sea secreta o abiertamente donde sea posible. Sin dudas puedes esperar esto de ellos, y debes controlarte a ti mismo adecuadamente.

Si llevaran a cabo algún acto de bien, puedes estar seguro de que no los ha impulsado el amor, ni que ha sido hecho considerando tu bien. Como están obligado a vivir entre nosotros, lo hacen por razones de conveniencia; pero su corazón permanece y es como lo he descrito. Si no quieres creerme, lee a Lyra, Burgensis, y otros hombres sinceros y honestos. Y aun si no han dejado una constancia escrita, encontrarás que las Escrituras hablan de las dos semillas, la de la serpiente y la de la mujer. Dice que éstas son enemigas, y que Dios está enfrentado con la primera y el diablo con la segunda. También sus propias escrituras y sus libros de plegarias lo declaran.

Quien no está al tanto de los hábitos del diablo podrá preguntarse por qué son particularmente hostiles hacia los cristianos. No tienen motivos para actuar de esta manera ya que nosotros les ofrecemos todo tipo de bondades. Viven entre nosotros, disfrutan de nuestro resguardo y protección, usan nuestro territorio y nuestras rutas, nuestras ferias y

calles. Entre tanto nuestro príncipe y nuestros soberanos se acomodan en sus tronos y roncan con la boca de par en par y permiten que los judíos tomen, hurten, y roben de sus carteras abiertas y de sus arcas todo cuanto quieran. Es decir, permiten que los judíos, a través de la usura, los despellejen y estafen a ellos y a sus súbditos y los conviertan en mendigos de su propio de dinero. Pues los judíos, que son exiliados, deberían no tener nada, y todo lo que tienen con seguridad es nuestra propiedad. No trabajan, y no ganan nada de nosotros, ni nosotros le damos nada, y aún poseen nuestro dinero y nuestros bienes y son nuestros señores en nuestro propio país y en su exilio. Un ladrón es condenado a la horca por robar diez florines, si roba en el camino, pierde la cabeza. Pero cuando un judío hurta y roba diez toneladas de oro a través de la usura, es estimado aún más que Dios mismo.

Como prueba de esto citamos la insolente fanfarronería con la cual fortalecen su fe y dan rienda suelta a su venenoso odio hacia nosotros, así se dicen entre ellos: “Sed pacientes y observad cómo es Dios con nosotros, y no abandona a su gente aún en el exilio. No trabajamos, y sin embargo gozamos de la prosperidad y el ocio. Los malditos goyim tienen que trabajar para nosotros, pero nosotros nos llevamos su dinero. Esto nos hace sus señores y a ellos nuestros sirvientes. Sed pacientes queridos hijos de Israel, vendrán tiempos mejores para nosotros, nuestro Mesías aún ha de llegar si continuamos de esta manera y adquirimos el *chemdath* de todos lo gentiles a través de la usura y otros métodos.” Ay, esto es lo que soportamos por ellos. están bajo nuestro resguardo y protección, y sin embargo, como lo he dicho, nos insultan. Pero volveremos a esto más tarde.

Estamos hablando acera del hecho de que no toleran que seamos sus coherederos en el reino del Mesías, y que Él es nuestro *chemdath*, como lo atestiguan los profetas reiteradamente. ¿Qué dice Dios acerca de esto? Dice que les dará el *chemdath* a los gentiles, y que su obediencia será grata para Él, como lo afirma Jacob en Génesis 49, junto con todos los profetas. Dice que se opondrá tenazmente a la terquedad de los judíos, rechazándolos y eligiendo y aceptando a los gentiles, a pesar de que estos últimos no sean de la sangre noble de los padres o de los santos circuncisos. Pues así dice Oseas 2:23: “Y diré a Lo-ammí *(No mi pueblo)*: Tú eres pueblo mío, y él dirá: Dios mío.” Pero para los judíos Él dice [en Oseas 1:9]: “Ponle por nombre Lo-ammí, porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios.” Moisés también había expresado esto antes en su canción [Deuteronomio 32:21]: “Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; Me provocaron a ira con sus ídolos; yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, los provocaré a ira con una nación insensata.” Este verso a cobrado vigencia recién ahora después de más de mil quinientos años de haber sido escrito. Nosotros gentiles insensatos, que no éramos el pueblo de

Dios, somos ahora el pueblo de Dios. Esto conduce a los judíos a la distracción y a la estupidez, y con esto se convierten en Lo-ammí, que alguna vez fueron su pueblo y en realidad aún deberían serlo.

Pero terminemos con nuestra discusión acerca del dicho de Hageo. Tenemos pruebas convincentes de que el Mesías, el *chemdath* de los gentiles, apareció cuando el templo estaba en pie. Así lo entendieron los antiguos, y las presumidas y poco convincentes mentiras de los judíos de hoy día también lo testifican, ya que no tienen otra forma de desmentirlo que hablando de su propia vergüenza. Pues aquél que da una respuesta vacía, sin sentido, e irrelevante demuestra que está vencido y se condena a sí mismo. Habría sido mejor y menos deshonroso si se hubiera mantenido callado, en vez de dar una respuesta inútil que lo desacredita. Así Hageo 2:6 dice: “De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones.” Así es como yo, en la simpleza de mi mente, entiendo estas palabras: Desde la creación del mundo ha habido enemistad entre la semilla de la serpiente y la de la mujer, y ha habido conflictos siempre entre ellas, a veces más, a veces menos.

Pues donde sea que la semilla de la mujer está o aparece, causa conflictos y discordia. Esto dice Él en el Evangelio: “No he venido para traer paz a la tierra, sino espada” [cf. Mateo 10:34]. Él toma la armadura del hombre fuerte completamente armado que tenía paz en su palacio [Lucas 11:22]. Este no puede tolerarlo, y surge el conflicto; los ángeles se enfrentan contra los demonios en el cielo, y hombre contra hombre en la tierra—todo por la Semilla de la mujer. Ciertamente, hay suficientes conflictos, guerra, y convulsión en el mundo también de la otra manera; pero como no es responsabilidad de esta semilla, es insignificante para los ojos de Dios, pues en este conflicto todos los ángeles están involucrados.

Como el advenimiento de esta Semilla, o del Mesías estaba cerca, Hageo dice “de aquí a poco.” Esto significa que hasta ahora el conflicto ha estado limitado a mi pueblo Israel solamente, es decir, confinado a un área reducida. El diablo estuvo siempre decidido a devorarlos y condujo a todos los reyes de los alrededores a instigarlos. Pues estaba bien al tanto de que la Semilla prometida estaba en el pueblo de Israel, la Semilla que lo degradaría. Por lo tanto estuvo siempre ávido de hostigarlos e instigó un disturbio tras otro, así como insatisfacciones, guerra y conflictos. Perfecto, ahora será pero “de aquí a poco”, y le daré conflictos por doquier. Iniciaré una lucha, y una buena lucha, no sólo en mi rincón entre la gente de Israel, si no en toda la extensión desde el cielo a la tierra, desde el océano a la tierra seca, o sea, donde es húmedo y donde es seco, ya sea en el continente o en las islas, en el

océano o en las aguas, donde sea que more un ser humano. O como él lo dice, “Haré temblar a todas las naciones,” de manera que todos los ángeles se enfrentarán a todos los demonios en el cielo o en el aire, y todos los hombres en la tierra se disputarán la Semilla.

Pues enviaré el *chemdath* a todos los gentiles. Lo amarán y adherirán a Él, como dice Génesis 49, “A El se congregarán los pueblos,” y, por otro lado, se harán hostiles al diablo, la vieja serpiente, y se alejarán de él. Luego todo se encaminará cuando el dios y príncipe del mundo enfurece, rabia y despotrica porque es obligado a entregar su reino, su casa, su equipamiento, su templo, su poder, al *chemdath* y Siloh, la Semilla de la mujer. Cualquiera puede leer las crónicas que se remontan al tiempo de Cristo y allí aprender cómo primero los judíos y los gentiles, luego los heréticos, finalmente Maoma, y en el presente el papa, enfurecieron y aún están enfureciendo “contra Jehová y contra su ungido” (Salmos 2[:2]), y entenderá las palabras de Hageo que hablan de hacer temblar a todas las naciones, etc. No hay un rincón en el mundo ni un lugar en el océano en el cual el Evangelio no haya resonado y llevado al *chemdath*, como Salmos 19:3-4 declara: “No es lenguaje de palabras, Ni es oída su voz, Pero por toda la tierra salió su pregón, y hasta el extremo del mundo su lenguaje.” El diablo también apareció prontamente en la escena en el asesinato en manos de los tiranos, con la mentira en boca de los heréticos, con todas sus artimañas y poderes diabólicos, que aún emplea para impedir y obstruir el curso dictado por el Evangelio. Este es el conflicto en cuestión.

Comenzaré la historia de este conflicto con aquél gran villano, Antiochus el Noble. Aproximadamente trescientos años pasaron entre el tiempo de Hageo y el de Antiochus. Durante este corto periodo prevaleció la paz. Pues los reyes en Persia fueron muy generosos con ellos, tampoco Alejandro los dañó, y se desenvolvieron bien también bajo sus sucesores hasta el tiempo del sucio de Antiochus que trajo desasosiego y desgracia. A través suyo, el diablo procuró exterminar la Semilla de la mujer. Saqueó la ciudad de Jerusalén, el templo, el país y sus habitantes, profanó el templo y rabió como su dios, el diablo, lo impelió. Prácticamente toda la buena suerte de los judíos terminó allí. Hasta el presente no han recuperado su posición de antaño, y nunca lo harán.

Esto servirá para proporcionar un entendimiento apropiado de las mentiras de los judíos que dicen que el “*chemdath* de todos los gentiles,” es decir, el oro y la plata, fluyó hacia este templo. Si los reyes anteriores habían depositado algo en él, entonces este otro se lo llevó todo nuevamente. Esto hace que sus mentiras se pongan al desnudo: Antiochus distribuye el *chemdath* de todos los judíos entre los gentiles. Por lo tanto este verso de Hageo no puede ser entendido como una referencia a la camisa o el saco de los gentiles. Durante esos trescientos

años que siguieron, o este “de aquí a poco,” y de allí en adelante, no obtuvieron mucho de los gentiles, sino que, por el contrario, fueron obligados a entregarles mucho a los gentiles. Poco después, los romanos vinieron e hicieron una limpieza general, y nombraron a Herodes rey. Lo que Herodes les dio lo supieron enseguida. Por lo tanto, desde Antiochus en adelante, disfrutaron de muy poco tiempo en paz. El testimonio de Daniel también termina con Antiochus, como si dijera: Ahora el fin está cerca y todo está terminado, ahora el Mesías está detrás de la puerta, quién provocará aún más discordia.

El detestable Antiochus no sólo saqueó y profanó el templo sino que también suprimió al *shebet* o sultán, al príncipe en la casa de David, es decir, al último príncipe, John Hyrcanus. Ninguno de sus descendientes ocupó nuevamente el trono de David o se convirtió en soberano. Sólo el *saphra* o *mehoqeq* permaneció hasta Herodes. Desde ese momento en adelante, la luz de la casa de David pareció extinguirse, como si no hubiese *shultan* o cetro en Judá. De hecho, había llegado a su fin, a pesar de pasarían más o menos ciento cincuenta años hasta que llegase el Mesías. Esto no es inusual; todo lo que está por romperse primero se abrirá o se rajará un poco. Todo lo que va a hundirse primero se sumergirá o se bamboleará un poco. El cetro de Judá atravesó el mismo proceso en su última etapa. Se debilitó, gruñó y protestó durante ciento cincuenta años hasta que devastado cayó en manos de los romanos y de Herodes. Durante estos ciento cincuenta años el príncipe de Judá no gobernó sino que vivió como un ciudadano común, tal vez bastante empobrecido. Pues María, madre de Cristo en Nazaret, declara que es una esclava pobre [Lucas 1:48].

Es también verdad, no obstante, que los Macabeos lucharon victoriosamente contra Antiochus. Daniel 11:34 hace referencia a esto con la frase “una pequeña ayuda.” Aquellos que de esta manera ocuparon el trono de David y asumieron la soberanía eran sacerdotes de la tribu de Leví y Aarón. Ahora podría decirse con buenas razones que las tribus reales y sacerdotales fueron mezcladas. Pues en II Crónicas 22:11 leemos que Josabat, hija del Rey Joram y hermana del Rey Ocosíaz, era la mujer de Joyadá, el alto sacerdote. Así viniendo de la familia real de Salomón, fue insertada en la tribu sacerdotal y se convirtió en tronco y árbol. Por lo tanto, era ancestro de todos los descendientes de Joyadá el sacerdote, una legítima Sara de la familia sacerdotal. Por lo tanto, los Macabeos deben de hecho ser llamados la sangre e hijos de David, si se lo mira desde el linaje maternal. Pues la descendencia por parte de la madre es tan válida como la descendencia por parte del padre. Esto es también reconocido en otros países. Por ejemplo, nuestro Emperador Carlos es rey en España en virtud de su descendencia materna y no paterna; y su padre Philip fue Duque de Burgundy no por su padre, Maximiliano, sino por su madre, María.

Así David llama a todos los hijos de Joyadá y de Josabat sus hijos naturales, sus hijos e hijas, porque Josabat es descendiente de su hijo Salomón. Así que mediante los Macabeos, la familia de Salomón recuperó la ley y el cetro por el lado materno, después de haber sido perdido por Atalyá por el lado paterno. Permaneció en la familia de David hasta Herodes, que acabó con ella y abolió tanto al *shultan* como al *saphra* o el Sanedrín. Finalmente ahora, yace allí el cetro de Judá y el *mehoqeq*, la casa de David está oscurecida del lado paterno y materno. Por consiguiente, el Mesías debe ahora estar cerca, la verdadera Luz de David, el verdadero Hijo, que había sostenido su casa hasta ese momento y la sostendría y la iluminaría desde ese momento hasta la eternidad. Esto se ajusta a la promesa de Dios de que el cetro de Judá permanecería hasta que el Mesías aparezca y que la casa de David será preservada para siempre y nunca se extinguirá. Pero, como dijimos, a pesar de todo esto Dios tiene que ser el mentiroso de los judíos, que no ha enviado aún al Mesías como lo prometió y juró.

Además, Dios dice a través de Hageo: "Llenaré de gloria esta casa. Mía es la plata, y mío es el oro. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera," etc. [Hageo 2:7 f.]. Es verdad que este templo exhibió gran esplendor durante los trescientos años antes de Antiochus, ya que los persas y los sucesores de Alejandro, los reyes de Siria y el Rey Philadelphus en Egipto, contribuyeron sobremanera para que esto fuera posible. Pero, a pesar de todo esto, no es comparable en magnificencia con el primer templo de Salomón. El texto debe de referirse a un esplendor diferente aquí, si no el templo de Salomón lo superaría por mucho. Pues en el primer templo había también abundancia de oro y plata, y además el Arca de la Alianza, el trono de la piedad, el querubín, las tablas de Moisés, la vara de Aarón, el pan del cielo en el recipiente de oro, las vestiduras de Aarón, también Urim y Thummin y el aceite sagrado con el que los reyes y sacerdotes han ungido (Burgensis en Daniel 9). Cuando Salomón dedicó este templo, cayó fuego del cielo y consumió el sacrificio, y el templo se llenó con lo que él llamó una nube de Majestad divina [II Crónicas 5:13, 7:1]. El mismo Dios estaba presente en esta nube, como el mismo Salomón dice: "Entonces dijo Salomón: Jehová quiere habitar en densa nube" [II Crónicas 6:1]. Él había hecho lo mismo en el desierto cuando se cernió sobre el tabernáculo de Moisés.

No había nada de este esplendor, aparte del oro y la plata, en el templo de Hageo. De cualquier modo, Dios dice que mostrará mayor esplendor que el primero más adelante. Dejad que los judíos digan qué constituyó este gran esplendor. No pueden pasar esto por alto en silencio, pues el texto y la confesión de los antiguos judíos, sus antepasados, señalan tanto que el *chemdath* de los gentiles, el Mesías, llegó cuando el mismo templo estaba en pie, como que lo llenó de gloria con su presencia. Nosotros cristianos sabemos que nuestro Señor Jesucristo, el verdadero

chemdath, fue presentado en el templo por su madre, y que El mismo a menudo enseñó e hizo milagros allí. Esta es la verdadera nube—su delicada humanidad, en la cual Dios manifestó su presencia y se dejó ver y oír. Lo s judíos, ciegos, podrán burlarse de esto, pero nuestra fe se fortalece con esto, hasta que aduzcan otro esplendor del templo que pretendan superior a este *chemdath* de todas las naciones. Esto lo harán cuando erijan el tercer templo, es decir, cuando tilden a Dios de mentiroso, cuando el diablo sea el verdadero, y cuando tomen ellos mismos posesión de Jerusalén nuevamente—no antes.

Josefo escribe que Herodes arrasó el templo de Hageo porque no era lo suficientemente espléndido, y lo reconstruyó de manera que fuera igual o superior en esplendor que el templo de Salomón. Me alegraría creer en los libros de historia; sin embargo, aún habiendo sido este templo construido con diamantes y rubíes, todavía carecía de los elementos mencionados de aquél sublime, sagrado lugar antiguo—o sea, el trono de la piedad, el querubín, etc. Además, como Herodes no había sido encomendado por Dios a construirlo, sino que lo hizo como un enemigo ignominioso de Dios y de su pueblo, motivado por la vanidad y el orgullo, en su propio honor, la estructura y el trabajo en su integridad no fueron mejores que la piedra más enclenque que Zerubbabel colocó en el templo según orden de Dios. Ciertamente no es meritorio de gracia despedazar y profanar el templo que había sido ordenado, construido y consagrado por la palabra de Dios, y luego pretender erigir otro mucho más glorioso sin la palabra y el mandato de Dios, que es lo que hizo Herodes. Dios permitió esto sin reparar en el lugar que había escogido para el templo, de manera que la destrucción del templo pudo tener la significación desfavorable de que, de ahí en adelante, la gente de Israel se quedaría sin templo, palabra de Dios, y todo, pero en cambio le otorgaría el esplendor completamente, con el pretexto de estar sirviendo el mandato de Dios.

Este templo no sólo fue menos esplendoroso que el de Salomón, sino que también fue violado de varias maneras más terriblemente que el templo de Salomón, y fue a menudo completamente profanado. Esto pasó primero contra la voluntad de los judíos, cuando Antiochus robó todo lo que allí había, colocó un ídolo en el altar, instituyendo una terrible matanza en Jerusalén como si él mismo fuera el diablo, como leímos en I Macabeos 1 y como Daniel 11 había predicho. No menos atrocidades fueron cometidas por los romanos, y especialmente por el sucio Emperador Calígula, que también dejó su marca de abominación en el templo. Daniel 9 y 12 habla de esto. Tal ignominia y ultraje en manos de los gentiles y los forasteros no fue experimentado por el templo de Salomón. Esto hace difícil ver cómo las palabras de Hageo fueron llevadas a cabo, “Llenaré de gloria esta casa, La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera.” Debiera decir que fue llenado

con mayor deshonor, sobrepasando el deshonor del primer templo, esto es si no se piensa en el honor externo. En consecuencia, si las palabras de Hageo han de considerarse veraces, debe tenerse en cuenta que refieren a una clase de esplendor diferente.

En segundo lugar, los judíos mismos también profanaron este templo más viciosamente de lo que el otro jamás fue profanado, es decir, con idolatrías espirituales. Lyra, y otros también, escribe en varios pasajes que los judíos, después de su regreso del babilonio, no cometieron idolatría o pecado al matar profetas tan gravemente como antes. Con esto quiere probar que su actual exilio responde a un pecado más grave aún que la idolatría, el asesinato de los profetas, etc.—es decir, la crucifixión del Mesías. Este argumento es bueno, válido, y contundente. Que nunca más volvieron a matar a los profetas no ha de ser atribuido a la falta de malas intenciones, sino al hecho de que no hubo más profetas que repudiaran su idolatría, su codicia, y otros vicios. Es por esto que no pudieron matar más profetas. Con seguridad, el último profeta, Malaquías, que comenzó a revocar a los sacerdotes, escapó justo a tiempo (si escapó).

Pero ellos practicaban más escandalosamente la idolatría en este templo que en el otro—no la burda, palpable, estúpida idolatría, sino la sutil, la espiritual. Zacarías retrata esto con la imagen de un rollo volando y un efá saliendo (Zacarías 5:2, 6). Y Zacarías 11:12 y 12:10 predice la infamia de vender a Dios por treinta piezas de plata y su crucifixión. ¿Más que en ninguna otra parte; no es suficientemente vergonzoso que los sacerdotes en el mismo momento pervirtieran los Diez Mandamientos tan flagrantemente? Dime, ¿qué idolatría se compara con la abominación de hacer de la palabra de Dios una mentira? Hacerlo es de hecho levantar ídolos, es decir, falsos dioses, encubiertos en la palabra de Dios; y esto está prohibido por el segundo mandamiento, que dice “no usarás el nombre de Dios en vano.”

Porque su Talmud y sus rabinos constatan que no es pecado para un judío matar a un gentil, que para él sólo es pecado matar a un hermano israelita. Tampoco es pecado para un judío no cumplir su palabra con un gentil. Del mismo modo, dicen que es hacerle un servicio a Dios robarle a un Goy, como de hecho hacen a través de la usura. Pues como creen que son la sangre noble y los santos circuncisos y nosotros los malditos goyim, no pueden tratarnos demasiado severamente o cometer pecados contra nosotros, pues son los señores del mundo y nosotros sus criados, sí, su ganado.

En suma, nuestros evangelistas también nos dicen qué es lo que enseñan sus rabinos. En Mateo 15:4 leemos que abrogaron el cuarto mandamiento, que proclama el honor al padre y a la madre; y en Mateo

23 que se entregaron a una doctrina inicua, sin mencionar lo que dice Cristo en Mateo 5 acerca de cómo predican e interpretan tan astutamente los Diez Mandamientos, cómo erigieron a los cambistas, a los comerciantes, y todo tipo de usureros en el templo, obligando a nuestro señor a decir que ellos habían hecho de la casa de Dios una guarida de ladrones [Mateo 21:13; Lucas 19:46]. Ahora figúrate qué gran honor es ese y en qué medida el templo el templo se llena de la gloria de Dios que El debe llamar a su propia casa una guarida de lobos porque tantas almas han sido asesinadas mediante su codicia, doctrina apócrifa, es decir, mediante la doble idolatría. Los judíos aún insisten con esta doctrina. Imitan a sus padres y pervierten la palabra de Dios. están llenos de codicia, de usura, roban y asesinan siempre que encuentran la ocasión y educan a sus hijos para que hagan lo mismo.

Pero ni siquiera es ésta la mayor deshonra de este templo. La abominación mayor de todas las abominaciones, la deshonra de todas las deshonras, es ésta: que en el tiempo de este templo varios sacerdotes y una secta completa eran Sadducean, es decir, Epicúreos, que no creía en la existencia de ningún ángel, demonio, cielo, infierno, o vida después de la muerte. ¡Y se esperaba que entraran al templo, con la autoridad y la investidura sacerdotal, y que sacrificaran, rezaran, y ofrecieran a la gente ofrendas quemadas, predicaran, y gobernaran! Dime, ¿cuánto peor pudo haber sido Antiochus, con su idolatría y el sacrificio a los cerdos, comparado a estos cerdos y cerdas Sadduceanos? A la luz de esto, ¿qué queda de la declaración de Hageo de que la gloria de este templo sería mayor que la del templo de Salomón? Ante Dios y toda razón, un chiquero comparado con este templo no puede ser llamado de otro modo que mansión real, teniendo en cuenta a tan grandes, horribles, y monstruosas cerdas.

Cuánto más honorablemente los filósofos paganos, así como los poetas, escriben y enseñan no sólo acerca del Reino de Dios y acerca de la vida que está por llegar, sino también acerca de las peculiaridades terrenales. Enseñan que el hombre por naturaleza está obligado a servir al prójimo, a ser también leal con sus enemigos, y a ser fiel y solidario especialmente en tiempos de necesidad. Es lo que hizo Cícero a través de sus nobles enseñanzas. En efecto, creo que tres de las fábulas de Isopo, la mitad de las de Cato, y varias comedias de Terence contienen más sabiduría y más enseñanzas acerca de lo que es obrar bien de las que pueden encontrarse en los libros de los talmudistas y rabinos y más de las que podrán ocurrírseles a todos los judíos en sus corazones.

Podrán decir que estoy hablando demasiado. No estoy hablando demasiado, estoy hablando demasiado poco—pues leo sus escritos. Nos maldicen a nosotros Goyim. En sus sinagogas y en sus plegarias nos desean todas las desgracias posibles. Nos despojan de nuestro dinero y

bienes con su usura, y nos juegan todas las malas pasadas que pueden. Y lo peor de todo esto es que aún claman haber hecho las cosas correctamente, es decir, haberle hecho a Dios un servicio. Y enseñan a hacer tales cosas. Ningún pagano obró de tal manera nunca; de hecho, nadie obra así excepto el diablo, o quienquiera que él posea, como ha poseído a los judíos.

Burgensis, que fue uno de sus rabinos mejor aprendido, y quien a través de la gracia de Dios se convirtió en un cristiano *un suceso muy poco casual* está enfurecido por el hecho de que nos maldigan a nosotros cristianos tan vilmente en sus sinagogas (como también lo escribe Lyra), y él deduce de esto que no pueden ser el pueblo de Dios. Pues si lo fueran seguirían el ejemplo de los judíos en el cautiverio babilonio. A ellos Jeremías les escribió: “Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice deportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz” [Jeremías 29:7]. Pero nuestros bastardos y pseudo judíos piensan que tienen que maldecirnos, odiarnos e infligirnos todos los males posibles, aunque no tengan motivo para hacerlo. Por lo tanto dejaron seguramente de ser el pueblo de Dios. Pero más tarde diremos más acerca de esto.

Para volver al tema del templo de Hageo, es atinado decir que ninguna casa fue más deshonrada de lo que esta casa de Dios fue deshonrada por cerdas tan ignominiosas como las Saduceos y Fariceos. Aun así Cristo la llama la casa de Dios, porque los cuatro pilares son suyos. Por lo tanto, para compensar esta deshonra, debe de hallarse enraizado en él un esplendor mayor y diferente al del oro y la plata. Si no, Hageo enfermaría en su profecía de un templo cuyo esplendor superaría al del templo de Salomón. En medio de tan colosal deshonra ningún otro esplendor puede ser hallado aquí excepto el del *chemdath*, que llegará en poco tiempo y permitirá restituir el honor con su esplendor. Los judíos no pueden producir ningún otro esplendor, su boca está inmóvil.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 8]

Debo interrumpir aquí el verso de Hageo y dejarle a otro la última parte, en la cual profetiza que el Señor, según sus palabras, "*dará* paz en este lugar" [cf. Hageo 2:9]. ¿Puede ser posible que esto refiera al periodo de tiempo que transcurre entre Antioquíaus y el día de hoy, periodo en el cual los judíos han experimentado todo tipo de infortunios y se hallan aún en el exilio? Ya que, dice el Señor, habrá paz en este lugar. El lugar está todavía allí; el templo y la paz se han desvanecido. Sin dudas los judíos interpretarán esto. Los libros de historia me informan que durante los trescientos años aproximadamente que transcurrieron hasta Antioquíaus no hubo más que irrisoria paz, y con posterioridad a él hasta el día de hoy nada en lo absoluto, a excepción de la paz que reinó en los años de los Macabeos. Como ya lo he dicho, dejaré esto a otros.

Finalmente debemos escuchar al gran profeta Daniel. Con él habla un ángel singular con el nombre adecuado *Gabriel*. Nada semejante a esto puede hallarse en el Antiguo Testamento. El hecho de que el ángel sea mencionado por su nombre es algo extraordinario. Esto es lo que le dice a Daniel: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar con las prevaricaciones y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos" [Daniel 9:24].

No podemos discutir ahora este rico texto, que es de hecho el principal de todos los de Las Escrituras. Y, como no podía ser de otra manera, todos se han reflejado en él; ya que no sólo fija el momento del advenimiento de Cristo sino que también predice lo que Él hará, es decir, pagar por los pecados, hacer justicia, y llevarlo a cabo con su muerte. Establece que Cristo es el Santo que paga por el pecado del mundo entero. Si este Mesías o Santo ha llegado ya o aún está por llegar, digo, podemos hacerlo a un lado, y tratar sólo con la cuestión del tiempo, como nos decidimos a hacer. [Esto hacemos] para reforzar nuestra fe, contra todos los demonios y hombres.

En primer lugar, se acuerda unánimemente en lo siguiente: que las diecisiete semanas no son semanas de días sino de años; que una semana consta de siete años, lo que resulta en un total de cuatrocientos noventa días. Este es el primer punto. Segundo, también está acordado que estas diecisiete semanas terminaron cuando Jerusalén fue destruida por los romanos. No hay discrepancias en estos dos puntos, aunque varios otros se mantienen ocultos cuando se intenta establecer el momento preciso en que estas setenta semanas comenzaron y finalizaron. No es necesario para nosotros plantear esta cuestión aquí, ya que es generalmente aceptado que se cumplieron más o menos en el tiempo de la destrucción de Jerusalén. Esto nos será suficiente por el momento.

Si esto es verdad, como ha de serlo, ya que desde la destrucción de Jerusalén no quedó ninguna de las setenta semanas, entonces el Mesías debe de haber llegado antes de la destrucción de Jerusalén, mientras aún quedaba algo de aquellas setenta semanas: es decir, la última semana, como el texto atestigua clara y convincentemente más adelante. Después de las siete y las sesenta y dos semanas (o sea, después de sesenta y nueve semanas), es decir, en la última semana o en la semana septuagésima, Cristo será asesinado de un modo en el que, no obstante, resucitará. Puesto que el ángel dice que "hará que se concierte un pacto con muchos por una semana" [Daniel 9:27]. Esto no puede hacerlo si está muerto; debe de estar vivo. "Concertar un pacto" no puede significar otra cosa que llevar a cabo lo prometido por Dios a los padres, es decir, difundir la santa promesa en la semilla de Abram a todos los gentiles. Como el ángel declarara más tempranamente [v. 24], las visiones o profecías serán rubricadas o cumplidas. Esto requiere de un Mesías en vida, que, no obstante, haya sido asesinado previamente. Pero los judíos no tendrán nada de esto. Por lo tanto dejaremos que quede así y se ajuste a nuestra opinión de que el Mesías debe de haber aparecido durante estas setenta semanas; esto los judíos no lo pueden refutar.

Pues en sus libros así como en ciertos relatos históricos nos enteramos de que no sólo unos pocos judíos sino todos los judíos de aquél tiempo suponían que el Mesías debía de haber llegado o estaba allí presente en ese mismo momento. ¡Es esto lo que queremos escuchar! Cuando Herodes fue forzado por los romanos a asumir el reinado de Judá e Israel, los judíos sin dudas supieron que el cetro les sería quitado. Vigorosamente resistieron este cambio, y en los treinta años de resistencia varios miles de judíos fueron asesinados y mucha sangre fue derramada, hasta que finalmente se rindieron en agotamiento. Entre tanto los judíos buscaban al Mesías. Entonces se corrió un agitado rumor de que el Mesías había nacido —lo que de hecho estaba sucediendo. Pues nuestro Señor Jesucristo fue dado a luz en el trigésimo año del reinado de Herodes. Pero Herodes fue forzado a acallar este rumor, asesinando a todos los niños en la región de Belén, de manera que nuestro Señor debió ser llevado a Egipto, dónde se lo refugió. Herodes mató hasta a su propio hijo por haber nacido de madre judía, preocupado como estaba de que este hijo causara que el cetro fuera devuelto a los judíos y que debiera por ello conseguir la lealtad de los judíos, ya que, como lo indica Philo, el rumor del nacimiento de Cristo había sido difundido en el exterior.

Como nuestros catequistas relatan, más de treinta años más tarde Juan el Bautista llega del desierto y proclama que el Señor no sólo ya había

nacido sino que también estaba entre ellos y en poco tiempo reinaría ante él. Al poco tiempo el mismísimo Cristo aparece, predica, y hace grandes milagros, de modo que los judíos esperaran ahora, habiendo sido quitado el cetro, que el Mesías hubiera llegado. Pero los altos sacerdotes, los soberanos, y sus seguidores se ofendieron con quien encarnaba al Mesías, por no aparecer como un rey poderoso, sino vagabundeando como un pobre mendigo. Se habían convencido de que el Mesías reuniría a los judíos y no sólo le arrebataría el cetro al rey foráneo sino que sometería a los romanos y al mundo entero con la espada, erigiéndolos a ellos príncipes poderosos sobre todos los gentiles. Cuando fueron defraudados en sus expectativas, la sangre noble y los santos circuncisos enfurecieron, como aquél que tiene la promesa del reino y no puede concretarla a través de este mendigo. Entonces lo menospreciaron y no lo aceptaron.

Pero cuando desdeñaron a Juan y a su mensaje y milagros [el mensaje y los milagros de Cristo], injuriándolos como si fueran actos de Belcebú, estropeó y arruinó las cosas enteramente. Los reprendió y regañó *severamente lo cual por supuesto no debería haber hecho* acusándolos de hijos codiciosos, malvados, y desobedientes, falsos maestros, seductores de los pueblos, etc.; en suma, una nidada de serpientes e hijos del diablo. Por otro lado, fue amable con los pecadores y los recaudadores de impuestos, con los gentiles y los romanos, dando a pensar que era el enemigo de la gente de Israel y amigo de los gentiles y villanos. Ahora el gordo estaba realmente en llamas; fueron sumando ira, amargura, y odio, y despotricaron contra Él; finalmente tramaron la conspiración para asesinarlo. Y es lo que hicieron; crucificarlo lo más ignominiosamente posible. Le dieron rienda suelta a su ira, de manera que hasta el gentil Pilato se diera cuenta de esto y testificara que estaban condenando y asesinando a un hombre inocente, por odio y envidia, y sin motivos.

Habiendo ejecutado a este falso Mesías (esta es la concepción de Él que quisieron difundir), aún no abandonaron la delirante idea de que el Mesías tenía que encontrarse cerca. Continuamente hablaron por lo bajo de los romanos a causa del cetro. Al poco tiempo, también, se corrió el rumor de que Jesús, a quien habían asesinado, se había levantado nuevamente y estaba siendo realmente proclamado ahora abierta y libremente como el Mesías. La gente en la ciudad de Jerusalén adhería a Él, así como los gentiles en Antioquía y todos en el campo. Ahora tenían realmente las manos llenas. Tuvieron que enfrentar a este Mesías muerto y a sus seguidores, a fin de que no fuera aceptado como el resurrector y Mesías. También tuvieron que enfrentar a los romanos, a fin de que su Mesías esperado no fuera para siempre privado del cetro. Por un lado, fue iniciada una masacre de cristianos; por otro, un levantamiento contra los romanos. A esta táctica se dedicaron durante

aproximadamente cuarenta años, hasta que los romanos fueron finalmente obligados a destruir la ciudad y sus alrededores. La espera de su falso Cristo y la persecución del verdadero Cristo les costó once veces cien mil hombres, como informa Josefo, junto con la más horrible devastación de campo y ciudad, así como la pérdida del cetro, el templo, el clero, y todas sus posesiones.

Esta profunda y cruel humillación, de la que es horrible leer y escuchar, sin dudas tendría que haberlos dejado dúctiles y humildes. Se hicieron siete veces más obstinados, malvados, y orgullosos que antes. Esto fue en parte a causa de que en su dispersión tuvieron que ser testigos de cómo los cristianos día a día crecían y se expandían con su Mesías. El dicho de Moisés hallado en Deuteronomio 32:21 no se llevó a cabo enteramente en ellos: "Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; Yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo." Del mismo modo, Oseas dice: "Y diré a Lo-ammí: Tú eres pueblo mío, porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios" (Oseas 2:23, 1:9). Obstinadamente insistieron con tener su propio Mesías sobre el cual lo gentiles no debían reclamar ningún derecho, y siguieron intentando exterminar a este Mesías en el cual ambos judíos y gentiles obtenían gloria. Husmearon por todos lados a lo largo y ancho del Imperio Romano y donde fuera que hallaran a un cristiano lo llevaban ante los jueces y lo acusaban (ya que ellos no podían sentenciarlo por sí mismos, puesto que no tenían autoridad legal ni poder) hasta que lo asesinaran. Así derramaron mucha sangre cristiana e hicieron surgir a innumerables mártires, también fuera del Imperio Romano, en Persia y en todos los lugares que les fue posible.

Igualmente se aferraron a su delirante idea de que el Mesías todavía no había llegado, y sin embargo las setenta semanas de Daniel habían expirado y el templo de Hageo había sido destruido. No obstante, les disgustó la persona de Jesús de Nazaret, y por lo tanto persistieron y elaboraron a uno de su propio número para ser el Mesías. Esto sucedió de la siguiente manera: tenían un rabino o talmudista, llamado Akiba, un hombre muy sabio, al que estimaban más que a cualquier otro rabino, un hombre respetable, honrado, de pelo cano. Enseñó fervientemente los versos de Hageo y de Daniel, también de Jacob en Génesis 49, diciendo que tenía que haber un Mesías entre la gente de Dios ya que estaba cerca la hora establecida por Las Escrituras. Entonces escogió a uno, de apellido Kokhba, que significa "una estrella." Según Burgensis, su verdadero nombre era Heutoliba. Es muy conocido en los libros de historia, en los cuales se lo llama Ben Koziba o Bar Koziban. Este hombre tenía que ser su Mesías; y él con mucho gusto accedió. Toda la gente y los rabinos se reunieron en torno a él y se armaron hasta los dientes con la intención de deshacerse tanto de cristianos como de los romanos.

Ahora tenían al Mesías hecho a su gusto e idea, que fue proclamado por los ya citados pasajes de Las Escrituras.

Esta conmoción se inició aproximadamente treinta años después de la destrucción de Jerusalén, bajo el reinado del Emperador Trajan. El rabino Akiba era el profeta y espíritu de Kokhba que lo enardeció e incitó y vehementemente lo alentó, citando todos los versos de Las Escrituras que hacen referencia al Mesías y ante toda la gente se los adjudicó a él proclamando: "¡Eres el Mesías!". Le adjudicó especialmente el verso de Balaam registrado en Números 24:17-19 en virtud de su apellido Kokhba ("estrella"). Pues en este pasaje Balaam dice en una visión: "Saldrá ESTRELLA de Jacob, Y se levantará el cetro de Israel, Y herirá las sienes de Moab, Y destruirá a todos los hijos de Set. Será tomada Edom, Será también tomada Seír por sus enemigos, E Israel se portará varonilmente. De Jacob saldrá el dominador, Y destruirá lo que quede de la ciudad."

Fue el sermón ideal para engañar completamente a esta turba insensata, iracunda, e inquieta—pues es exactamente lo que sucedió. Para asegurar el éxito de la empresa y evitar que saliera mal, el enaltecido y apreciado Rabino Akiba, el viejo insensato y tonto, se convirtió en el guardián e hidalgo de Kokhba, su *armiger*, según los libros de historia; si no estoy traduciendo el término correctamente, que alguien ensaye otro mejor. Se refiere a la persona que se sitúa al lado del rey o príncipe y cuya tarea principal es defenderlo en el campo de batalla o en combate, ya sea a caballo o a pie. Claro que aquí implica algo más, ya que él es también un profeta, un Monzer (para usar el término contemporáneo). Este era entonces el lugar donde el cetro de Judá y el Mesías ahora residían; según ellos. Siguieron así durante unos treinta años. Kokhba se hizo llamar siempre Rey Mesías, y masacró a un vasto número de cristianos que se rehusaban a negar a nuestro Mesías Jesucristo. Sus líderes militares acosaron también a los romanos en cada sitio que les era posible. Especialmente en Egipto, donde una vez vencieron al líder militar romano durante el reinado de Trajan. Entonces su corazón, mente, y cinto comenzó a hincharse de engreimiento. Dios, ellos inferían, tenía que ser para ellos y estar con ellos. Ocupaban un pueblo cerca de Jerusalén, llamado Bittir; en la Biblia se lo denomina Bet-horón [Josué 10:10].

Para ese entonces estaban convencidos de que su Mesías, el Rey Kokhba, era el señor del mundo y que había vencido a los cristianos y a los romanos y había traído el día. Pero el Emperador Hadrian ordenó a su ejército que los atacara, sitiara Bittir, la conquistara, y asesinara a Mesías y profeta, estrella y oscuridad, señor e hidalgo. Sus propios libros lamentaron que fueran ochenta mil hombres en Bittir los que hicieron sonar las trompetas, líderes militares de una multitud de hombres, y cuarenta veces cien mil los hombres asesinados, sin contar a los caídos

en Alejandría. Se dice que estos últimos alcanzaron a sumar doce veces cien mil. No obstante, me parece que están exagerando de una manera atroz. Para mí, ochenta mil trompetistas se refieren a los hombres valientes y robustos equipados para la batalla, cada uno de los cuales podría haber liderado numerosos cuerpos de soldados en el frente de batalla. De lo contrario suena diabólicamente falso.

Después de esta formidable derrota ellos mismos llamaron a Kokhba, su Mesías perdido, "Kozba," término que rima con el primero y comparte con él cierta resonancia. Así lo escriben sus talmudistas: no se debe leer "Kokhba," sino "Kozba." Y es por esto que todos los libros de historia hoy se refieren a él como Koziban. "Kozba" significa "falso." Su intento había fracasado, y había probado ser un Mesías falso y no uno verdadero. Así como nosotros alemanes podemos decir en verso: no eres un *Deutscher* sino un *Tauscher* ("no eres un alemán sino un mentiroso"); no eres un *Welscher* sino un *Felscher* ("no eres un extranjero de origen románico sino un falsificador"). De un usurero podría decir: no eres un *Borger*, sino un *Worger* ("no eres un ciudadano sino un asesino"). La rima es habitual en todas las lenguas. Nuestro Eusebius incluye este relato en su *Historia Eclesiástica*, Libro 4, capítulo 6. Aquí usa el nombre de Barcochabas, para referirse a esta batalla extremadamente cruel en la cual los judíos "fueron llevados tan lejos de su país, que sus impíos ojos jamás volvieron a ver su tierra natal aún ascendiendo las montañas más altas."

Estas historias tan horribles son prueba suficiente de que todo el pueblo judío entendió que éste debía ser el momento de la llegada del Mesías, ya que las setenta semanas habían transcurrido, el templo de Hageo había sido destruido, y el cetro había sido arrebatado de Judá, como claramente lo indicaron y anunciaron los testimonios de Jacob en Génesis 49, en Hageo 2, y en Daniel 9. Alabado sea Dios porque nosotros cristianos estamos seguros de nuestra fe en que el verdadero Mesías, Jesucristo, llegó en ese momento. Como prueba de esto, contamos no sólo con sus obras milagrosas, que los judíos no pueden negar, sino también con la caída y desgracia de los enemigos que querían exterminarlo a él y a sus seguidores, debido al nombre del Mesías. ¿De qué otra forma podrían haber traído tanta miseria sobre sus cabezas si no habiéndose rehusado a aceptar que la hora de la llegada del Mesías estaba cerca? Y creo que esto seguramente sí significa fracasar y darse la cabeza (ahora por segunda vez) contra "*la* piedra para tropezar y *la* peña de escándalo", para citar a Isaías 8:14. Cientos de miles intentaron devorar a Jesús de Nazaret, pero en el intento "tropezaron, y cayeron, y fueron quebrantados; y fueron atrapados, y apresados," como dice Isaías [8:15].

Como estos dos intentos tan terribles e imponentes habían fracasado miserablemente, el primero en Jerusalén bajo Vespasian, el otro en Bittir bajo Hadrian, deberían de haber recobrado el juicio, haberse vuelto flexibles y humildes, y concluir: ¡que Dios nos ayude! ¿Cómo? La hora del advenimiento del Mesías, de acuerdo con las palabras y promesas de los profetas, ha llegado y se ha ido, ¡y por eso somos tan terrible y cruelmente torturados! ¿Y si nuestras ideas con respecto al Mesías *de que debería ser un Kokhba secular* nos hubieran engañado, y se apareciera de un modo diferente? ¿ Es posible que el Mesías sea Jesús de Nazaret, a quien tantos judíos y gentiles adhieren, quien diariamente ofrece tan maravillosas señales? ¡Ay!, se volvieron cien veces más obstinados y viles que antes. Su concepción de un Mesías mundano debe ser la correcta y no puede fallar; debe de haber un error en el tiempo designado. Antes que ellos los que mienten y engañan son los profetas. No tendrán nada de este Jesús, aún tergiversando todas Las Escrituras, ni tendrán Dios, y nunca recibirán al Mesías. Así es como lo quieren.

Desde el momento en que fueron abatidos hasta la impotencia indefensa por los romanos, se han vuelto en contra de Las Escrituras, y han valientemente intentado quitárnoslas y pervertirlas con interpretaciones raras y diversas. Se han desviado del entendimiento de todos sus antepasados y profetas, y más allá de su propia razón. Debido a esto han perdido cientos de miles de hombres, tierra, y ciudad, y han sido víctimas de todo tipo de miserias. Durante estos mil cuatrocientos años no han hecho otra cosa que tomar cualquier verso que nosotros cristianos le adjudicamos a nuestro Mesías y violarlo, romperlo en pedazos, crucificarlo y retorcerlo para darle una nariz y máscara diferentes. Tratan con Las Escrituras así como sus padres trataron con Cristo Nuestro Señor el Viernes Santo, haciendo pasar a Dios por mentiroso y a ellos por honestos, como antes se ha escuchado. Al decir de Jacob en Génesis 49 le han asignado diez interpretaciones diferentes. También saben cómo torcer la nariz de la declaración Hageo. Aquí tenéis dos buenos ejemplos que muestran cuan magistralmente los judíos tergiversan las Escrituras, de manera tal que no llegan a ningún significado definitivo.

Del mismo modo han deformado el pasaje de Daniel. No se pueden enumerar sus avergonzantes mentiras pero se presentará sólo una —la que Lyra y Burgensis consideran es la más famosa y generalizada entre los judíos, de la que no se animan a alejarse por pena de perder sus almas. Así se lee. Gabriel dice a Daniel: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar con las prevaricaciones y para poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al

Santo de los santos,...” etc. Este es el texto. Ahora sigue el hermoso comentario que ellos hicieron:

“Aún faltan setenta semanas antes que Jerusalén sea destruida y los judíos sean llevados al exilio por los romanos. Esto sucederá para que por este exilio sean inducidos a alejarse de sus pecados, para que sean castigados por ellos, para que paguen por ellos, para que presten satisfacción, para que expíen por ellos, y así se vuelvan eternamente piadosos y merezcan el cumplimiento de las promesas mesiánicas, la reconstrucción del templo sagrado,” etc.

Aquí se percibe, en primer lugar, que la inconmensurable santidad de los judíos presume que Dios cumplirá con su promesa respecto del Mesías no por pura gracia y misericordia sino por el mérito y arrepentimiento de los judíos y su piedad. ¿Y cómo podría o debería obrar Dios, este pobre tipo, de otra manera? Ya que cuando prometió el Mesías a Jacob, David y Hageo por pura gracia, no pensó ni sabía que estos insignes santos *cuyos méritos le serían exigidos al Mesías* aparecerían después de setenta semanas y después de la destrucción de Jerusalén, que Dios debería ofrecer al Mesías no por gracia sino que estaría obligado a enviarlo en virtud de su gran pureza y santidad, en el momento, en el lugar y, de la manera que ellos lo deseasen. Tal es la imponente historia de los judíos, que se arrepintieron después de las setenta semanas y se volvieron tan piadosos.

Se puede inferir fácilmente que no se arrepintieron, ni fueron piadosos antes o durante las setenta semanas. Como resultado todos los sacerdotes en Jerusalén murieron de hambre porque no hubo penitencia, ni ofrendas a cambio de pecados o culpas (necesarias para el sustento de los sacerdotes). Todo esto fue postergado y reservado para la penitencia y santidad que debían comenzar luego de las setenta semanas. Donde no existe arrepentimiento, o nada de qué arrepentirse, no existe pecado alguno. Pero entonces nos preguntamos, ¿de dónde surge el pecado por el cual deben arrepentirse después de las setenta semanas por todos los pecados previos, desde que habían expiado gracias a tantos sacrificios de los sacerdotes, ordenados por Moisés? ¿Por qué deben ahora comenzar a cumplir penitencia después de las setenta semanas cuando el templo, el oficio, el sacrificio por los pecados ya no existen?

Pero lo siguiente incluso supera esto. De acuerdo con sus mentiras, Gabriel dice que se arrepentirán y se volverán piadosos luego de las setenta semanas, a modo de que el Mesías en respuesta a sus méritos. ¡Bueno, muy bien, acá los agarramos! Si Gabriel está diciendo la verdad y no miente, entonces los judíos ahora se han arrepentido, se han apiadado, merecen al Mesías a partir de la finalización de las setenta

semanas. ¿Qué sigue ahora? Confiesan, de hecho se lamentan, que el Mesías no ha venido desde que terminaron esas setenta semanas, no ha venido hasta la fecha, aproximadamente 1468 años después; ni tampoco saben cuándo vendrá. Por eso también deberán confesar que no han cumplido penitencia por ningún pecado ni tampoco se han vuelto piadosos durante estos 1468 años que transcurrieron después de las setenta semanas, fueron merecedores del Mesías. Resulta que el ángel Gabriel miente cuando promete en nombre de Dios que los judíos se arrepentirán, se apiadarán, y serán merecedores del Mesías luego de las setenta semanas.

En Levítico 26:40 y en Deuteronomio 4:29 y 30:1, Moisés también demuestra claramente que nunca desde que se cumplieron las setenta semanas se arrepintieron sinceramente de ningún pecado. Con hermosas palabras promete que Dios los devolverá a su patria, aún estando dispersos hacia el final de los cielos, etc., si se acercan a Dios con todo su corazón y confiesan su pecado. Moisés pronuncia estas palabras como vocero de Dios, a quién no debe acusarse de mentiroso. Siendo que los judíos no han sido devueltos a su país hasta la fecha, está comprobado que nunca se han arrepentido con todo su corazón por los pecados desde finalizadas las setenta semanas. Por eso debe ser una mentira cuando incorrectamente interpretan que Gabriel habla de su arrepentimiento.

También sabemos que Dios es tan compasivo por naturaleza que le perdona al hombre su pecado siempre que el hombre sinceramente se arrepienta y lo lamente, como lo dice David en Salmos 32:5: “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado.” También leemos eso cuando el profeta Natán reprendió a David por su pecado y acto seguido este declaró, “Pequé contra Jehová,” inmediatamente fue absuelto por Natán, quién respondió, “También Jehová perdona tu pecado; no morirás” [II Samuel 12:13]. Aunque en muchas ocasiones Dios no remueve el castigo tan rápidamente como lo hizo con David, no obstante asegura al hombre la remisión de su pecado. Y si ningún profeta o sacerdote estuvieran disponibles, en lugar deberá aparecer un ángel y anunciar, “Tus pecados han perdonado,” para que un pecador en su lamento y castigo no pierda el corazón y desespere. También observamos cómo durante el cautiverio babilonio Dios benévola y paternalmente consuela a las personas que confiesan sus pecados, ayudándoles a soportar el castigo. Ni tampoco el castigo puede perdurar por siempre; debe tener un tiempo, medida y final definido siempre que se muestre genuina contrición y arrepentimiento.

Pero no hay remisión de pecado para estos judíos, tampoco ningún profeta que los consuele con la seguridad de tal perdón, ningún límite de tiempo definido para su castigo, sólo ira y desaprobación interminables,

desprovistos de cualquier piedad. Por eso no sólo es una mentira terrible sino también una imposibilidad de entender las promesas de Gabriel en términos de su arrepentimiento, mucho menos de su mérito y rectitud.

¡Pero porqué debemos gastar tantas palabras y tiempo! La tierra de Canaán era apenas grande como la limosna de un mendigo o la miga de pan en comparación con el imperio del mundo entero. Aún así ni siquiera merecieron esta tierra por su arrepentimiento, o rectitud. Así declara Moisés en Deuteronomio 9:4 que la posesión no les fue concedida debido a su rectitud, sino que les fue concedida, gente obstinada y desobediente, eso es, gente muy pecadora e indigna, únicamente en virtud de la promesa benévola de Dios, a pesar de que Oseas [Oseas 11:1 ff.] y Balaam (Números 24:5) los alabaron en ese momento por haber sido más que piadosos. Todavía tenían a Moisés, a Aarón, a la divina adoración, a los profetas, al mismo Dios con sus milagros, pan del cielo, agua de la roca, nubes de día, pilares de fuego por la noche, calzados y prendas indestructibles, etc. ¡Y esta escoria deprimente, esta basura apestosa, esta espuma seca, esta levadura mohosa y ciénaga pantanosa de judíos merecen, sobre la base de su arrepentimiento y rectitud, los imperios del mundo entero —eso es, al Mesías y el cumplimiento de las profecías— a pesar de que sólo poseen la podrida, apestosa y rechazada escoria del linaje de sus padres y ninguno de los ítems anteriormente mencionados!

En resumen, Moisés y todos los verdaderos israelitas entendieron todos los versos con respecto al Mesías [en el sentido de que esto les sería dado] por pura gracia y piedad y no por penitencia y mérito. Esto lo suponemos a partir de los versos citados de Jacob, David y Hageo. Asimismo Daniel no pregunta, desea o piensa que tan gloriosa promesa de las setenta semanas le deba ser revelada, pero le es concedida por gracia, mucho más allá de su pedido.

De esto se puede extraer el bello arrepentimiento que los judíos practicaron, y siguen practicando, luego de esas setenta semanas. Lo comenzaron con mentiras y blasfemias, con las que continúan e insisten. Quienquiera puede imitar el ejemplo de arrepentimiento de los judíos y decir: “Dios y sus ángeles son mentirosos, hablan de cosas que no son.” Luego mereceréis gracia así como ellos merecieron al Mesías.

Si no fuesen tan ciegos, su despreciable vida externa los convencería de la verdadera naturaleza de su penitencia. Ya que abunda en brujería, signos de magia, figuras, y el tetragrama del nombre, eso es, con idolatría, envidia, y vanidad. Además, no son más que ladrones y asaltantes que diariamente no prueban bocado y visten ropa que nos han robado y hurtado por medio de su maldita usura. De este modo viven día a día, junto con esposa e hijo, de robo y hurto, como

archiladrones y asaltantes, en total impenitente seguridad. Para un usurero es un archi ladrón y asaltante que debería ser colgado en la horca siete veces más alto que otros ladrones. En efecto, Dios debería profesar desde el cielo sobre tal hermosa penitencia y mérito a través de su santo ángel y volverse flagrante, mentiroso blasfemo por el bien de la sangre noble y los santos circuncisos que se jactan de ser santificados por los mandamientos de Dios, a pesar de que los pisotean a todos y no conservan ni a uno de ellos.

El pasaje continúa en Daniel: "Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y setenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro, pero este en tiempos angustiosos. Y después de las setenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías" [Daniel 9:25 f.].

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 9]

Vaya que les resulta absurdo a estos santos circuncisos que nosotros, detestables cristianos, hayamos interpretado y entendido este dicho del modo en que lo hicimos, especialmente sin haberlo consultado con sus rabinos, talmudistas, kohkbaites, a quienes profesan más respeto que a las Escrituras mismas, porque hacen de ellas un trabajo mucho mejor. Esto es lo que dicen: punto uno, "Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén", es decir, Reflexiona y entiende que ha salido la palabra diciendo que Jerusalén ha de ser restaurada; punto dos, "Hasta el Mesías Príncipe", es decir, hasta el momento del Rey Ciro, han de transcurrir siete semanas; punto tres, Durante "siete semanas, y sesenta y dos semanas se volverá a edifica la plaza y el muro, pero esto en tiempos angustiosos"; punto cuatro, "Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida del Mesías" (es decir, del Rey Agrippa), y no habrá rey, etc.

Es en efecto tedioso analizar estas payasadas y estas confusas mentiras. Pero debo ofrecerle a nuestra gente la oportunidad de reflexionar sobre la infernal indecencia con la que los rabinos perpetran este magnífico

dicho. Aquí puede verse de qué manera conectan el texto allí donde debiera leerse separado, y lo separan allí donde debiera leerse conectado. A continuación se transcribe cómo debería conectarse:

“Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas”. Deben unirse estas palabras a fin de lograr el texto completo. Más adelante: “Se volverá a edificar la plaza y el muro, pero esto en tiempos angustiosos”. A esta oración, aunque separada, la conectan con las palabras precedentes de las sesenta y dos semanas, a modo de sugerir que la edificación de la plaza y el muro llevará sesenta y dos semanas.

Es realmente un truco despreciable. Me recuerda al sinvergüenza del que una vez oí siendo yo un joven monje. Destrozó el Padre Nuestro y lo acomodó de modo tal que se leyera así: Padre Nuestro, santificado sea en el cielo, venga a nos el tu nombre, hágase tu reino, tu voluntad así en el cielo como en la tierra. O como leyó ese sacerdote ignorante la lección en las vigilias de I Corintios 15: *Ubi est mors stimulus, tuus stimulus autem mortis, peccatum est virtus vero*, etc.

Este es el modo en que los judíos siempre que pueden destruyen el texto, con el único fin de forzar las palabras de las Escrituras en contra de nosotros cristianos, a pesar de que no obtengan por ello ningún beneficio. Pues no obtienen de ello ninguna enseñanza, no los reconforta, no les brinda nada, sólo palabras sin sentido. Sería lo mismo si el ángel no hubiera dicho nada. En cambio prefieren renunciar a las reconfortantes palabras de dicha y sufrir la pérdida antes de beneficiarnos. Del mismo modo, Bodenstein destrozó maliciosamente las palabras del sacramento, no fuera que probaran sernos útiles. Sin embargo, esto no ayudará a los rabinos, esas lechuzas y garzas nocturnas. Con la ayuda de Dios haremos que sus mentiras vengan a la luz. Pongamos las diversas partes en orden.

En primer lugar, quisiera preguntarle a los hebraístas si la palabra *intellige* [“saber”] en algún lugar dentro de las Escrituras se construye con la palabra *de* [“desde”]. Yo no hallé ninguno, y a mi parecer es completamente arbitrario. Si ha de significar *de cómo* en la frase *de subjecta materia*, los hebreos usan la preposición *al* en los casos en los que los latinos usan la palabra *super* (“*Multa super priamo*”, etc. [149]). No obstante, sé perfectamente que los judíos no pueden comprobar que aparezca en las Escrituras una construcción como esta. Los ejemplos bíblicos coinciden en que esta partícula es absoluta, independiente. Pero atribuirle a Dios maliciosamente algo de lo que uno no está completamente seguro y que uno no puede comprobar es tentarlo y ofrecerle la mentira.

Ahora bien, veamos cómo distorsionan el texto. “Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden, que Jerusalén será edificada nuevamente”. Ellos alegan que esto no se refiere al comienzo de las sesenta y dos semanas sino a la salida de la orden. Entonces sigue así: “Hasta el Mesías Príncipe habrá siete semanas”. Ahora bien, de acuerdo con el uso habitual de todas las lenguas, la palabra *donec* [“hasta” o “a”] presupone un comienzo. No obstante, los judíos no interpretan ningún inicio; se rehusan a leer “desde la salida de la orden hasta la llegada del Mesías”. Trazaré una analogía

Si alguien en el mercado de St. Gall, aquí en Wittenberg os dijera: “Habéis oído aquel sermón basado en la palabra de Dios que declara que la iglesia es sagrada. Reflexionadlo y grabadlo bien”. Bien, lo miráis a la espera de lo que dirá, puesto que en efecto tiene más para decir. Entonces de repente dice: “Aún quedan siete semanas para la llegada de Michaelmas”. O: “Hay una distancia de tres millas a Halle”. Y vosotros le miraráis y le diráis, ¿Qué dices? ¿Acaso estás loco? ¿Han de empezar aquí en el mercado las siete semanas? ¿O las tres millas han de empezar en Wittemberg? “No”, contestaría él, “debéis interpretar desde el día de St. Lawrence a Michaelmas, y desde Bitterfeld a Halle”. Llegado este punto ya estarías tentado a replicarle: ¡Ve en busca de paz besándole las ancas a una cerda! ¿Dónde aprendiste a farfullar tan tontamente? ¿Y qué tienen que ver las siete semanas con lo que has dicho al comienzo?

Los rabinos hacen con las palabras del ángel Gabriel lo mismo de modo que estas terminan por leerse así: “Hay siete semanas hasta el Mesías”. Imaginemos ahora que Daniel le pregunta al ángel: “Mi querido Gabriel, ¿a qué te refieres? ¿Estas siete semanas han de empezar en este mismo momento en que me estás hablando?”. “No”, contesta, “debéis interpretar que comienzan con la destrucción de Jerusalén”. Gracias, en efecto, a ustedes nobles y circuncisos rabinos, por enseñarle al ángel a hablar, como si no pudiera decir cuál es el comienzo de las siete semanas, lo cual es de suma importancia, lo mismo que la mitad y el fin de las mismas. No, Daniel ha de inferirlo. Os debería dar vergüenza, viles rabinos, atribuirle al ángel de Dios estas habladurías sin sentido que ustedes mismos inventaron. Con esto os deshonráis a vosotros mismos y os condenáis a ser perversos mentirosos y blasfemos de la palabra de Dios. Pero éste es sólo el aspecto gramatical del asunto. Pasemos ahora al aspecto teológico.

Estos santos y circuncisos cuervos dicen que las setenta semanas empiezan con la primera destrucción de Jerusalén y terminan con la segunda. No pudieron haber echado mano de un método mejor para llegar a esta conclusión que no fuera cerrar los ojos y los oídos, ignorar

las Escrituras y los libros de historia, hacer volar libremente su imaginación, y decir: “Insistimos, así es como nos parece correcto a nosotros. Por tanto, Dios y su ángel deben coincidir con nosotros. Nosotros no nos equivocamos. Nosotros somos los cuervos que le enseñamos a Dios y a los ángeles”.

¡Ay, esta gente es tan vil, irritante y blasfema que es capaz de condenar al Mesías a una penitencia tal! Pero escuchemos su sabiduría. Las setenta semanas comienzan cuando el Rey de Babilonia destruye Jerusalén; desde ese momento hasta la llegada del Mesías, el príncipe (es decir, el Rey Ciro), hay setenta semanas. Ahora bien, ¿dónde se ha escrito eso? En ningún lado. ¿Quién lo ha dicho? Markolf, el sinsonte, ¿quién más sino podría escribir o decir cosas como esta?

Al comienzo de este capítulo encontramos la simple y clara declaración de Daniel, en la que se hace constar que las setenta semanas habían llegado a él en el primer año del reino de Darío, quien había conquistado el reino de Babilonia, lo cual sucede setenta años después de su destrucción (ya que Daniel manifiesta claramente que se han cumplido setenta años desde la devastación, lo que puede leerse en Jeremías 29: 10 y en II Crónicas 36:22). Y aún así los rabinos hacen pasar por mentiras estos dos claros pasajes de las Escrituras, Daniel 9 y II Crónicas 36. Insisten en que tienen razón y que las setenta semanas empezaron setenta semanas antes de haberle sido reveladas a Daniel. Grandioso, ¿no es cierto? Confiad ahora en los rabinos, esos burros ignorantes e incultos, que no son capaces de reparar en las Escrituras ni en los libros de historia, y vomitan de su estómago infame todo lo que contra Dios y los ángeles se les ocurre.

Esto los condena abiertamente a sus mentiras y arbitrariedad pecaminosa. Dado que las setenta semanas que fueron reveladas en el primer año del reino de Darío no pudieron haber empezado setenta años antes con la destrucción de Jerusalén, todas las mentiras que se basan en esto se refutan simultáneamente, y este versículo de Daniel sobre las setenta semanas debe conservarse en su estado de intachable pureza (a pesar de ellos). La vergüenza eterna será con ellos por esta impertinente y burda mentira. Y con ésta, otra mentira se derrumba: aquella por la cual se afirma que las palabras sobre el Mesías, el príncipe, se refieren al Rey Ciro, quien supuestamente llegó siete semanas después de la destrucción , cuando en realidad fueron diez semanas después (es decir, setenta años). Esto está escrito en II crónicas 36, Daniel 9 y Esdras 1.

Aún si asumiéramos, *lo cual es imposible,* que las setenta semanas comenzaron con la destrucción de Jerusalén, tampoco habríamos

logrado justificar esta estúpida mentira. Y con esto se derrumba la tercera mentira. Porque ellos dicen que Ciro llegó cincuenta y dos años después de la destrucción: lo que equivale a siete semanas y tres años, o siete semanas y media. De modo que le arrancan tres años, o media semana, a las setenta y dos semanas, y se la agregan a las primeras siete semanas. Como si el ángel fuera un tonto o un niño que no puede contar hasta siete, y que dice siete cuando debiera decir siete y medio. ¿Para qué hacen esto? Para que nos demos cuenta de hasta dónde son capaces de llegar con la mentira con tal de llevar a cabo su propósito de destrozar y tergiversar las la palabra de Dios y ponerla en contra nuestro. Por tanto insisten en que Ciro vino siete semanas y media (a las que ellos llaman siete semanas) después de la destrucción, mientras que (como fue dicho) en realidad él vino diez semanas después, o sea setenta años.

El ángel no tolera que estas semanas sean destrozadas y mutiladas, restando tres años de una y dejándole sólo cuatro años, y agregando tres más a la que tenía siete años, resultando en diez años o una semana y media. Porque él dice que las setenta semanas han de ser tomadas exactamente; están contadas y calculadas con precisión.

Pero tolera todavía mucho menos la cuarta mentira *que a Ciro aquí se lo llama el Mesías* aún si las otras mentiras fueran a sostenerse, de lo que se sigue que Ciro había llegado después de siete semanas, es decir después de cincuenta y dos años. Pues he aquí las simple e inequívocas palabras del ángel: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad" [Dan. 9:24]. Es esto lo que él quiere decir: En otros capítulos hablé de hombres, mujeres y niños extranjeros y de reyes extranjeros, pero en este versículo que trata sobre las setenta semanas estoy hablando de vuestro pueblo, de vuestra ciudad y vuestro Mesías. Y aquél que con esto refiera a otra gente y a otros reyes es un desvergonzado y un incorregible mentiroso.

A la cuarta mentira le sigue la quinta, en la cual divorcian las siete semanas de las sesenta y dos. Éstas van juntas y no hay razón para separarlas, especialmente habiéndose puesto de manifiesto la mentira sobre el Rey Ciro. Esta fue la razón por la cual separaron las siete semanas de la sesenta y dos de modo que pudieran darle siete, es decir, siete y media. En el hebreo bíblico se acostumbra a contar los años así: primero dar el último número y luego los otros, pero ambos juntos. Podemos encontrar muchas ilustraciones de esto en Génesis 5 y11, en donde se hace referencia a los difuntos padres. Por ejemplo: "Vivió Set cinco años y cien años, y engendró a Enós. Y vivió Set, después que engendró a Enós, siete años y ochocientos años" [Gén. 5:6 f.]. también

en Génesis 11:17: “Y vivió Heber, después que engendró a Peleg, treinta años y cuatrocientos año”. Y Génesis 25:7: “Y estos fueron los días de vida que vivió Abraham: cien años y setenta años y cinco años”. Dadas estas ilustraciones, fácilmente se puede observar cuán arbitrario es separar en este verso los siete años de lo setenta y dos.

Ni le latín ni el alemán admiten tal modificación, dado que no repiten con tanta frecuencia la palabrita “años” sino que leen los número conectados, diciendo: “Y estos fueron los días de vida que vivió Abraham: ciento setenta y cinco años”. Del mismo modo han de interpretarse también estas palabras: “Desde la salida de la palabra hasta la llegada del Mesías habrá siete semanas y sesenta y dos semanas”. Estas dos cifras van juntan y forman un único número, hasta la llegada del Mesías. El ángel tiene una razón para designar la suma total de años como siete semanas y sesenta y dos semanas. Podría haber hablado de nueve semanas y sesenta semanas, podría haber encontrado muchas otras maneras de nombrar dicha suma, tales como cinco semanas y sesenta y dos semanas, o seis semanas y sesenta y tres semanas, etc. Necesita las siete semana para la construcción del a plaza y el muro de Jerusalén; y también necesita las sesenta y dos semanas, hasta la última, lo cual es de suma importancia, dado que en esta el Mesías morirá, concertará su pacto, etc.

Llegamos entonces a la sexta mentira que dice que la plaza y el muro de Jerusalén fueron reconstruidos en sesenta y dos semanas (menos tres años). Esto sería hasta la última semana, luego de la cual *según mienten por séptima vez* Jerusalén fue nuevamente derruida, puesto que las setenta semanas culminan con la última semana. Según esto, Jerusalén no se mantuvo en pie por más de una semana, o sea siete años. ¡Seguid, judíos, mintiendo con descaro y desvergüenza! Nehemías se para frente a vosotros con su libro y testifica que construyó el muro, levantó las puertas y testifica que construyó el muro, levantó las puertas y reedificó la ciudad, y que él mismo la consagró con gloria. Por tanto, el templo ya había sido construido en el año sexto del reino do de Darío (Esdra 7 [6:16]). Cuando Alejandro el Grande vio por primera vez la ciudad de Jerusalén, ésta ya había sido construida mucho tiempo atrás. Luego de él aquél villano Antiochus halló la ciudad en mejores condiciones aún y el templo lleno de riquezas, y los saqueó horriblemente.

Pasemos a la octava mentira. Ellos entienden que las palabras del ángel, “Y después de las Sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías”, refieren al Rey Agrippa, a quien le fue quitada la vida y no tuvo sucesor después de muerto. Esto es tan cierto como decir que el Mesías fue el

Emperador Nerón. Le fue quitada la vida en esos años y no dejó herederos. Creo que antes de aceptar al verdadero Mesías serían capaces de nombrar Mesías a Marklof o a Thersites. ¿Cómo podría Dios, que ama la verdad y que es la verdad misma, tolerar estas tan vergonzantes y manifiestas mentiras si son intolerables hasta para alguien que se entrega a las mentiras o no es sincero o al menos no es un amante tan fiel de la verdad? Y esta, la octava mentira, es una mentira múltiple. En primer lugar, porque le dan a la palabra “Mesías” distintos significados, aún en un pasaje tan breve como este. Allí tiene que ser Ciro después de la siete semanas; aquí Agrippa después de las sesenta y dos semanas. ¡Cómo si el ángel fuera tan tonto como para referirse a un Mesías diferente con cada nueva palabra!

Como ya fue dicho, el ángel no se refiere a un pueblo extranjero o a una ciudad extranjera, sino que dice: “Estoy hablando de vuestro pueblo y de vuestra ciudad”. Por tanto, no debe pensarse que en este versículo el Mesías puede ser concebido como dos seres diferentes. Por el contrario, el Mesías debe ser concebido como un único ser; es decir el Mesías de este pueblo y esta ciudad, el Shiloh de Judá que llegó luego de que el cetro fuera quitado de Judá, el hijo de David, el *chemdath* de Hageo. Este versículo se refiere en efecto a Él, y a nadie más que a Él. Porque Agrippa no fue rey en Jerusalén antes de la última semana (es decir, después de las siete y sesenta y dos semanas), y mucho menos fue el Mesías. Los romanos le habían otorgado gentilmente un pequeño país más allá de Jordán. Quienes gobernaban la tierra de Judea eran los procuradores romanos (Félix, Festus, Albinus, etc.). Y tampoco le fue quitada la vida después de la sesenta y dos semanas. En suma, todo lo que dicen es mentira.

Dado que ahora confiesan, y se ven obligados a hacerlo, que a *un* Mesías le fue quitada la vida después de las sesenta y dos semanas, es decir, en el primer año de la última semana, y dado que éste no pudo haber sido Agrippa (como hubieran querido que fuera para así sostener su mentira), ni ningún otro, me intriga saber a dónde encontrarán uno. Tiene que ser alguien que haya vivido antes de terminadas las setenta semanas y a quien le hayan quitado la vida después de las sesenta y dos semanas. Además, como dice Gabriel, tiene que haber venido de entre su gente, indudablemente de la tribu real de Judá. Ahora bien, por un lado es cierto que Herodes fue el último miembro de su pueblo o raza que los reinó. Pero, por otro lado, es igual de cierto que a Gabriel debe creérsele, que no puede pensarse que esté mintiendo al hacer esta afirmación de un Mesías de su nación. ¿Cómo se resuelve esta dificultad?

Y hay más. Ellos confiesan que entre la primera y la última destrucción de Jerusalén no tuvieron Mesías, es decir, rey ungido ("Mesías" significa "el ungido"), dado que el aceite de la santa unción del que escribe Moisés en Éxodo 30:22, con el cual fueron ungidos reyes y sacerdotes, dejó de existir una vez destruida por primera vez la ciudad. En consecuencia, Zedekiah fue el último rey ungido; sus descendientes fueron príncipes, no reyes, hasta el tiempo de Herodes, cuando el cetro fue quitado y Shiloh, el verdadero Mesías, habría de aparecer.

Queremos purgar sus mentiras completamente. Con referencia al dicho de Daniel [Dan. 9:27], "Y hará que se concierte un pacto con muchos por una semana" (o sea, la última semana), perpetran la novena mentira al decir que los romanos acordaron con los judíos la paz o una tregua por una semana (o siete años); pero al crecer la insurrección, los romanos regresaron al cabo de tres años y destruyeron Jerusalén. Ahora, ¿cómo puede con esto confirmarse lo que dice Gabriel acerca de que la paz o tregua (como interpretan ellos la palabra "pacto") ha de durar siete años? Si no durara más de tres años entonces Gabriel, que habla de siete años o de la última semana, estaría mintiendo. Así los mendaces corazones de estos mentirosos incorregibles con engaños impugnan la veracidad del ángel Gabriel. ¿De qué tregua me habláis? ¿De qué paz? Os invito a leer a Josefus y los libros de historia, y allí veréis que los romanos asesinaron a muchos miles de judíos mucho antes, y que no hubo paz hasta el momento en que se vieron obligados a destruir Jerusalén y el país.

La décima y última mentira se refiere a que afirman que la destrucción de Jerusalén durará hasta el fin de las luchas. Para ellos esto significa el fin de las luchas de su Mesías que matará a Gog y a Magog y conquistará el mundo entero. Esta es una mentira despiadada y miserable que está perdida antes de nacer. Hagámosle saber a quienes sostienen que el Mesías apareció antes de terminadas la setenta semanas que se desnudó esa mentira mil quinientos años atrás. De modo que los judíos no han dejado intacta ni una de las palabras de la declaración de Gabriel; pervierten todas sus palabras y las convierten en mentiras, a excepción de la profecía del ángel en relación a la destrucción de Jerusalén. Pero no hay porqué agradecerles el hecho de que ahora lo crean y admitan la verdad. Mientras ellos aún habitaban Jerusalén creían todavía menos en esta profecía de lo que hoy creen en nuestro Mesías, aún habiendo sido predicho con suficiente claridad, tanto en Daniel 9 como Zacarías 14. Si hoy aún moraran en Jerusalén, inventarían cientos de miles de mentiras antes de creerlo, tal como lo hicieron sus antepasados antes de la primera destrucción. A estos últimos, ningún profeta pudo persuadirlos de que la santa ciudad de Dios

sería llevada a las ruinas. Los hostigaron, despotricaron como perros rabiosos, y hasta encontraron cara a cara con la realización de la profecía. Siempre fueron obstinados, incrédulos, orgullosos, viles, incorregibles, y no dejarán de serlo nunca.

A partir todo esto deducimos que con sus setenta semanas Daniel toma nuestra postura en contra de las mentiras y las locuras de los judíos, una postura tan confiable y firme como una pared de hierro y una roca inmóvil, con la cual afirmamos que el verdadero Mesías tiene que haber llegado antes de finalizaran las setenta semanas; que concertó el pacto con Dios (dado que Daniel no tiene porqué aquí estar hablando del pacto de los gentiles que, además, ni siquiera existió en aquél momento) en la última semana; que de ese modo se despidió de la ciudad y de la gente al final de las setenta semanas; que la ciudad fue arrasada por los romanos poco después; que se destruyó a la gente, su gobierno y todo lo que tenía. Todo esto de acuerdo con las palabras del ángel: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad” [Dan. 9:24]. ¡Suficiente!

Indudablemente, los judíos necesitan mentir a fin de preservar su error frente a un texto tan claro y convincente. Sus mentiras anteriores caen por su propio peso. Pero aún si fueran a mentir por cien años y llamaran a todos los demonios para que los ayuden, igual estarían perdidos. Dado que es imposible nombrar un Mesías en el tiempo de las setenta semanas como lo requeriría la revelación de Gabriel, que no sea nuestro Señor Jesucristo. De esto estamos seguros, y golpeamos las puertas del infierno y los desafiamos, así como también todas las puertas del mundo y todo lo que se exalte o pueda ser exaltado, ingeniosa y astutamente, en contra de nosotros. Yo, un simple e insignificante devoto de Cristo, solo me atrevo a oponerme a todos ellos y a defender esta posición con facilidad, soltura y agrado. No obstante, es imposible convertir al diablo y a los suyos, y de cualquier modo no se nos ha ordenado intentarlo. [154] Basta con desnudar sus mentiras y revelar la verdad. Quien no está dispuesto a creer en la verdad por el bien de su propia alma, con seguridad tampoco estará dispuesto a hacerlo por el bien de la mía.

Por ahora nos limitaremos a estos cuatro libros: el de Jacob, el de David, el de Hageo y el de Daniel. En ellos se puede ver el excelente trabajo que han llevado a cabo los judíos con las Escrituras en estos mil quinientos años, y el que aún hoy siguen haciendo. Porque el tratamiento que ellos hacen de estos textos es paralelo al tratamiento que que hacen de todos los demás, especialmente de aquellos que

están a favor de nosotros y nuestro Mesías. Éstos, por supuesto, deben tomarse por mentiras, en tanto que ellos mismos no pueden incurrir en falta. No obstante, no han logrado una maestría perfecta del arte de mentir; sus mentiras son tan torpes e ineptas que cualquiera con apenas un poco de observación puede detectarlo fácilmente.

Pero para nosotros los cristianos ellos son un ejemplo aterrador de la ira de Dios. Como San Pablo declara en Romanos 11, debemos temerle a Dios y honrar su palabra mientras sea el tiempo de gracia a fin de no encontrarnos con un destino similar o acaso uno peor. Lo hemos visto en el caso del papado y de Mahoma. El ejemplo de los judíos claramente demuestra con qué facilidad el diablo engaña a la gente una vez que ésta se apartó del correcto entendimiento de las Escrituras, adentrándola en una ceguera y una oscuridad tal que en todo encuentran oscuridad, lo que hasta las bestias irracionales hacen. Y sin embargo quienes diariamente enseñan y oyen la palabra de Dios reconocen luz verdadera allí donde otros habían encontrado oscuridad. ¡Oh, Dios, ten piedad de nosotros!

Si tuviera que refutar todos los otros artículos de la fe judía, me la pasaría escribiendo en contra de ellos más de dos mil años, que es lo que les llevó a ellos inventar sus mentiras. Ya manifesté con anterioridad que corrompen su circuncisión con ordenanzas humanas y arruinan su herencia con la arrogancia. También profanan del mismo modo el Sabbath y todas sus festividades. En suma, toda su vida y todos sus actos: comer, beber, dormir, despertar, pararse, caminar, vestirse, desvestirse, ayunar, lavarse, rezar, o alabar a Dios, están manchados de ordenanzas rabínicas y de falta de fe que ya Moisés no puede reconocerse entre ellos. Sucede lo mismo con el papado de nuestros días, en el cual se hace difícil reconocer a Cristo y su palabra debido a las alimañas de las ordenanzas humanas. Pero por ahora dejemos que esto sea suficiente en relación a las mentiras en contra de la doctrina o la fe.

Para concluir examinaremos sus mentiras en contra de las personas (lo que, después de todo, no hace que la doctrina sea ni peor ni mejor, en tanto que esto no varía de acuerdo a si las personas son pías o viles). Especialmente nos abocaremos a las mentiras sobre Nuestro Señor, su santa madre, sobre nosotros y todos los cristianos. A estas mentiras recurre el diablo cuando no puede ir contra la doctrina, que es lo que los papistas de Belzebú hicieron conmigo [156]. Cuando no pudo refutar mi evangelio, escribió que yo estaba poseído por el diablo., que yo era un impostor y que mi querida madre era una prostituta. [157] Y, por supuesto, no bien esto hubo sido dicho, mi evangelio vio su destrucción. Lo mismo le sucedió a Juan el Bautista y al propio Cristo, a quienes se los acusó de tener un demonio [Mat. 11:18; Juan 8:20] y se los llamó

samaritanos, y al poco tiempo se daba por falsa la doctrina de Juan y de Cristo y por verdadera la de los fariseos. Lo mismo les sucedió a todos los profetas. Y, más recientemente, también al elector de Saxony y a Hesse, instantáneamente condenados cuando el pirómano furtivo y asesino de Wolfenbuttell *que al lado del arzobispo de Maguncia es la perla de la iglesia romana* los calumnió y difamó vergonzosamente, quedando ante todos como el santo, el rey de los reyes, coronado con una diadema de oro tan pesada que no pudo sostenerla y debió huir.

Por tanto, siempre que queráis ganar una causa funesta, haced como hacen los charlatanes en los tribunales cuando los acecha la fiebre del oro y la fiebre de la plata. Gruñid y mentid descaradamente en contra de la persona a la que acusas y ganarás el caso. Es como la madre que instruye a su hijo diciendo: “Hijo mío, si no puedes ganar, ponte a pelear”. El mentiroso no miente con respecto a la cuestión central (como sucede también en los conflictos religiosos), pero no obstante es totalmente consciente de que está mintiendo y lo hace para ir en contra de esa persona. No sueña con demostrar que tiene razón, ya con apariencias ya con la verdad, y es incapaz de hacerlo.

Así es como actúan también los judíos. Abiertamente arremeten y mienten contra la persona y la maldicen, en contra de su propia conciencia. De este modo han venido ganando los casos desde tiempos inmemoriales, y Dios se vio obligado a escucharlos. Como podemos ver, ya han estado al frente de Jerusalén, la ciudad dorada, por mil quinientos años. Son los señores del mundo, y todos los gentiles acuden a ellos con su *chemdath*, sus tapados, pantalones, zapatos, y les dan tierras y gente y todo lo que tienen, y permiten que estos nobles príncipes y señores de Israel los asesinen, y maldigan, escupan y difamen a los goy.

Y como se ve, si no hubieran mentido tan escandalosamente, ni hubieran calumniado, blasfemado e injuriado a estas personas, Dios nunca los hubiera oído, y su causa hubiera fracasado mucho tiempo atrás; hoy no serían los señores de Jerusalén sino que vivirían dispersos por todo el mundo entre los malditos goy, sin poder ver Jerusalén, ganándose el pan con la mentira, el engaño, el robo, la usura y todos sus demás vicios. La forma más eficaz de ganar una acusa funesta y por consiguiente condenada al fracaso es maldecir a la persona en cuestión. De modo que si tenéis que defender una causa endeble, no olvidéis este ejemplo de los judíos, son los nobles príncipes de Israel, capaces de todo, cuando su causa está perdida, aún pueden maldecir a los cristianos.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 10]

En primer lugar, difaman a nuestro Señor Jesucristo llamándolo brujo y herramienta del demonio. Lo hacen porque no pueden negar los milagros de los que es capaz. De este modo, siguen a sus antepasados, quienes dijeron: "Por Belcebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios" (Lucas 11:15). Idean infinidad de mentiras sobre el nombre de Dios, el tetragrámaton; dicen que nuestro Señor pudo definir este nombre (al que ellos llaman *Schem Hamphoras*), y quien puede hacerlo, dicen, puede también realizar otro tipo de milagros. No obstante, no pueden citar ni un solo caso en el que un hombre hiciera un milagro de utilidad por medio de este "Schem Hamphoras". Evidentemente, sólo mentirosos consumados como estos serían capaces de fabricar todo esto sobre el Señor. Puesto que si existiera una fórmula como la del "Schem Hamphoras" no hubiera sido el Señor el primero ni el último en utilizarla. O, ¿cómo puede uno saber si este poder es inherente al "Schem Hamphoras"? Este tema es demasiado amplio. Una vez terminado este libro pienso escribir un ensayo especial y reseñar lo que Porchetus escribe sobre este tema. Al rechazar la verdad de Dios, les es útil en cambio verse obligados a creer en todas estas abominables, estúpidas, inanes mentiras, y en vez de mirar la preciosa cara de la palabra divina, no hacen más que mirar el trasero negro, obscuro, mentiroso del demonio, y adorar su fetidez.

Además, le roban a Jesús el significado de su nombre: en hebreo, "salvador". El nombre Helfrich o Hilfrich era común entre los viejos sajones; equivale al nombre "Jesús". En la actualidad, usaríamos el nombre Hulfrich, que significa "alguien que puede ayudar y lo hará". Pero los judíos en su maldad lo llaman Ieshu, que en hebreo no es más que la combinación de tres letras (no es ni un nombre ni una palabra), algo así como una cifra o letras numerales. Es como si yo fuera a tomar, por ejemplo, tres letras numerales (C, L y V) y las considerara una cifra, de ese modo formaría la palabra Clu que se traduce en 155. Así usan ellos el nombre Ieshu para significar 316. Este número a su vez denota otra palabra, en la que se encuentra Hebel Vorik. Para más información acerca de sus prácticas diabólicas con estos números y estas palabras, léase Anthony Margaritha.

Cuando un cristiano oye que pronuncian la palabra “Ieshu”, como sucede ocasionalmente cuando se ven obligados a hablarnos, asume que están usando el nombre Jesús. Pero en realidad tienen en mente las letras numerales “Ieshu”, es decir, el numeral 316 en la palabra blasfema “Vorik”. Y cuando pronuncian la palabra “Ieshu” en sus plegarias escupen al piso tres veces en honor a nuestro Señor y a todos nosotros cristianos, movidos por su amor y devoción infinitos. Pero cuando conversan entre ellos dicen: “Deleatur nomen eius”, que en términos simples quiere decir: “Que Dios extermine su nombre”, o “Que todos los demonios se lo lleven”.

Nos tratan de modo similar al recibirnos cuando nos acercamos a ellos. Pervierten las palabras “Seid Gott wilkomen” (literalmente, “Que seas bienvenido por Dios”) y dicen, “Sched wil kem!”, que significa “¡Ven, demonio!” o “Allí viene un demonio”. Dado que no estamos familiarizados con el hebreo, pueden dar rienda suelta a su ira secretamente. Mientras nosotros suponemos que nos están hablando gentilmente, ellos invocan sobre nuestras cabezas el fuego eterno y todas las desgracias. ¡Qué huéspedes tan maravillosos somos los pobres y píos cristianos! Albergamos a los judíos en nuestro país, obramos de bien con ellos, gustosamente asistimos su bienestar físico y espiritual, y de ellos recibimos agravios innumerables.

Luego, también llaman a Jesús “el hijo de una puta”, acusando a su madre María de prostituta, y diciendo que Él fue concebido de una relación adúltera con un herrero. Aunque a mi pesar, me veo obligado a hablar en estos términos groseros para combatir al vil demonio. Ahora bien, ellos saben perfectamente que estas mentiras se inspiran en el odio y la maldad, con el único propósito de envenenar amargamente las mentes de su pobre juventud y la de los judíos comunes en contra de la persona de nuestro Señor, no vaya a ser que adhieran a la doctrina de éstos (la cual no puede ser refutada). Y aún así claman ser la santa gente a quien Dios ha de darles el Mesías en razón de su rectitud. En el octavo mandamiento, Dios nos prohíbe hablar falso testimonio contra nuestro prójimo, mentir, engañar, profanar. Esta prohibición también incluye a nuestros enemigos, pues cuando Zedekiah no fue fiel hacia el rey de Babilonia, Jeremías y Ezequiel lo reprendieron seriamente y, debido a eso, fue condenado al cautiverio [Jer. 21:1 ff.; Eze. 12:1 ff.].

Sin embargo, nuestros nobles príncipes del mundo y santos circuncisos inventaron en contra de este mandamiento de Dios, esta hermosa doctrina: que ellos pueden libremente mentir, blasfemar, maldecir,

difamar, asesinar, robar, y perpetuar todo vicio habido y por haber en el modo en que lo deseen y contra quien lo deseen. Que Dios se quede con su mandamiento; y la gente de sangre noble y circuncisa lo violará a su antojo. A pesar de esto, insisten en que están haciendo lo correcto y que por tanto se tienen merecido el Mesías y el cielo. Desafían a Dios y a todos los ángeles a que refuten esto, ni hablar del demonio y de los malditos goy que no acepten esto. Pues es esta la sangre noble que no peca y no está sujeta a los mandamientos de Dios.

¿Qué mal les ha hecho la pobre virgen María? ¿Cómo pueden probar que era una prostituta? No hizo más que dar a luz a un hijo cuyo nombre es Jesús. ¿Es acaso un crimen mortal que una joven esposa dé a luz a un niño? ¿Acaso toda mujer que da a luz a un niño ha de ser tomada por prostituta? ¿Qué puede decirse entonces de sus propias esposas y de ellos mismos? ¿Son también ellas todas prostitutas y ellos hijos de prostitutas? Oh, malditos, ¡esa es otra historia! ¿Acaso no sabéis que los judíos son la sangre noble y circuncisa de Abraham, y son los reyes en el cielo y en la tierra? Todo lo que digan es verdad. Si entre los malditos hubiera una virgen tan pura y anta como el ángel Gabriel, y el más humilde de estos nobles príncipes dijera que ella es la peor de las prostitutas y más vil que el mismísimo demonio, necesariamente tendría que ser así. El hecho de que esto saliera de una noble boca del linaje de Abraham sería evidencia suficiente. ¿Quién se atreve a contradecirlo? A la inversa, cualquier archi puta de la sangre noble de los judíos, aún siendo tan desagradable como el mismísimo demonio, sería más pura que cualquier ángel si a los nobles señores se les ocurriera decir que es así. Puesto que los señores, nobles y circuncisos, pueden mentir, difamar, injuriar, blasfemar y maldecir a su antojo. Tienen también el privilegio de bendecirse, honrarse, alabarse y exaltarse a ellos mismos, aún estando Dios en desacuerdo con ellos. ¿Suponéis que un judío es tan mal tipo? Dios en el cielo y todos los ángeles tienen que reírse y bailar cada vez que oyen a un judío expulsando sus ventosidades para que vosotros sepáis que no podrían ser tan descarados como para llamar puta a María, cuya reputación es intachable, si no fuera porque están envestidos de la facultad para pisotear a Dios y sus mandamientos.

Muy, bien, presentaremos una simple ilustración que nos permitirá a vosotros y a mí, ignorantes herejes, entender un poco esta elevada sabiduría, la sabiduría de los nobles y santos judíos. Supongamos que yo tuviera una prima u otro pariente cercano en quien nunca detecté ningún mal; y otra gente, a quien le guardo rencor, la alabara y ensalzara, la considerara una excelente mujer pía, virtuosa, loable, y dijera: “Este burro no se merece tener por prima a una mujer tan buena y honorable; sería más apropiado para él una perra o una loba”. Y entonces yo, al oír tantos elogios para mi prima, diría en contra de mi

propia conciencia: "Están mintiendo, es una archi puta". Y, aunque sin tener prueba alguna y con la absoluta certeza de que mi prima es inocente, exigiría que se me creyera, mientras yo, un mentiroso consumado, maldeciría a todo aquél que se rehusara a creer en lo que en el corazón sé es una mentira.

¿Qué opinión tendríais de mí? No os sentiríais obligados a decir que soy un monstruo, un demonio repulsivo, y no un ser humano; que no merezco ver el sol, las hojas, el pasto, o cualquier otra criatura? En efecto, opinaríais que estoy poseído por demonios. En cambio, tendría que tomar la deshonra de mi prima, si supiera de alguna, como si fuera la mía propia, y ocultarla si amenazara con hacerse pública, tal como hace toda la gente. Pero aunque nadie, incluso yo, sabe de su honradez, sería capaz de dar el primer paso y difamarla con calumnias como un sinvergüenza, haciendo caso omiso de que la deshonra se refleja en mí.

Esta es la clase de seres humanos *si se los debe o puede llamar así* a la que pertenecen estos nobles y circuncisos santos. A nosotros, con quienes son hostiles e iracundos, nos confiesan que María no es en realidad nuestra prima, sino la de ellos, descendiente de Abraham. Mientras nosotros la alabamos y loamos, ellos proceden a difamarla ferozmente. Si en estos miserables judíos hubiera una sola gota de sangre genuinamente israelita, deberían decir: "¿Qué debemos hacer? ¿Puede culpársela porque nuestro hijo ha provocado nuestra ira? ¿Por qué debemos difamarla? Después de todo ella es nuestra carne y nuestra sangre. Sin dudas, esta no es la primera vez que de una madre santa nace una mal hijo". No, a esta gente sagrada no se le ocurrirán pensamientos tan humanos y responsable; sólo pueden albergar pensamientos diabólicos para, de es modo, hacer penitencia y pronto tener al merecido Mesías, a quien, por supuesto, han tenido merecido por mil quinientos años ya.

También son mentiras y calumnias contra Él y su madre el decir que el momento en que ella lo concibió no es natural. Con relación a esto, son de lo más maliciosos y malignos. En Levítico 20:18, Moisés indica que un hombre y una mujer no deben acercarse el uno al otro durante el sucio período menstrual. Esto está prohibido a riesgo de pérdida de vida o extremidad; quien sea concebido en momentos como estos resulta en fruto imperfecto y débil, es decir, en niños enfermos, mentalmente deficientes, semilla del diablo, desafiantes, etc.; gente cuya mente permanece desequilibrada toda la vida. Así nos difamarán los judíos, diciendo que honramos por Mesías a una persona que era mentalmente deficiente de nacimiento; santos altamente iluminados consideran que somos los estúpidos y malditos. Realmente, estos son los pensamientos y palabras propios del demonio.

Os preguntaréis que los lleva a escribir esto, o por qué lo hacen. ¿Por qué se preguntan esto? ¿No les basta saber que son los nobles y circuncisos santos los que lo dicen? ¿O acaso sois tan lerdos como para no aprender que esta sagrada gente está eximida de todos los decretos de Dios y no peca? Pueden mentir, blasfemar, difamar, asesinar a quien se les antoje, incluso al mismísimo Dios. ¿No os dije con anterioridad que un judío es una perla preciosa de una pureza tal que Dios y todos los ángeles bailan cuando él se tira un pedo. Y si hiciera algo más grosero aún, igualmente esperaría que se considerara como un Talmud dorado. Y, lógicamente, los malditos deben tomar por pura santidad todo lo que surja de un hombre tan sagrado, sea de arriba o de abajo.

Dado que si el judío no fuera una piedra tan preciosa y pura, ¿ cómo sería posible que pudiera despreciar con tanta ferocidad a todos los cristianos, al Mesías y a su madre, vilipendiarlos con estas mentiras tan maliciosas y perniciosas? ¡Si estos magníficos, puros y agudos santos sólo nos conceden las cualidades de los gansos y los burros, puesto que se rehúsan a hacernos pasar por seres humanos! Pues la estupidez que nos adscriben no podría merecerla cerda alguna, que, según todos sabemos, se la pasa revolcándose en el fango, y lo que come no es mucho más limpio. ¡Qué sino la ira de Dios podría permitir que alguien se sumiera en tal bajeza y arrogancia abismales, diabólicas, infernales, dementes! Si fuera a vengarme en el mismísimo diablo, yo mismo sería incapaz de desearle el mal y los infortunios que sobre los judíos inflige la ira de Dios, obligándolos a mentir y blasfemar tan vilmente y en contra de su propia conciencia. De cualquier modo, tienen su recompensa por darle a Dios la mentira.

En su Biblia, Sebastian Monster cuenta sobre un malicioso rabino que no llamaba María a la querida madre de Cristo, sino *haria*, es decir, *sterquilinium*, estercolero. ¿Y quién sabe de qué otra infamia se dan el gusto sin que nosotros lo sepamos? Uno percibe fácilmente cómo el diablo se las ingenia para llevarlos hacia las mentiras y blasfemias más viles que puede idear. Así también le envidian a la santa madre María, hermana de David, su correcto nombre, aún cuando ella no les ha hecho ningún mal. Si le envidian el nombre es natural que también le también le envidien su persona, sus bienes y su honor. Y si desean, y de hecho lo hacen, infligirle toda clase de infortunios y maldades a su carne y a su sangre inocentes, de las que no se conoce mal alguno, ¿qué suponéis nos desearán a nosotros, malditos?

Aún con un corazón y una lengua así presumen parase frente a Dios; pronuncian su santo nombre, lo veneran y lo invocan, suplicándole que los lleve de vuelta a Jerusalén, les envíe al Mesías, ponga fin a la vida de los gentiles y les obsequie todos los bienes del mundo. La única razón por la cual Dios no los visita con truenos y relámpagos, que no los arrasa

con un fuego repentino con un fuego repentino como hizo con Sodoma y Gomorra, es esta: Este castigo no sería acorde a tanta malicia. Por eso los golpea con truenos y relámpagos espirituales, como escribe Moisés en Deuteronomio 28:28 y en otros pasajes: “Jehová te herirá con locura, ceguera y turbación de espíritu”. Estos son, en efecto, los verdaderos golpes de trueno y relámpago: locura, ceguera y turbación de espíritu.

Aunque estos terribles, calumniosas, blasfemas mentiras están particularmente dirigidas a la persona de nuestro Señor y su querida madre, también están pensadas en contra de nuestras personas. Quieren darnos la peor afrenta por honrar a un Mesías a quien maldicen y difaman tan terriblemente (al punto de considerar que no merece que ellos o cualquier otro ser humano lo nombre y mucho menos lo venere). Por tanto, debemos pagar por creer en Él, por alabarlo, honrarlo, servirle.

No obstante, quisiera preguntar: ¿Qué daño le ha hecho a esta santa gente este pobre hombre, Jesús? Si fue un falso maestro, como ellos alegan, ya fue castigado; ya recibió lo que se merecía, ya sufrió con su vergonzosa muerte en la cruz, ya pagó y rindió satisfacción. A ningún maldito hereje en todo el mundo se le ocurriría perseguir y calumniar por toda la eternidad a un pobre muerto que sufrió el castigo por sus delitos. ¿Cómo hacen entonces estos santos y benditos judíos para ser mejores que los malditos herejes? En primer lugar, declaran que Jerusalén no fue destruida y que no fueron llevados al cautiverio por el pecado de haber crucificado a Jesús. Pues afirman haber hecho lo correcto imponiendo justicia contra el seductor, lo que los hacía merecedores del Mesías. ¿Es culpa del hombre muerto, que ya ha sido castigado, que nosotros seamos tan estúpidos para honrarlo como nuestro Mesías? ¿Por qué no resuelven el asunto con nosotros?, ¿por qué no nos convencen de nuestra insensatez y nos demuestran su elevada y celestial sabiduría? Nunca escapamos de ellos; aún nos mantenemos firmes y desafiamos su sabiduría celestial. Veremos lo que son capaces de hacer. Puesto que no puede esperarse de estos majestuosos santos que se arrastren hasta un rincón y allí escondidos, maldigan y rezonguen.

Volviendo a la pregunta que hice más arriba: ¿Qué daño les ha hecho el pobre Jesús a los santos niños de Israel que no pueden dejar de maldecirlo después de haber muerto, con lo cual pagó su deuda? ¿Es acaso que Él aspira a ser el Mesías lo que no toleran? Imposible, porque Él está muerto (ellos mismos se encargaron de crucificarlo), y una persona muerta no puede ser el Mesías. ¿Será que Él es un obstáculo para que regresen a su tierra natal? No, esa tampoco es la razón: ¿cómo podría un hombre muerto prevenir tal cosa? ¿Cuál es entonces la razón? Os diré. Como ya he escrito antes, es al relámpago y trueno de Moisés al

que hice referencia más arriba: "Jehová te herirá con locura, ceguera y turbación de espíritu". Es el fuego eterno del que hablan los profetas: "Que mi ira salga como fuego, y se encienda y no haya quien la apague" [Jer. 4:4]. Juan Bautista reveló el mismo mensaje luego de que Herodes había quitado el cetro, y lo hizo con estas palabras: "Ya tiene en la mano el aventados, y limpiará con esmero su ira, y recogerá el trigo en su granero; pero la paja la extinguirá con fuego inextinguible" [Lucas 3:17]. Estamos, en efecto, frente al fuego de la ira divina que desciende sobre los judíos. Lo vemos encenderse, arder y avivarse, un fuego más horrible que aquél de Sodoma y Gomorra.

Ahora bien, estas mentiras y esta blasfemia diabólica está dirigida a la persona de Cristo y a la de su querida madre, pero también involucra a nuestra persona y a la de todos los cristianos. También están pensando en nosotros. Porque Cristo y María están muertos, y nos asignan también nuestra cuota especial de calumnias porque nosotros cristianos somos tan infames como para honrar a estas personas muertas, despreciables. En primer lugar, le lloran a Dios que nosotros los tenemos cautivos en el exilio, y le imploran ardorosamente que libere a su santa gente y a sus queridos niños del poder y el sometimiento al que los sometemos. Nos apodan Edom y Haman, nombres con los que nos insultarían gravemente ante Dios y nos lastimarían profundamente. Sin embargo, nos llevaría muy lejos ampliar esto. Ellos saben muy bien que están mintiendo. Si fuera posible, no me avergonzaría reclamar a Edom como mi antepasado. Él fue el hijo biológico de Santo Rebeca,nieto de la querida Sara; Abraham fue su abuelo e Isaac su verdadero padre. El propio Moisés les ordena considerar a Edom como su hermano: (Deut. 23:71): ¡Y de hecho obedecen a Moisés como verdaderos judíos!

Además, se atreven a instruir a Dios y aconsejarle la manera en que habrá de redimirlos. Porque los judíos, estos santos eruditos, piensan que Dios es un pobre zapatero que para hacer sus zapatos tiene únicamente la horma del pie izquierdo. Es decir que mediante el Mesías de ellos, Él ha de matar y exterminar a todos los goy, para que así ellos puedan echar sus manos en la tierra, los bienes y el gobierno del mundo entero. Y ahora una tormenta de maldiciones, difamación e injuria se desata sobre nosotros, la cual no puede expresarse en palabras. Ellos desean que la espada y la guerra, la aflicción y todos loa infortunios terminen con nosotros, malditos. Abiertamente sueltan sus maldiciones contra nosotros cada sábado en sus sinagogas, y día a día en sus hogares. Ya en la infancia les enseñan a sus hijos, los instan y los entrenan, a continuar siendo los amargos, virulentos e iracundos enemigos de los cristianos.

Esto os ofrece una claro cuadro de la concepción que los judíos tienen del quinto mandamiento y la observación que de él hacen. Por más de

mil cuatrocientos años han sido sabuesos y asesinos de la cristiandad, sedientos de sangre en sus intenciones, y sin lugar a dudas, preferirían serlo en sus actos. Así, han sido acusados de envenenar aguas y pozos, y de esa manera aquietaban su ira con la sangre de los cristianos por todo a lo que han sido condenados a muerte por el fuego. Y aún así Dios todavía se rehúsa a oír sobre la sagrada penitencia de estos maravillosos santos y queridísimos hijos. El injusto Dios le permite a la santa gente que maldiga (quiero decir, rece) tan vehementemente en vano en contra de nuestro Mesías y todos nosotros cristiano. No se interesa en involucrarse con ellos o su piadosa conducta, tan embebida en sangre de nuestro Mesías y sus cristianos. Puesto que estos judío son más sagrados que los del cautiverio babilonio, que no maldecían, que no derramaban secretamente la sangre de los hijos, ni envenenaban las aguas, sino que en cambio oraban por sus captores, los babilonios, como Jeremías les había instruido [Jer. 29:7]. La razón de esto es que no eran tan sagrados como los judíos de hoy día, ni tenían astutos rabinos; Jeremías, Daniel y Ezequiel eran grandes tontos. Los judío de hoy los harían trizas con los dientes, supongo.

Ahora bien, poned atención en cómo miente cuando dice que nosotros los tenemos cautivos. Jerusalén fue destruida hacia más de mil cuatrocientos años, y en ese memento, nosotros cristianos habíamos sido acosados y perseguidos por los judíos alrededor del mundo durante aproximadamente trescientos años, como dijimos más arriba. Bien podríamos reclamar que durante ese tiempo ellos nos tuvieron cautivos y nos mataron, lo cual es la verdad. Además no sabemos al día de hoy cuál es el demonio que los trajo a nuestro país. *Con seguridad, no fuimos nosotros quienes los trajeron de Jerusalén*.

Además, ahora nadie los está reteniendo aquí. El país y las carreteras están abiertas para que vuelvan a su tierra cuando lo deseen. Si lo hicieran, con mucho gusto les haríamos regalos por la ocasión, sería un festejo: Porque para nuestro país son una pesada carga, una plaga, un verdadero infortunio. Es evidencia de esto el hecho de que con frecuencia han sido expulsados de los países en vez de haber sido cautivos. Así fueron desterrados de Francia (a la que ellos llaman “Tsorfath”, en Abdías 20), que era un nido especialmente bueno. Recientemente, nuestro querido Emperador Carlos los ha desterrado de España, que es el mejor de todos los nidos (a la que ellos llamaban “Sefarad”, también sobre las bases de Abdías). Este año fueron expulsados de Bohemia, donde tienen uno de los mejores nidos, en Praga. Del mismo modo, durante mi vida han sido echados de Regensburg, Magdeburg, y otros lugares.

Si no podéis tolerar a una persona en un país o en un hogar, ¿significa que lo estáis teniendo cautivo? De hecho, son ellos quienes nos tienen a

nosotros cristianos cautivos en nuestro propio país. Dejan que trabajemos con el sudor de nuestra frente para ganar dinero y propiedades mientras ellos permanecen sentados junto a la cocina, pasan las horas haraganeando, expelen sus ventosidades y asan peras. Se llenan las barrigas de comida y alcohol, y viven rodeados de lujos, desahogados gracias a nuestros bienes ganados con esfuerzo. Con la maldita usura, nos tienen cautivos a nosotros y nuestra propiedad. Además se burla de nosotros porque nosotros trabajamos y les dejamos hacer el papel de hacendados haraganes a costa nuestra y en nuestra tierra. Así, ellos son nuestros amos y nosotros somos sus sirvientes, con nuestros bienes, nuestro sudor y nuestro trabajo. ¡Y a modo de recompensa y agradecimiento maldicen a nuestro Señor y a nosotros! ¿No es natural que el diablo ría y baile si puede disfrutar de un paraíso como este a costa de nosotros cristianos? Devora lo que es nuestro a través de sus santos, los judíos, y nos paga con insultos, además de maldecir tanto a Dios como al hombre.

No podrían haberla pasado tan bien con sus propias posesiones en Jerusalén bajo David y Salomón como la pasan con las nuestras, que hurtan y roban a diario. Aún así lloran que los tenemos cautivos. De hecho, los hemos capturado y los tenemos en cautiverio del mismo modo que yo tengo en cautiverio un cálculo biliar, un maldito tumor, y todas las otras enfermedades e infortunios que atender con dinero y bienes y todo lo que tengo. ¡Ojalá estuvieran en Jerusalén con los judíos y con quienes quisieran que estuvieran allí!

Si ya se ha dejado en claro que no lo tenemos cautivos, ¿cómo puede ser que merezcamos la enemistad de santos tan maravillosos y nobles? No llamamos prostitutas a sus mujeres, como ellos llaman a María, madre de Jesús. No los llamamos hijo de prostituta, como ellos llaman a nuestro Señor Jesucristo. No les decimos que fueron concebidos en el momento de la limpieza y por tanto nacieron idiotas, como ellos dicen de nuestro Señor. No decimos que sus mujeres son “haria”, como ellos dicen de nuestra querida María. Nosotros no los maldecimos, sino que les deseamos el bien, tanto físico como espiritual. Los hospedamos, les permitimos comer y beber con nosotros. Nosotros no secuestramos a sus hijos ni los herimos; no envenenamos sus pozos; no estamos sedientos de su sangre. ¿Cómo provocamos entonces tanta ira, envidia y odio en estos maravillosos y sagrados hijos de Dios?

No hay otra explicación para esto que la citada anteriormente de Moisés, es decir, que Dios los ha golpeado con “locura, ceguera y turbación de espíritu”. De modo que inclusive obramos mal si no vengamos toda esta sangre inocente de nuestro Señor y de los cristianos, derramada durante trescientos años antes de la destrucción de Jerusalén, y la sangre de los hijos que han derramado desde entonces (que todavía hace brillar sus

ojos y su piel). Obramos mal al no quitarles la vida. En cambio, permitimos que vivan libremente entre nosotros a pesar de nos asesinan, nos maldicen, blasfeman y mienten en contra de nosotros, y nos difaman; nosotros protegemos sus sinagogas, sus casas, su vida y su propiedad. De este modo los hacemos holgazanes y seguros, y los alentamos para que descaradamente nos despojen de nuestro dinero y nuestros bienes, así como también para que se burlen de nosotros, para finalmente vencernos, matarnos a todos por este pecado imperdonable, y robarnos todos nuestros bienes (según rezan y ruegan diariamente). Ahora, decidme si no tienen todas las razones para ser nuestros enemigos, para maldecirnos y para luchar por nuestra ruina final, completa y eterna.

En todo esto nosotros cristianos vemos *dado que los judíos no lo pueden ver* qué ira terrible ha provocado en Dios, y aún provoca sin cesar, esta gente, qué fuego brilla, y qué es lo que lo gran aquellos que maldicen y odian a Cristo ya sus cristianos. Oh, queridos cristianos, grabemos este horrible ejemplo en nuestro corazón, como dice San Pablo en Romanos II, ¡y teme a Dios no sea que caigamos víctimas de una ira similar o incluso peor! En cambio, como ya dijimos antes, honremos su palabra divina y no desatendamos el tiempo de gracia, como lo han hecho Mahoma y el papa, volviéndose no mucho mejores que los judíos.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 11]

¿Qué debemos hacer, nosotros cristianos, con los judíos, esta gente rechazada y condenada? Dado que viven con nosotros, no osamos tolerar su conducta ahora que estamos al tanto de sus mentiras, sus injurias y sus blasfemias. De hacerlo, nos convertimos en cómplices de sus mentiras, maldiciones y blasfemias. Ese no es el modo de extinguir el insaciable fuego de la ira divina del que hablan los profetas, ni es el modo tampoco de convertir a los judíos. Con plegarias y el temor a Dios debemos practicar una intensa piedad para intentar salvar de las llamas al menos a algunos. No osamos vengarnos. Una venganza mil veces peor de la que nosotros pudimos desearles ya los tiene agarrados de la garganta. He aquí mi sincero consejo:

En primer lugar, debemos prender fuego sus sinagogas o escuelas y enterrar y tapar con suciedad todo lo que no prendamos fuego, para que ningún hombre vuelva a ver de ellos piedra o ceniza. Esto ha de hacerse en honor a Nuestro Señor y a la cristiandad, de modo que Dios vea que nosotros somos cristianos y que no aprobamos ni toleramos a sabiendas tales mentiras, maldiciones y blasfemias a Su Hijo y a sus cristianos. Pues Dios perdonará todo lo que toleramos en el pasado sin saberlo —de lo cual yo mismo no estaba al tanto—. Pero si ahora que estamos al tanto protegiéramos para los judíos una casa levantada justo en frente de nuestras propias narices, en la que mienten sobre Cristo y sobre nosotros, en la que nos blasfeman, maldicen, vilipendian y difaman (como lo oímos más arriba), sería como estar haciéndonos a nosotros mismos todo esto e incluso cosas peores, y eso lo sabemos muy bien.

En Deuteronomio 13:12, Moisés escribe que cualquier ciudad que se entrega a la idolatría ha de ser totalmente destruida por el fuego y nada de ella ha de preservarse. Si él aún viviera, sería el primero en prender fuego las sinagogas y las casas de los judíos. Puesto que en Deuteronomio 4:2 y 12:32 explícitamente ordenó que no se agregara o sustrajera nada de su ley. Y Samuel dice en 1 Samuel 15:23 que la desobediencia a Dios es idolatría. Hoy la doctrina de los judíos se basa en las adiciones de los rabinos y en la idolatría de la desobediencia, de modo que Moisés se ha vuelto enteramente desconocido entre ellos (como ya lo dijimos antes), tal como la Biblia se volvió desconocida para el papado en nuestros días. Así que, por el bien de Moisés, tampoco sus escuelas pueden ser toleradas; lo difaman tanto como nos difaman a nosotros. No es necesario que tengan sus propias iglesias libres para tal idolatría.

En segundo lugar, también aconsejo que sus casas sean arrasadas y destruidas. Porque en ellas persiguen los mismos fines que en sus sinagogas. En cambio, deberían ser alojados bajo un techo o en un granero, como los gitanos. Esto les hará ver que ellos no son los amos en nuestro país, como se jactan, sino que están viviendo en el exilio y cautivos, como incesantemente se lamentan de nosotros ante Dios.

En tercer lugar, aconsejo que sus libros de plegarias y escritos talmúdicos, por medio de los cuales se enseñan la idolatría, las mentiras, maldiciones y blasfemias, les sean quitados.

En cuarto lugar, aconsejo que de ahora en adelante se les prohíba a los rabinos enseñar sobre el dolor de la perdida de la vida o extremidad. Pues con razón han perdido el derecho a tal oficio al tener cautivos a los judíos inocentes con el dicho de Moisés (Deuteronomio 17:10) en el cual les ordena que obedezcan a sus maestros so pena de muerte, aunque Moisés claramente agrega: “cuidarás de hacer según todo lo que te

manifiesten de acuerdo con la ley de Jehová tu Dios". Estos villanos hacen caso omiso de esto. Sin ningún miramiento emplean la obediencia de gente inocente en contra de la ley del Señor y les infunden este veneno, maldición y blasfemia. Del mismo modo el papa nos tuvo cautivos con la declaración en Mateo 16:18, "Tú eres Pedro", etc., induciéndonos a creer todas las mentiras y engaños que surgían de su mente diabólica. No enseñaba de acuerdo a la palabra de Dios y por tanto perdió el derecho a enseñar.

En quinto lugar, que la protección en las carreteras sea abolida completamente para los judíos. No tienen nada que hacer en las afueras de las ciudades dado que no son señores, funcionarios, comerciantes, ni nada por el estilo. Que se queden en casa. He oído decir que un adinerado judío está viajando por el país con doce caballos *su ambición es convertirse en un Kokhba* devorando con sus usura príncipes, señores, tierras y gente, de modo que los grandes señores ven esto con ojos celosos. Si vosotros, grandes señores y príncipes, no prohiben con la ley que estos usureros circulen por las carreteras, algún día se juntará una tropa contra ellos, que habrá aprendido de este libro la verdadera naturaleza de los judíos y la manera de tratar con ellos en vez de proteger sus actividades. Dado que vosotros tampoco deben ni pueden protegerlos a menos que deseen ser partícipes de todas sus abominaciones ante los ojos de Dios. Considerad qué bien podría surgir de esto, y evitadlo.

En sexto lugar, aconsejo que se les prohíba la usura, y que se les quite todo el dinero y todas las riquezas en plata y oro, y que luego todo esto sea guardado en lugar seguro. La razón para una medida como esta, como ya se dijo, es que no tienen otro medio de ganarse la vida que no sea la usura, por medio de la cual nos han hurtado y robado todo lo que poseen. Este dinero no debería ser usado de ningún otro modo que no sea el siguiente: En el caso de que un judío sea sinceramente convertido, le serán entregados cien, doscientos o trescientos florines, según lo sugieran las circunstancias personales. Con esto, podrá establecerse en alguna ocupación para mantener a su pobre esposa e hijos y para el cuidado de los ancianos y los enfermos. Porque estas funestas ganancias están malditas si no son usadas con la bendición de Dios en una causa buena y digna.

Pero cuando se jactan de que Moisés les permitió u ordenó exigir interés del extraño, citando Deuteronomio 23:20 *además de esto no pueden aducir más que una letra en su defensa* debemos decirles que hay dos clases de judíos o israelitas. La primera comprende a quienes Moisés, en conformidad con la ley de Dios, guió desde Egipto hasta la tierra de Canaán. A ellos les otorgó su ley, que debían respetar en ese país y no más allá de él, y sólo hasta el advenimiento del Mesías. Los otros judíos

son los del Emperador, no de Moisés. Estos datan del tiempo de Pilato, el gobernador de la tierra de Judá. Dado que cuando este último les preguntó frente al pretorio, ¿Qué, pues haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado! ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que Cesar [Mat. 27:22; Juan 19:15]. Dios no les había ordenado tal sumisión al emperador; lo hicieron voluntariamente.

Pero cuando el emperador les exigió obediencia, se resistieron y se rebelaron contra él. Ahora no querían ser sus súbditos. Entonces vino y visitó a sus súbditos, los reunió en Jerusalén, y los dispersó por todo su imperio, a fin de obligarlos a obedecer. De ellos descendieron los vestigios de los judíos del presente, de quienes Moisés nada conoce, ni ellos le obedecen; pues no merecen ni uno de los pasajes o versículos de Moisés. Si desean aplicar la ley de Moisés nuevamente, deben primero regresar a la tierra de Canaán, convertirse en judíos de Moisés, y respetar sus leyes. Allí pueden practicar la usura todo lo que los extraños les permitan. Pero dado que moran en países extranjeros bajo el emperador y desde allí desobedecen a Moisés, están obligados a respetar las leyes del emperador y abstenerse de practicar la usura hasta tanto no vuelvan a ser súbditos de Moisés. Pues la ley de Moisés nunca ha pasado un sólo paso los límites de Canaán ni más allá de la nación de Israel. Moisés no fue enviado con su ley a los egipcios, los babilonios, o cualquier otra nación, sino que fue sólo enviado a la gente a quien guió desde Egipto hasta la tierra de Canaán, como él mismo testifica con frecuencia en Deuteronomio. De ellos se esperaba que respetaran sus mandamientos en la tierra que conquistarían más allá del Jordán.

Además, dado que el sacerdocio, el culto, el gobierno *de lo que la mayor parte, de hecho casi la totalidad, de esas leyes de Moisés tratan* han perdido su vigencia hace ya más de mil cuatrocientos años, ciertamente las leyes de Moisés también perdieron vigencia y autoridad. Por tanto son las leyes imperiales las que han de aplicarse a estos judíos imperiales. Su deseo de ser los judíos mosaicos no debe consentirse. De hecho, ningún judío lo ha sido hace más de mil cuatrocientos años.

En séptimo lugar, recomiendo poner o un mayal o una hacha o una azada o una pala o una rueca o un huso en las manos de judíos y judías jóvenes y fuertes y dejar que coman el pan con el sudor de su rostro, como se le impuso a los hijos de Adán (Gén.3:19). Porque no es apropiado que nosotros, malditos, trabajemos sin descanso en el sudor de nuestros rostros mientras ellos, la santa gente, se pasen las horas haraganeando junto al hogar, dándose festines y expeliendo sus ventosidades, y, como si fuera poco, haciendo alarde con blasfemias de su señoría por encima de los cristianos por medio de nuestro sudor. No,

debemos deshacernos de estos perezosos delincuentes por las asentaderas de sus pantalones.

Pero si tenemos miedo de que pudieran dañar a nuestras esposas, hijos, sirvientes, ganado, etc., en el caso de que tuvieran que servirnos y trabajar para nosotros —lo cual es razonablemente lógico dado que estos nobles señores del mundo, y venenosos y resentidos gusanos no están acostumbrados a trabajar y además se mostrarían muy renuentes a rebajarse de tal modo frente a los malditos goy—, entonces emulemos el sentido común de otras naciones como Francia, España, Bohemia, etc., calculemos junto con ellos cuánto nos ha arrancado la usura, dividámoslo, dividámoslo conciliatoriamente, pero luego expulsémoslos del país para siempre. Porque, como sabemos, la ira de Dios contra ellos es tan intensa que la piedad diplomática sólo hará que sean cada vez peores, en tanto que una piedad estricta no los reformará más que un poco. Por tanto, de cualquier modo, ¡afuera!

Se oye decir que los judíos donan grandes sumas de dinero y de ese modo resultan beneficiosos para los gobiernos. Sí, ¿pero de dónde sale este dinero? No sale de sus propiedades sino de las de los señores y sus súbditos a quienes saquean y roban por medio de la usura. Así los señores toman de sus súbitos lo que éstos reciben de los judíos en forma de beneficencia, es decir, los súbditos están obligados a pagar más en impuestos y son oprimidos para los judíos, para que éstos puedan permanecer en el país, mentir descarada y libremente, blasfemar, maldecir y robar. ¿Cómo estos judíos impíos no van a reírse disimuladamente de nosotros si permitimos que se burlen y gastamos nuestro dinero para permitirles que permanezcan en este país y practiquen todas las maldades habidas y por haber? Una y otra vez dejamos que se enriquezcan a costa de nuestra sangre y sudor; se chupan la médula de nuestros huesos y nosotros permanecemos pobres. Si está bien que un sirviente huésped le dé a su amo o anfitrión diez florines al año y le robe a cambio diez mil, entonces el sirviente o huésped pronto y con facilidad se hará rico mientras que el amo o anfitrión será rápidamente un mendigo.

Y aún en el caso de que estas sumas que los judíos dan al gobierno fueran de su propiedad, lo cual es imposible, y de este modo compraran la protección que les damos y el privilegio para con tanto descaro difamar, blasfemar, vilipendiar y maldecir pública y libremente a nuestro Señor Jesucristo en sus sinagogas, y además desearnos todos y cada uno de los infortunios, es decir, que nos maten a puñaladas y perezcamos con nuestro Haman, emperador, príncipes, señores, esposa e hijos —esto realmente sería estar vendiendo barato y vergonzosamente a Cristo Nuestro Señor, a la cristiandad completa junto con el imperio entero y a nosotros, con esposa e hijos—. ¡Qué

maravilloso santo sería el traidor de Judas comparado a nosotros! De hecho, si cada judío, tantos como hay, pudieran dar cien mil florines al año igualmente no les concederíamos por ello el derecho a calumniar, maldecir, difamar y empobrecer por medio de la usura a un solo cristiano con tanta impunidad. Sería todavía demasiado barato. Cuánto más intolerable es que permitamos que los judíos compren con nuestro dinero este permiso para calumniar y maldecir a Cristo entero y a todos nosotros, además recompensarlos por esto con riquezas y hacer de ellos nuestros señores, mientras ellos nos ridiculizan y se regodean en su malicia. Un espectáculo delicioso para el diablo y sus ángeles, del cual secretamente se sonríen como se sonríela cerda al contemplar sus desperdicios, pero que de hecho merece la gran ira divina.

En suma, queridos señores y príncipes, quienes tienen a los judío bajo su gobierno: si mi consejo no os agrada, buscad mejor asesoramiento a fin de que tanto vosotros como nosotros podamos deshacernos de la insoportable, diabólica carga de los judíos. No vaya a ser que para Dios nos volvamos cómplices de sus mentiras, blasfemia, difamación y maldiciones que los judíos se permiten con tanta libertad e impunidad en contra de nuestro Señor Jesucristo, su querida madre, todos los cristianos, toda autoridad y nosotros mismos. No le otorguéis protección, ni le permitáis el libre tránsitos ni la comunión con nosotros. No los instiguéis a adquirir tu dinero o el dinero y los bienes de tus súbditos por medio de la usura. Sin esto, ya tenemos suficiente con nuestros propios pecados, que se remontan al papado y diariamente los engrosamos con nuestra ingratitud y desprecio a la palabra de Dios y toda su gracia divina; de modo que no es necesario también cargar con estos ajeno y vergonzoso vicios de los judíos, y sobre todo pagarles por esto con dinero y bienes. Tengamos en cuenta que ahora peleamos a diario con los turcos, lo que ciertamente requiere de una reducción de nuestros pecados y una reforma de nuestra vida. Con este consejo y esta advertencia fieles deseo limpiar y exonerar mi conciencia.

Y vosotros, queridos caballeros y amigos que son sacerdotes y predicadores, deseo muy fielmente invitarlos a que recordéis su deber oficial, de modo que vosotros también advirtáis a vuestros feligreses acerca del daño eterno como sabéis hacerlo, es decir, que estén alerta frente a los judíos y que, en la medida de lo posible, los eviten. No obstante, no deben maldecirlos o dañar sus personas. Puesto que los judíos se han maldecido y dañado a ellos mismos más que suficientemente al maldecir a Jesús de Nazaret, el hijo de María, lo cual han estado haciendo desafortunadamente a lo largo de más de mil cuatrocientos años. Dejemos que el gobierno se encargue de eso, como ya he sugerido. Pero más allá de si el gobierno actúa o no, que todos al menos sean guiados por sus propias conciencias y construyan para sí una definición o imagen de lo que es un judío.

Cuando vuestros ojos se encuentren con un judío o vuestro pensamiento os lleve hacia él, debéis decir para vosotros: ¡Ay, esa boca que estoy contemplando! Ha maldecido, execrado y calumniado cada sábado a mi querido Señor Jesucristo, que me ha redimido con su valiosa sangre; además, rezó y suplicó ante Dios que yo, mi esposa e hijos, y todos los cristianos muramos apuñalados y perezcamos miserablemente. Y él mismo lo haría con todo gusto si pudiera, a fin de apropiarse de nuestros bienes. Tal vez hoy mismo haya escupido muchas veces sobre el suelo invocando el nombre de Jesús, como es su costumbre, de modo que la baba todavía cuelga de su boca y de su barba (si tuviera la oportunidad de escupir). Si comiera, tomara o hablara con una boca tan diabólica, ese plato de comida o vaso de bebida me llenarían de demonios del mismo modo que sin dudas me vuelvo un seguidor de todos los demonios que habitan en los judíos y que se burlan de la valiosa sangre e Cristo. ¡Que Dios me ampare!

Nada podemos hacer si no comparten nuestra fe. No se puede forzar a nadie a que crea. No obstante, debemos evitar que sientan confirmadas sus mentiras, calumnias, maldiciones y difamaciones desvergonzadas. Ni nos atrevemos a ser partícipes de su sermón endemoniado protegiéndolos, dándoles de comer y beber, ofreciéndoles un techo, y otras amabilidades, sobre todo porque cuando los ayudamos y les servimos con vileza y orgullo hacen alarde de que Dios los ordenó señores y a nosotros sirvientes. Por ejemplo, cuando un cristiano enciende el fuego para ellos en un Sabbath, o cocina para ellos en una taberna, nos injurian y maldicen y difaman, suponiendo que esto es algo meritorio, y así y todo ellos viven de nuestras riquezas, las cuales nos han robado. ¡Vaya que son desesperados, absolutamente malvados, venenosos, y diabólicos estos judíos, quienes durante estos mil cuatrocientos años han sido y todavía son nuestra plaga, nuestra pestilencia y nuestro infortunio!

Especialmente vosotros pastores, entre quienes los judíos viven, insisten en recordarles a sus señores y gobernantes que tengan presente que su función y su obligación ante Dios es forzar a los judíos a que trabajen, prohibirles la usura, y comprobar sus blasfemias y sus mentiras. Dado que si estos señores y gobernantes castigan entre los cristianos el hurto, el robo, el asesinato, la blasfemia y otros vicios, ¿por qué los diabólicos judíos tienen impunidad para cometer sus crímenes entre nosotros y en nuestra contra? Sufrimos más nosotros a causa de ellos de lo que sufren los italianos a causa de los españoles, que le saquen al anfitrión la cocina, el sótano, el arcón y el monedero, y además lo maldicen y lo amenazan de muerte. De este modo nos tratan los judíos, nuestros invitados —dado que nosotros somos sus anfitriones—. Estos alfeñiques haraganes y barrigas indolentes nos roban y despluman y acechan nuestros cuellos; toman y festejan, la pasan bien en nuestros hogares, y

nos pagan maldiciendo a nuestro Señor Jesucristo, nuestras iglesias, a nuestro príncipe y a todos nosotros, amenazándonos, incesantemente deseándonos la muerte y todos los males. Os invito a reflexionar simplemente sobre esto: ¿Cómo puede ser que nosotros, pobres cristianos, alimentemos y enriquezcamos a gente tan inservible, malvada, perniciosa, estos blasfemos enemigos de Dios, sin recibir nada a cambio más que las maldiciones y la difamación y todas los infortunios que pueden infligirnos o nos desean? De hecho, en relación a esto somos tan ciegos e insensibles como los judíos en su falta de fe; padecemos la imponente tiranía de estos viciosos alfeñiques y no percibimos que son nuestro señores, sí, nuestros dementes tiranos, y que somos sus cautivos y sus súbditos. Entre tanto ellos lloran que son nuestros cautivos, y al mismo tiempo se burlan de nosotros... ¡cómo si tuviéramos que tomarlo de ello!

Pero si las autoridades son renuentes a usar la fuerza y contener la indecencia diabólica de los judíos, estos últimos deberían ser expulsados del país y enviados a su tierra y a sus posesiones en Jerusalén; allí podrán mentir, maldecir, blasfemar, difamar, asesinar, hurtar, robar, practicar usura, mofarse, y permitirse todas esas abominaciones infames que practican entre nosotros. Que nos dejen nuestro gobierno, nuestro país, nuestra vida y nuestros bienes, pero sobre todo a nuestro Señor, el Mesías, nuestra fe, y nuestra iglesia aún no profanada ni corrompida por su tiranía y malicia diabólicas. Cualquier privilegio que imploren no les ayudará; nadie puede otorgar privilegios por practicar tales abominaciones. Cancelan y abrogan todo privilegio.

Si vosotros, pastores y predicadores, han seguido mi ejemplo y fielmente han realizado las debidas advertencias y sin embargo príncipes y súbditos nada hacen al respecto, sigamos el consejo de Cristo (Mateo 10:14), sacudamos el polvo de nuestros pies y digamos: “Somos inocentes de vuestra sangre”. Pues he observado y con frecuencia experimento cuán indulgente es el mundo pervertido en momentos en que debiera ser estricto, y, a la inversa, cuán severo es en momento en que debiera ser piadoso. Tal es el caso del Rey Acab, según se encuentra documentado en 1 Reyes 20. Ese es el modo en que el príncipe del mundo reina. Supongo que el príncipe ahora querrá mostrarse piadoso frente a los judíos, los enemigos sedientos de sangre de nuestro nombre cristiano y humano, para de ese modo ganarse el cielo. Pero los judíos nos enredan, nos acosan, nos atormentan y nos afligen en todo sentido con los diabólicos y detestables actos mencionados más arriba: esto es lo que quieren que toleremos, y este es un noble acto cristiano, especialmente porque no hay dinero de por medio (¿qué dinero podría haber si nos lo han robado todo ellos?).

¿Qué debemos hacer mientras tanto, nosotros predicadores? En primer lugar, debemos confiar en la verdad de las palabras de nuestro Señor Jesucristo cuando declara que los judíos, quienes en vez de aceptarlo lo crucificaron, son “engendros de víboras” (cf. Mateo 12:34). Su precursor, Juan el Bautista, coincide con esta apreciación aun siendo esta gente de su familia. Ahora bien, nuestras autoridades y todos estos piadosos santos (así como quieren que a los judíos les vaya bien) al menos tienen que permitirnos creer en la palabra de nuestro Señor Jesucristo, quien, estoy seguro, tiene un conocimiento más íntimo de todos los corazones del que tienen estos compasivos santos. Él sabe que estos judíos son engendros de víboras, hijos del demonio, es decir, gente que nos concederá los mismos beneficios que su padre, el demonio, y ya tendríamos que haber aprendido tanto de las Escrituras como de la experiencia, cristianos, cuánto desea que nos vaya bien.

He leído y oído muchas historias sobre los judíos que coinciden con esta apreciación de Cristo, es decir, cómo han envenenado pozos, asesinado, secuestrado niños, como ya fue relatado. Oí que un judío le envió a otro judío, y esto a través de un cristiano, una vasija llena de sangre, junto con un tonel de vino, en el cual, una vez tomado éste, se hallaba a un judío muerto. Hay más historias de este tipo. A causa del secuestro de niños con frecuencia han sido quemados en la hoguera o desterrados (como ya hemos oído). Tengo plena conciencia de que ellos niegan todo esto. Sin embargo, coincide plenamente con la apreciación de Cristo, que declara que son víboras venenosas, amargas, vengativas, engañosas, asesinos, hijos del demonio que hieren y hacen el mal a hurtadillas cuando no pueden hacerlo abiertamente. Es por esta razón que preferiría verlos donde no haya ningún cristiano. Los turcos y otros infieles no tienen que tolerar lo que los cristianos toleramos de estas víboras venenosas y jóvenes demonios. Ni los judíos tratan a ningún otro como nos tratan a nosotros cristianos. En esto estaba pensando cuando dije más arriba que el cristiano no tiene enemigo más enconado y mortificante que el judío. A nadie le concedemos tanto de nosotros y por nadie sufrimos tanto como lo que sufrimos por estos infames hijos del demonio, estos engendros de víboras.

Ahora dejadme recomendárselos sinceramente a quien tenga el deseo de protegerlos y alimentarlos y honrarlos, y de ser desplumados, robados, saqueados, difamados, vilipendiados y maldecidos, y de sufrir todos los males en sus manos, las manos de estas víboras venenosas, de estos hijos del demonio, que son los más vehementes enemigos de Cristo Nuestro Señor y de todos nosotros. Y si todo eso no fuera suficiente, dejad que Él se llene la boca de ellos, o se arrastre dentro de sus traseros y haga culto de este objeto sagrado. Entonces, dejad que se mofe de su piedad, dejad que se mofe de que ha fortalecido al demonio y a su engendro por continuar blasfemando a nuestro querido

Señor y la preciosa sangre con la cual nosotros cristianos somos redimidos. Entonces será un cristiano perfecto, lleno de piadosas obras *¡por las cuales Cristo lo recompensará el día del Juicio junto con los judíos en el fuego eterno del infierno!*

Eso es lo que yo llamo hablar sin decoro de las maldiciones indecorosas de los judíos. Otros escriben mucho sobre esto, y los judíos saben muy bien que se trata de maldiciones pues ellos maldicen y blasfeman conscientemente. Ahora pasemos a hablar más sutilmente y, como buenos cristianos, más espiritualmente sobre esto. Así dice nuestro Señor Jesucristo en Mateo 10:40: “El que me recibe a mí, recibe al que me envió”. Y en Lucas 10:16: “El que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió”. Y en Juan 15:23: “El que me aborrece a mí, aborrece también a mi padre”. En Juan 5:23: “Que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra a padre que le envió”; etc.

Estas son, alabado sea Dios, palabras claras y simples, que declaran que todo lo que se hace en honor o en deshonra al Hijo con seguridad también se hace en honor o en deshonra del Padre. Nosotros cristianos no podemos albergar o tolerar ni la menor duda de esto. El que niegue, difame o maldiga a Jesús de Nazaret, Hijo de la Virgen María, también niega, difama y maldice al Padre, quien creó el cielo y la tierra. Pero eso es lo que hacen los judíos, etc.

Diréis que los judíos no creen ni saben esto porque no aceptan el Nuevo Testamento, a lo que respondo que los judíos pueden saber o creer esto u aquello; nosotros cristianos, no obstante, sabemos que ellos públicamente blasfeman y maldicen al Padre cuando blasfeman y maldicen a Jesús. Decidme, ¿qué le contestaremos a Dios si nos toma para considerar ahora o en el día del juicio, y nos dice: “Escuchad, vosotros cristianos. Estáis perfectamente al tanto de que los judíos abiertamente blasfemaron y maldijeron a mi Hijo y a Mí, vosotros les habéis dado la oportunidad para hacerlo, los protegisteis para que pudieran dedicarse a esto sin obstáculo ni castigo en vuestro país, ciudad, hogar”?. Decidme: ¿Qué le contestaremos?

Por supuesto, le concedemos a cualquiera el derecho a no creer omissive et privatim (“por negligencia y en privado”); esto lo libramos a la conciencia de cada uno. Pero ostentar esta falta de fe con tanta libertad en iglesias y ante nuestros propias narices, ojos y oídos, hacer alarde de ella, cantarla, enseñarla, injuriar y maldecir la verdadera fe, y de este modo atraer a otros y obstaculizar a nuestra gente, esa es una historia muy, muy diferente. Y en este sentido nada cambia el hecho de que los judíos no crean en el Nuevo Testamento, que no lo conozcan, y que no le presten atención. Nosotros sí lo conocemos y no podemos

permitir que los judíos lo injurien y maldigan al alcance frente a nosotros. Ser testigos de esto y callarlo es hacerlo nosotros mismos. Así los malditos judíos nos cargan con sus diabólicos, blasfemos y horribles pecados en nuestro propio país.

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 12]

Con decir “A nosotros judíos no nos importa el Nuevo Testamento, ni la fe de los cristianos” no basta. Que estos sentimientos los expresen en su país o en secreto. En nuestro país y al alcance de nuestros oídos deben suprimir estas palabras, o tendremos que recurrir a otras medidas. Estos ladinos incorregibles saben muy bien que el Nuevo Testamento trata de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, y sin embargo ellos afirman desconocer su contenido. Amigos míos, no se trata de lo que sabéis o deseáis saber, sino de lo que debéis saber, lo que estáis obligado a saber. Pues, para que sepáis, no sólo los judíos, sino también todo el mundo, está obligado a saber que el Nuevo Testamento es el libro que escribió Dios Padre acerca de su Hijo Jesucristo. Quien no acepte eso y no honre el libro se rehúsa a aceptar y honrar al Dios Padre. Así fue escrito, “El que me desecha a mí, desecha a mi Padre”. Y si los judíos desconocen esto, entonces, como dije antes, nosotros Cristianos no.

De modo que si nosotros no queremos ser condenados por sus pecados, no podemos tolerar que los judíos blasfemen e injurien públicamente al Dios Padre delante de nuestros propios oídos blasfemando e injuriando a Jesús Nuestro Señor, pues Él dice, “El que me aborrece a mí, aborrece también a mi padre”. Del mismo modo, tampoco podemos tolerar que abiertamente y al alcance de nuestros oídos digan que el Nuevo Testamento los tiene sin cuidado y que lo consideran una sarta de mentiras. Esto es lo mismo que decir que Dios Padre no les importa en lo absoluto y lo consideran un mentiroso, pues este es el libro de Dios Padre, son sus palabras sobre Su Hijo Jesucristo. Alegar que ignoran o no aceptan este libro no avala el argumento que pretenden sostener, de hecho lo perjudica. Porque le incumbe a todos conocer el libro de Dios. Él no lo reveló para que fuera ignorado o rechazado; quiere que sea conocido, y a nadie exime de ello.

Es como si un rey nombrara en su lugar a su único hijo y le ordenara al país que lo considerara su soberano (conservando también él sus derechos de soberano por razones de herencia natural), y el país en general lo aceptara sin inconvenientes, pero unos pocos se unieran en oposición alegando desconocer el tema, aún habiendo el rey confirmado su voluntad con su sello, cartas y otros testimonios. No atento a esto, este minúsculo grupo insiste en que desconoce el tema y lo niega. El rey se vería obligado a tomarlos de las orejas, arrojarlos en un calabozo y encomendárselos al Maestro Hans, para que él les enseñe a decir: “Estamos dispuestos a aceptarlo”. La alternativa sería encarcelarlos de por vida, no sea que con su obstinada actitud contagien a otros que sí quieren aprender todo esto.

Esto es lo que también ha hecho Dios. Nombró en su lugar a su Hijo Jesucristo y ordenó que se le rindiera homenaje, de acuerdo con Salmos 2:12: “Rendid pleitesía al Hijo, para que no se enoje y perezcáis en el camino”. Algunos judíos hacen caso omiso de esto. Por medio de los apóstoles y de toda clase de milagros, Dios ofreció su testimonio y asimismo citó las declaraciones de los profetas. Pero los judíos hicieron entonces lo que hacen ahora; obstinados, se negaron rotundamente a oír la palabra divina. Es entonces que el Maestro Hans *los romanos* llega para destruir Jerusalén, tomar a los villanos por las orejas, y arrojarlos al calabozo del exilio, que es donde viven aún y de donde nunca podrán salir, a menos que digan: “Estamos dispuestos a aceptarlo”.

Con seguridad, Dios no hizo esto secretamente o en algún recoveco o rincón, de modo que los judíos pudieran tener una excusa para ignorar el Nuevo Testamento sin pecado. Como lo hicimos constar más arriba, les dio un signo confiable a través del patriarca Jacob, es decir, que confiaran en que el Mesías llegaría cuando el cetro fuera quitado de Judá. O, cuando las setenta semanas de Daniel hubieran expirado; o al poco tiempo de construido el templo de Hageo pero antes de su destrucción. También les informó por medio de Isaías que cuando oyeran una voz en el desierto (como sucedió cuando fue quitado el cetro), es decir cuando oyeron la voz de un profeta y predicador clamando: “Preparad el camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios”; en ese momento debieron estar seguros de que el Mesías había venido [Isa. 40:3 ff.].

Al poco tiempo el propio Mesías apareció en la escena, enseñó, bautizó y realizó un sinnúmero de maravillosos milagros. Esto no lo hizo secretamente, lo hizo en todo el país, lo que provocó que muchos exclamaran: “Éste es el Cristo” [Juan 7:41]. También [Juan 7:31]: “El Cristo, cuando venga, ¿Acaso hará más señales que las que éste hace?”. Y ellos mismos dijeron: “¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchas señales. Se le dejamos así, todos creerán en él” [Juan 11:47].

Cuando estaba en la cruz, dijeron: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” [Mat. 27:42]. ¿Puede Dios conceder que estos santos circuncisos desconocen todo esto siendo que las cuatro declaraciones citadas más arriba (las hechas por Jacob, Hageo, Daniel y David respectivamente) los condenan, y todas muestran que el Mesías debió haber venido en ese momento? Varios de sus rabinos también declararon que Él mendigaba en Roma, etc.

Además, se encargó de que estuviesen advertidos de no ofenderse por su persona, pues en Zacarías 9:9 anunció que vendría a Jerusalén “cabalgando sobre un asno”, desgraciado y humilde, pero como un propicio Rey que enseñaría paz, que destruiría los carros, los caballos y los arcos (es decir, que no gobernaría de un modo mundano, como despotrican los furiosos kokhbaitas, esos judíos sedientos de sangre), y que el señorío de este humilde pero pacífico, propicio Rey se extendería hasta los confines de la tierra. Es, en efecto, una declaración muy clara que pone de manifiesto que el Mesías ha de reinar en todo el mundo sin espada, con pura paz, como un Rey que trae la salvación. Me sorprende enormemente que el diablo pueda ser tan poderoso como para engañar a una persona; pero más me sorprende cuando a toda una nación, que se jacta de ser la gente de Dios, le haga creer algo que discrepa tanto de este texto claro.

Fielmente les advirtió, además, que no se ofendieran al ver que un hacedor de milagros tan maravilloso y humilde Rey que había cabalgado sobre un asno permitiera que lo mataran y crucifiquen. Pues Él ya había ordenado que se advirtiera acerca de que (Daniel 9:26 e Isaías 53:2 y 52:14) Su Siervo, que asombraría a los reyes, sería presa de tormentos y aflicciones; pero todo esto sucedería porque Dios depositó en Él los pecados de todos nosotros, y lo hirió por nuestras transgresiones, pero Él mismo se convertiría en una ofrenda por los pecados, intercedería por los transgresores, y por su conocimiento a muchos redimiría. Así lo manifiesta claramente el texto.

Pero bajo el sol nada más deshonroso que el abuso que han hecho de este pasaje los blasfemos judíos ha sido visto u oído. Se lo adjudican a ellos mismos en el exilio. En este momento no tenemos tiempo de tratar este asunto. Pudieron haber sido ellos quienes padecieron tormentos a causa de nuestro pecado, quienes soportaron nuestras transgresiones, quienes nos redimieron, e intercedieron por nosotros, etc.? No existió pueblo más vil que éste, nunca; habiendo mentido, blasfemado, maldecido, calumniado, habiéndose arrojado a la idolatría, el robo, la usura y todo tipo de vicios, nos acusan a nosotros cristianos y a toda la humanidad ante Dios y el mundo más que cualquier otro pueblo. De ninguna manera rezan por nosotros pecadores, como dice el texto; nos maldicen con vehemencia, como lo comprobamos con Lyra y Burgensis.

La enorme pereza y malicia lleva a que estos blasfemos sinvergüenzas se burlen de las Escrituras, de Dios y de todo el mundo con sus insolentes mascaradas, lo cual hacen de acuerdo con su mérito y verdadero valor.

Luego de la crucifixión del Rey, en primer lugar Dios presentó los signos apropiados de que este Jesús era el Mesías. Pescadores humildes, tímidos, incultos, humillados, que ni siquiera tenían un dominio perfecto de su propia lengua, dieron el primer paso y predicaron en las lenguas de todo el mundo. El mundo entero, cielo y tierra, aún se colma de maravilla ante esto. Interpretaron los escritos de los profetas con poder y un correcto entendimiento; además las señales y milagros que realizaron produjeron que su mensaje fuera aceptado en todo el mundo, tanto por judíos como por gentiles. Infinidad de gente, jóvenes y adultos, lo aceptaron con tal sinceridad que voluntariamente sufrieron horrendos martirios debido a esto. Este mensaje ha perdurado estos mil quinientos años al día de hoy, y perdurará hasta el fin de los tiempos.

Si dichas señales no conmovieron a los judíos de aquel entonces, ¿Qué puede esperarse de estos degenerados judíos que con desdén se rehúsan a saber de esta historia? En efecto, Dios, quien reveló tan gloriosamente todas estas cosas a todo el mundo, se ocupará de que nos oigan predicar y de que nos vean conservar este mensaje, el cual no inventamos, sino que oímos en Jerusalén mil cuatrocientos años atrás. Ningún enemigo, ningún hereje y especialmente ningún judío ha sido capaz de acallarlo, aún intentándolo por todos los medios. Sería imposible que este mensaje hubiera perdurado si no fuera porque es el mensaje de Dios.

Los propios judíos en su exilio de mil cuatrocientos años deben confesar que este mensaje ha sido predicado en todo el mundo al alcance de sus propios oídos, que fue asediado por innumerables herejías, y aún así perduró. Por tanto, Dios no puede ser acusado de haber hecho todo esto en secreto u oculto, ni de nunca haberlo puesto ante la atención de los judíos o de otra gente. Pues todos ellos lo han perseguido con insistencia y vigor durante estos mil quinientos años. Y aún así los blasfemos judíos se oponen a esto con tanta insolencia y tanta altivez, como si todo hubiera sido inventado ahora por un borracho que no merece ningún crédito. Si sienten con la libertad de injuriar y maldecir todo esto con impunidad, y como si fuera poco nosotros cristianos debemos ofrecerles un espacio, un hogar; debemos protegerlos y defenderlos para que puedan sin reparos y libremente injuriar y condenar la palabra de Dios. Y a modo de recompensa permitimos que nos quiten nuestro dinero y nuestros bienes por medio de la usura.

No, tu vil padre de estos blasfemos judíos, tú infernal demonio, estos son los hechos: Dios le ha predicado lo suficiente a tus hijos, los judío, públicamente y con señas milagrosas por todo el mundo. Lo ha hecho durante casi mil quinientos años al día de hoy, y sigue haciéndolo. Su obligación era, y aún es, obedecerle, pero se volvieron insensibles y siempre se resistieron, blasfemaron y maldijeron. De modo que nosotros cristianos, por nuestra parte, estamos obligados a no tolerar su licenciosa y consciente blasfemia. Como hemos oído más arriba: “El que me aborrece a mí, aborrece también a mi padre” [Juan 15:23]. Dado que si permitimos que hagan esto allí donde nosotros somos soberanos y los protegemos para permitirles que lo hagan, entonces estamos eternamente maldecidos junto a ellos por sus pecados y blasfemias, aún siendo en lo personal tan inocentes como los profetas, los apóstoles y los ángeles. Quia faciens et consentiens pari poena [“Hacer y consentir merecen el mismo castigo”]. El que hace, el que aconseja, el que acompaña, el que consiente, el que oculta… uno es tan pío como el otro. No nos ayuda (y a los judíos todavía menos) que los judíos se rehusen a reconocer la palabra divina. Como ya ha sido dicho, nosotros cristianos lo sabemos, y los judíos deberían también saberlo dado que en estos mil quinientos años lo han escuchado con nosotros, han contemplado toda clase de milagros, y han visto cómo esta doctrina ha sobrevivido puramente por la fuerza divina, en contra de todos los demonios y el mundo entero.

De esto se puede estar seguro, surge del testimonio tan duradero e imponente: “El que no honra al Hijo, no honra a padre que le envió”, y el que no tiene al hijo no puede tener al padre. Los judíos blasfemaron y maldijeron siempre a Dios Padre, Creador de todos nosotros, simplemente porque blasfemaron y maldijeron a su Hijo, Jesús de Nazaret, el hijo de María, a quien Dios proclamó como su Hijo durante mil quinientos años en todo el mundo por medio de las prédicas y las señales milagrosa en contra de las fuerzas y las artimañas de todos los demonios y los hombres; y lo proclamará como tal hasta el fin del mundo. Lo apodan “Hebel Vorik”, es decir, no simplemente un mentiroso e impostor, sino la mentira y el engaño mismos, incluso más vil que el diablo. Nosotros cristianos no debemos tolerar que lleven a la práctica esto en sus sinagogas públicas, en sus libros y en su actitud, abiertamente delante de nuestras narices, al Alcance de nuestros oídos, en nuestro pías, casa y regímenes. Si lo hacemos, junto con los judíos y a causa de ellos perderemos al Dios Padre ya su querido Hijo, que nos compró a un precio tan alto con su santa sangre, y nosotros estaremos eternamente perdidos, ¡que Dios no lo permita!

En consecuencia, no puede ni debe considerarse un asunto menor sino como de suma importancia buscar consejo en contra de esto y salvar

nuestras almas de los judíos, es decir, salvarlas del demonio y la muerte eterna. Mi consejo, como ya dije más arriba, es:

En primer lugar, que sean quemadas sus sinagogas y que todo el que pueda arroje azufre y brea; también estaría bien si alguien pudiera arrojar fuego del infierno. Eso le demostraría a Dios nuestra seria determinación y serviría de evidencia para todo el mundo de que fue por ignorancia que toleramos estas casas, en las cuales los judíos han injuriado del modo más vergonzoso a Dios, nuestro querido Creador y Padre, y a su Hijo hasta el día de hoy, pero que ahora les hemos dado su merecida recompensa.

En segundo lugar, que sus libros *sus libros de plegarias, sus escritos talmúdicos, así como la Biblia entera* les sean quitados, que no se les deje ni una hoja, y que sean preservados para aquellos que sean convertidos. Pues ellos usan todos estos libros para blasfemar al Hijo de Dios, es decir, al Dios Padre, Creador del cielo y la tierra, como dijimos anteriormente; y nunca los usarán de otra manera.

En tercer lugar, que se les prohíba bajo pena de muerte alabar a Dios, darle las gracias, rezar y enseñar públicamente entre nosotros y en nuestro país. Pueden hacerlo en su propio país o donde puedan sin que nosotros nos veamos obligados a oírlos o saber que lo están haciendo. Esta prohibición se debe a que sus alabanzas, agradecimientos, plegarias y doctrina son pura blasfemia, maldiciones e idolatría porque su corazón y su boca llaman al Dios Padre “Hebel Vorik”, dado que así llaman a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Pues aunque nombren y honren al Hijo, de ese modo nombran y honran también al Padre. No los ayuda tener palabras altisonantes y preámbulos acerca del nombre de Dios. Pues en Éxodo 20:7 leemos: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”. Tampoco a sus ancestros les sirvió en el tiempo de los reyes de Israel que llevaran el nombre de Dios, y aún así lo llamaran Baal.

En cuarto lugar, que se le prohíba pronunciar el nombre de Dios al alcance de nuestros oídos. Pues no podemos escucharlo o tolerarlo si procuramos mantener nuestra conciencia limpia, porque su boca y corazón blasfemos y malditos llaman al Hijo de Dios “Hebel Vorik”, y por tanto también llaman asía a su Padre. No puede interpretarlo de otro modo, ni lo hará; así como tampoco nosotros cristianos podemos interpretarlo de otro modo porque creemos que sea como fuere que el Hijo es nombrado y honrado, así también ha de ser nombrado y honrado el Padre. Por tanto, no debemos considerar que la boca de los judíos es digna de pronunciar el nombre de Dios al alcance de nuestros oídos. Quien oiga este nombre pronunciado por la boca de un judío debe informar a las autoridades, o bien, cuando lo vea, arrojarle materia fecal

de cerda y echarlo. ¡Y que nadie sea piadoso y amable en lo que a esto respecta, pues está en juego el honor de Dios y la salvación de todos nosotros, incluyendo la salvación de los judíos!

Y si alguno de ellos, o alguien en su nombre, sugiriera que es su intención hacer ningún mal, o que no se dan cuenta de que sus blasfemias y maldiciones son blasfemias y maldiciones en contra del Dios Padre *alegando que aunque blasfemen a Jesús y a todos nosotros cristianos, no obstante alaban y honran a Dios* contestamos como ya lo hicimos antes: que si los judíos o quieren admitir esto o no intentan mostrar una mejor cara, nosotros cristianos, al menos, sí estamos obligados a admitirlo. La ignorancia de los judíos no ha de ser disculpada, pues Dios ha hecho que esto fuera proclamado por casi mil quinientos años. tienen la obligación de saberlo; Dios les exige este conocimiento. Pues quien haya escuchado la palabra de Dios en estos mil quinientos años y aún así insistiera en que no quiere reconocer lo que ha sido dicho, alegar ignorancia resultaría una excusa muy pobre. Por esto incurre realmente en una culpa que se multiplica por siete.

Con seguridad, en aquel momento ellos no sabían que ésta era la palabra de Dios; pero en estos mil quinientos años ya han sido informado. Han sido testigos de maravillosas señales. Sin embargo reaccionaron con furia frente a esto, lo cual los condenó a vivir en el exilio mil quinientos años. Muy bien, que lo oigan y lo crean ahora; todo será simple. Si se rehúsan es porque nunca lo aceptarán, están empeñados en maldecirlo por siempre, como sus antepasados lo han hecho en estos mil quinientos años. De modo que nosotros cristianos, que aceptamos la palabra divina, no podemos tolerar esta ignorancia y blasfemias eternas entre nosotros, ni tampoco podemos asumir la responsabilidad que ello conlleva. Que yerren de regreso a su país, que sean ignorantes y blasfemos allí hasta donde se les permita, y que no nos sigan cargando a nosotros con sus perversos pecados.

Pero, ¿qué sucederá si finalmente incendiamos las sinagogas de los judíos y les prohibimos que alaben públicamente a Dios, que recen, enseñen, y pronuncien el nombre de Dios? seguirán haciéndolo en secreto. Si sabemos que lo están haciendo en secreto, es lo mismo que si estuvieran haciéndolo públicamente. Pues conocer sus actos secretos y tolerarlos implica que después de todo no son secretos, y entonces por esto nuestra conciencia no estará limpia ante Dios. De modo que debemos tener cuidado. En mi opinión el problema debe ser resuelto así: si deseamos lavarnos las manos de la blasfemia judía y no vernos involucrados en su culpa, debemos alejarnos de ellos. deben ser expulsados de nuestro país. Que piensen en su tierra natal; entonces dejarán de llorarle y mentirle a Dios en contra de nosotros alegando que los tenemos cautivos, ni nosotros necesitaremos quejarnos de la carga

por su blasfemia y su usura. Esto es lo mejor que se puede hacer y lo más natural, lo cual protegerá los intereses de ambas partes.

Pero dado que se resisten a dejar el país, negarán todo descaradamente y hasta le ofrecerán al gobierno el suficiente dinero para que se les permita permanecer aquí. Pobre de quienes aceptan ese dinero, y maldito sea ese dinero, que nos fue terriblemente robado a través de la usura. Lo niegan con tanto descaro como con el que mienten. Y allí donde pueden secretamente maldecirnos, envenenarnos o dañarnos lo hacen sin ningún el menor reparo. Si se los encuentra perpetuando el acto o se los acusa de algo, son lo suficientemente atrevidos como para negarlo impúdicamente, aún al punto de morir, debido a que no nos consideran dignos de conocer la verdad. De hecho, estos santos hijos de Dios consideran que todo daño que pueden desearnos o infligirnos es una enorme servicio a Dios. En efecto, si tuvieran el poder de hacernos lo que nosotros podemos hacerles a ellos, ninguno de nosotros viviría más de una hora. Pero dado que no poseen el poder de hacerlo públicamente, en sus corazones continúan siendo nuestros asesinos cotidianos y enemigos sedientos de sangre. Sus plegarias y maldiciones son evidencia de esto, así como también la significativa cantidad de historias que relatan la tortura de niños y todo tipo de crímenes por los cuales fueron quemados en la hoguera o desterrados.

Por tanto, creo firmemente que practican cosas muchos peores secretamente de las que se encuentran registradas sobre ellos en las historias y otros relatos, confiando entre tanto en sus desmentidos y su dinero. Pero aún si pudieran desmentir todo lo demás, no podrían desmentir que a nosotros cristianos nos maldicen abiertamente; no por llevar una vida impía, sino porque consideramos que Jesús es el Mesías, y porque ellos se ven a ellos mismos como nuestros cautivos, aunque saben muy bien que esto último es una mentira, y que en realidad son ellos los que por medio de la usura nos tienen cautivos a nosotros en nuestro propio país, y que cualquiera se alegraría de deshacerse de ellos. Al maldecirnos están maldiciendo a Nuestro Señor; y si maldicen a Nuestro Señor, también maldicen a Dios Padre, el Creador del cielo y la tierra. Por tanto, mentir no les es inútil. Maldecir los condena, de modo que estamos obligados a creer todos los actos malvados que se registran realizados por ellos. Sin lugar a dudas, hacen muchas más cosas y más impías de las que sabemos y descubrimos. Pues Cristo no miente ni nos está engañando cuando declara que son víboras e hijos del demonio, es decir, asesinos y enemigos de Él y todos sus seguidores, siempre que les resulta posible.

Si yo tuviera poder sobre los judíos, como tienen nuestros príncipes y ciudades, por partes me ocuparía de su falaz boca. Tienen una mentira con la que perpetuaron mucho daño entre sus hijos y su gente, y con el

cual calumniaron nuestra fe vergonzosamente: es decir, nos acusan y nos difaman entre su gente, manifestando que nosotros cristianos adoramos a más de un Dios. De esto se jactan y se enorgullecen sin límites. Engañan a su gente afirmando que son los únicos que adoran a un Dios, omitiendo incluirnos a nosotros los gentiles. ¡Oh, engreídos son con respecto a esto!

Aunque están al tanto de que esto es una injusticia y de que están mintiendo como maliciosos y perversos sinvergüenzas, aunque por mil quinientos años han oído que todos nosotros cristianos lo negamos, continúan tapando sus oído como víboras y se rehúsan deliberadamente a oírnos, y en cambio insisten en que sus mentiras venenosas acerca de nosotros deben ser aceptadas por su gente como si fueran la verdad. Esto lo hacen aún cuando leen en nuestros escritos que coincidimos con las palabras de Moisés en Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: Jehová es nuestro Dios, Jehová uno es”, y que nosotros confesamos, públicamente y en privado, con nuestros corazones, bocas y escritos, nuestra vida y nuestra muerte, que no hay más que un sólo Dios, de quien habla Moisés aquí y a quien los judíos invocan. Digo, aun sabiéndolo y habiéndolo oído y leído por casi mil quinientos años, de nada les sirve; tienen que sostener sus mentiras, y nosotros cristianos debemos tolerar que nos injurien diciendo que adoramos a muchos dioses.

Por tanto, si tuviera poder sobre ellos, reuniría en asamblea a sus sabios y a sus líderes y les ordenaría, so pena de perder sus lenguas desde la raíz, a convencernos en ocho días de la verdad de sus aseveraciones y probar esta blasfema mentira en contra de nosotros: que alabamos a más de un verdadero Dios. Si lo lograran, ese mismísimo día nos convertiríamos al judaísmo y seríamos circundados. Si no lo lograran, deberían atenerse a recibir el castigo que merecen por sus vergonzosas, perversas, funestas y venenosas mentiras. Dado que, gracias a Dios, después de todo no somos tan gansos, ineptos y duros como estos inteligentísimos rabinos, estos tontos inconscientes, piensan; que sabemos que no se puede creer sinceramente en un Dios y muchos dioses simultáneamente.

De ningún modo será capaz ni un judío ni el propio diablo de probar que nuestra fe en que la única, eterna Divinidad se compone de tres personas implica que nosotros creemos en más de un Dios. Si los judíos sostienen que no pueden entender cómo tres personas pueden ser un solo Dios, ¿por qué entonces su blasfema, maldita, falaz boca niega, condena y maldice lo que no puede entender? Una boca así debe ser castigada por dos razones; en primer lugar, porque confiesa que no lo puede entender; en segundo lugar, porque blasfema algo que de todos modos no entiende. ¿Por qué no preguntan primero? Es más, ¿por qué en mil quinientos años que lo han oído se han negado a aprenderlo o

entenderlo? Consiguientemente, una falta de entendimiento tal no los ayuda ni los disculpa, tampoco a nosotros cristianos si lo seguimos tolerando. Como ya fue dicho, debemos obligarlos a probar las mentiras sobre nosotros o sufrir las consecuencias. Pues quien nos calumnia e injuria diciendo que somos idólatras en lo que a esto respecta, calumnia e injuria a Cristo, es decir, a Dios, llamándolo ídolo. Pues es de Él de quien aprendimos y recibimos esto como palabra y verdad eternas, confirmadas por señales, y confesadas y enseñadas por casi mil quinientos años ya.

No ha nacido aún, ni nacerá jamás, nadie que pueda comprender cómo puede brotar el follaje de la madera o de un árbol, o cómo puede crecer hierba de una piedra o de la tierra, o cómo son concebidas las criaturas. Y sin embargo estos indecentes, ciegos, empedernidos mentirosos suponen entender y conocer lo que sucede por fuera y más allá de la criatura en la oculta, incomprensible, inescrutable y eterna esencia de Dios. Aunque sólo con dificultad y débil fe podemos entender lo que nos ha sido revelado acerca de esto en veladas palabras, ellos dan rienda suelta a su terrible blasfemia y califican a nuestra fe de idolatría, lo cual es reprochar y difamar al propio Dios por idólatra. Tenemos pleno convencimiento en nuestra fe y nuestra doctrina; y ellos también tendrían que comprenderlo, habiendo oído por mil quinientos años que es por Dios y desde Dios a través de Jesucristo.

Si esta gente tan vulgar se hubiera expresado más amablemente y hubieran dicho: "Los cristianos adoran un Dios, no varios, y nosotros estamos cometiendo una injusticia al alegar que adoran a más de un Dios; aunque sí creen que la Divinidad se compone de tres personas. Nosotros no lo entendemos pero estamos dispuestos a permitir que los cristianos sean fieles a sus convicciones", etc. Esto hubiera resultado sensato. Pero vuelven, impulsados por el demonio, a caer en esto como las sucias cerdas caen en el comedero, difamando e injuriando lo que se niegan a aceptar. Sin más preámbulos, declaran: Nosotros judíos no lo entendemos ni queremos entenderlo; por tanto está mal y es idólatra.

Esta es la gente que para quienes Dios nunca ha sido Dios sino un mentiroso en la persona de todos los profetas y apóstoles, sin importar cuánto ha predicado Dios a esta gente. Esto resulta en que no pueden ser la gente de Dios, sin importar cuánto enseñen, griten y recen. No oyen a Dios; de modo que Él, a su vez, no los oye a ellos, como se lee en Salmos 18:26: "Puro te mostrarás para con el puro, Y con el ladino, sagaz". La ira de Dios los ha superado. Me resisto a pensar en esto, y no ha sido una tarea agradable para mí escribir este libro al verme obligado a recurrir una vez a la furia, otra a la sátira a fin de apartar mis ojos del terrible espectáculo que ofrecen. Me ha dolido mencionar su horrible blasfemia con respecto a nuestro Señor y a su querida madre, lo cual a

nosotros cristianos nos apena oír. Perfectamente entiendo lo que San Pablo quiere decir en Romanos 10 [9:2] cuando dice que se entristece al pensar en ellos. Pienso que todo cristiano experimenta lo mismo cuando reflexiona seriamente, no sobre los infortunios temporales ni el exilio del que los judíos se lamentan, sino sobre el hecho de que están condenados a blasfemar, maldecir e injuriar a Dios y todo lo que pertenece a Dios porque recae sobre ellos una maldición eterna, y que ellos se rehúsan a oírlo y a aceptarlo pero consideran todos sus actos como muestras de fervor hacia Dios. ¡Oh, Dios, Padre Celestial, cede y haz que tu ira contra ellos sea suficiente y llegue a su fin, por tu querido Hijo! Amén.

Deseo y pido que nuestros gobernantes, que tienen súbditos judíos, muestren una aguda piedad hacia esta maldita gente, como fue sugerido más arriba, para ver si esto les es de ayuda (lo cual es poco probable). Deben actuar como un buen médico que cuando se encuentra frente a un cuadro de gangrena sin piedad procede a amputar, serrar o quemar carne, venas, hueso y médula. Este tipo de procedimiento debe seguirse del siguiente modo. Incendiad sus sinagogas, prohibid todo lo que enumeré anteriormente, obligadlos a trabajar, y tratadlos con rigor, como lo hizo Moisés en el desierto masacrando tres mil no fuera que pereciera el pueblo entero. Seguramente no saben lo que están haciendo; además, como gente poseída, no desean saberlo, oírlo o aprenderlo. Por tanto, no estaría bien ser piadosos y confirmarlos en su conducta. Si esto es en vano, tendremos que expulsarlos como perros rabiosos a fin de no convertirnos en cómplices de su abominable blasfemia y todos sus otros vicios y por ello merecer la ira de Dios terminar malditos junto a ellos. He cumplido con mi cometido. Ahora que cada cual haga su parte. Yo estoy exonerado.

Por último desearía decir esto para mí mismo: Si Dios no fuera a darme ningún otro Mesías que aquél que los judíos desean y esperan, preferiría ser una cerda a ser un ser humano. Citaré una buena razón para esto. Lo único que le piden los judíos a su Mesías es que sea un kohkba y un rey mundano que nos masacre a nosotros cristianos y reparta el mundo entre los judíos y haga de ellos señores y finalmente muera como otros reyes y mueran sus hijos después de él. Pues esto declara un rabino: No debes suponer que será diferente en tiempos del Mesías de lo que ha sido desde la creación del mundo, etc.; es decir, habrá días y noches, años y meses, verano e invierno, tiempo de siembra y de cosecha, vida y muerte, comer y beber, dormir, crecer, digerir, eliminar; todo seguirá su curso, sólo que los judíos serán los amos y poseerán todo el oro, los bienes, los placeres y las delicias del mundo, mientras que nosotros cristianos seremos sus servidores. Esto coincide enteramente con los pensamientos y las enseñanzas de Maoma. Él asesina cristianos como les gustaría hacer a los judíos, ocupa la tierra, toma nuestros bienes,

nuestras alegrías y placeres. Si él fuera un judío y no un ismaelita, los judíos lo hubieran aceptado como Mesías hace mucho tiempo atrás, o lo hubieran convertido en el kokhba.

Aún teniendo todo eso, o pudiendo convertirme en el líder de Turquía o en el Mesías que los judíos esperan, igualmente preferiría ser una cerda. ¿Pues en que me beneficiaría todo esto si no tendría la seguridad de mantenerlo por más de una hora? La muerte, esa terrible carga y plaga de toda la humanidad, no habría dejado de amenazarme. No me habría librado de ella; tendría que temerle a cada hora. Aún me haría temblar el infierno y la ira de Dios. Y no le conocería ningún final a todo aquello, tendría que esperarlo para siempre. El tirano Dionisio ilustró esto muy bien; él contó de una persona que alababa su buena fortuna en la cabecera de una mesa repleta de comida. Por encima de su cabeza colgó una espada desenfundada que colgaba de un hilo de seda, y debajo de él encendió un fuego ardiente diciendo: Comed y divertiros, etc. Tal es la clase de placeres que un Mesías como este concedería. Y yo sé que quien haya saboreado el terror a la muerte o la carga de la muerte preferiría ser una cerda a soportarlo por siempre.

Pues una cerda se tumba en su lecho de plumas, en la calle o en un estercolero; descansa protegida, ronca suavemente, duerme plácidamente, no le teme ni al rey ni al señor, no le teme a la muerte ni a l infierno, no le teme al demonio ni a la ira de Dios, y vive sin preocupación alguna en tanto tenga su salvado. Y si el emperador de Turquía fuera a acercarse con todo su poder y toda su ira, ella en su orgullo no movería ni un pelo por él. Si alguien la despertara, ella, supongo, lanzaría un gruñido y luego diría: Eh, tonto, ¿por qué me despiertas? No tenéis ni la décima parte de mis riquezas. Ni vives protegido, en paz y tranquilidad como vivo yo todo el tiempo, ni viviríais así aún si fueras diez veces más importante o rico que yo. En suma, no se le ocurre ningún pensamiento de muerte, pues su vida es segura y serena.

Y si el carnicero lleva a cabo su tarea con ella, ella probablemente imagine que una piedra o un trozo de madera la está pinchando. Nunca piensa en la muerte, y al cabo de un momento ya está muerta. ¡No siente más que vida, vida eterna! Ningún rey, ni siquiera el Mesías de los judíos, será capaz de emularla, tampoco una persona, sin importar cuán importante, rica, sagrada o poderosa sea ésta. Ella nunca comió de la manzana que en el Paraíso nos enseñó a nosotros, infelices hombres, la diferencia entre el bien y el mal.

¿Qué tendría de bueno el Mesías de los judíos si sería incapaz de ayudar a un pobre hombre como yo dada su inconmensurable y horrible carencia y dolor, ni sería capaz de hacer que mi vida fuera aunque sea la

décima parte de lo agradable que es la vida de una cerda? Yo diría: Dios, quédate con tu Mesías, o dáselo a quien lo quiera. En cuanto a mí, conviérteme en una cerda. Pues es mejor ser una cerda viva a ser un hombre que está eternamente muriendo. Sí, como dice Cristo: "¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido! [Mateo 26:24].

Sin embargo, si tuviera un Mesías que pudiera sanar este dolor, de modo que no tendría porqué temerle a la muerte sino que estaría siempre, eternamente seguro de la vida, y sería capaz de hacerle una jugarreta a al diablo y a la muerte y ya no tendría porqué temblar ante la ira de Dios, entonces mi corazón saltaría de alegría y estaría intoxicado de pura exultación; entonces un fuego de amor por Dios se habría encendido y mi devoción y agradecimientos no cesarían jamás. Y aún si no me diera oro, plata y otras riquezas, el mundo entero sería igualmente un verdadero paraíso para mí, incluso si viviera en un calabozo.

Esta es la clase de Mesías que nosotros cristianos tenemos, y le agradecemos a Dios, Padre de toda piedad, con el pleno, desbordante contento de nuestros corazones, dispuestos con alegría a olvidar todo el dolor y el daño que produjo el diablo para nosotros en el Paraíso. Pues nuestra pérdida ha sido enormemente compensado, y se no ha devuelto todo a través de este Mesías. Colmados de este contento, los apóstoles cantaron y se regocijaron en calabozos, rodeados de todo tipo de infortunios, incluso entre jóvenes muchachas, como Agatha, Lucia, etc. Los funestos judíos, en cambio, quienes rechazaron a este Mesías, han languidecido y perecido desde ese momento en la agonía del corazón, la turbación, el temor, la ira, la impaciencia, las injurias, la blasfemia y la maldición, como leemos en Isaías 65:14: "He aquí que mis siervos cantarán por júbilo del corazón, y vosotros clamaréis por la pesadumbre del corazón, y aullaréis por el quebrantamiento de espíritu. Y dejaréis vuestro nombre por maldición a mis escogidos: ¡el Señor Jehová te matará! Pero a sus siervos los llamará por otro nombre". Y en el mismo capítulo leemos: "Me he dejado encontrar por los que no preguntaban por mí; fui hallado por los que no me buscaban. Dije a gente que no se llamaba por mi nombre (es decir, a gente que no era mi gente): Heme aquí, heme aquí. Extendí mis manos todo el día a un pueblo rebelde".

Nosotros en efecto tenemos este Mesías, que nos dice (Juan 11:25): "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá". Y Juan8:51: "De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca jamás verá la muerte". A los judíos y a los turcos no les gusta nada este tipo de Mesías. ¿Y por qué debiera gustarles? Ellos quieren un Mesías del paraíso de los tontos, que satisfaga su barriga hedionda, y que muera junto con ellos como una vaca o perra.

Tampoco lo necesitan de cara a la muerte, pues ellos mismos son lo suficientemente sagrados con su penitencia y su piedad como para pararse frente a Dios y alcanzarlo todo. Sólo los cristianos son tan tontos y cobardes que se sienten tan intimidados por Dios, que se toman muy a pecho su pecado y su ira, tanto que no se aventuran a aparecer ante los ojos de Su Majestad divina sin un mediador o Mesías para representarlos y sacrificarse por ellos. Los judíos, en cambio, son héroes y caballeros sagrados y valientes que se atreven en persona a acercarse a Dios, sin un mediador o Mesías, y piden y reciben todo lo que desean. Seguramente, los ángeles y el propio Dios deben alegrarse cada vez que un judío se digna a rezar; entonces los ángeles deben tomar esta plegaria y ponerla como una corona en la cabeza divina de Dios. Hemos sido testigos de esto por mil quinientos años. ¡Tanto estima Dios a los nobles y circuncisos santos que pueden llamar a su hijo “Hebel Vorik”!

Sobre los Judíos y sus mentiras

Por Martin Lutero [1543 - Capítulo 13]

Además, nosotros estúpidos y cobardes cristianos no sólo consideramos a nuestro Mesías indispensable para librarnos de la muerte a través suyo siendo pecadores, sino que nosotros condenados también padecemos una ceguera tan extraordinaria y terrible que creemos que Él no necesita espada ni poder mundano alguno para llevar esto a cabo. Porque no podemos comprender cómo la ira, el pecado, la muerte y el infierno de Dios puedan desvanecerse con la espada dado que observamos que desde la creación del mundo al presente nada le ha importado a la muerte la espada; ha derrotado a todos los emperadores, reyes, y todo aquél que empuñe una espada con la misma facilidad con la que derrota en la cuna al niño más débil.

A estos efectos, los grandes seductores Isaías, Jeremías, y todos los otros profetas nos infligen un enorme daño. Ellos nos cautivan con su doctrina falsa, con la que sostienen que el reino del Mesías no soportará la espada. ¡Oh, que los santos rabinos, y los caballeros heroicos y audaces de los judíos habrían de venir aquí a rescatarnos y librarnos de estos abominables errores! Puesto que cuando Isaías 2:2 profetiza sobre el Mesías que los gentiles vendrán a la casa y a los collados del Señor

dispuestos a aprender (dado que indudablemente no esperan ser asesinados con la espada; en ese caso seguramente no se acercarían, se mantendrían alejados), dice: "(el Mesías) juzgará entre las naciones, y será árbitro de muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra".

Una hechicería similar se practica sobre nosotros pobres cristianos en Isaías 11:9: "No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová". Nosotros, pobres y ciegos cristianos no podemos concebir este "conocimiento de Jehová" como una espada, sino como el mecanismo por medio del cual uno aprende a conocer a Dios; nuestro entendimiento concuerda con Isaías 2, arriba citado, que habla también del conocimiento que los gentiles habrán de perseguir. Pues el conocimiento no se logra por medio de la espada, sino enseñando y oyendo, como suponemos nosotros, estúpidos. Asimismo, Isaías 53:11: "Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos"; es decir, al enseñarles y, a su vez, ellos oírle y creerle. ¿Qué otra cosa puede significar "su conocimiento"? En suma, de conocer al Mesías hemos de hacerlo predicando.

La prueba de esto se encuentra frente a vuestros ojos, a saber, que los apóstoles no usaron lanza o espada, sino únicamente sus lenguas. Y alrededor del mundo siguieron su ejemplo durante mil quinientos años arzobispos, sacerdotes, predicadores, y aún lo siguen. Observad si el sacerdote empuña una espada o una lanza cuando entra en la iglesia, predica, bautiza, y administra el sacramento, cuando retiene o perdona pecados, contiene a los malhechores, consuela al piadoso, y enseña, ayuda y nutre el alma de todos. ¿Acaso no hace todo esto exclusivamente con la lengua y con palabras? Asimismo los fieles tampoco traen espada ni lanza al sacerdocio, sino únicamente sus oídos.

Y considerad los milagros. El Imperio Romano y el mundo entero abundaba en ídolos a los que adherían los gentiles; el diablo era poderoso y se defendía con vigor. Todas las espadas estaban en contra de él, y sin embargo sólo la lengua purgó al mundo entero de todos estos ídolos sin siquiera una espada. También exorcizó infinidad de demonios, invocó a los muertos, sanó todo tipo de enfermedades, e hizo nevar y llover puros milagros. Por tanto arrasó con toda herejía y error, como arrasa aún hoy frente a nuestros ojos. Y además *este es el milagro más maravilloso* perdona y borra todo pecado, crea corazones felices, pacíficos y pacientes, destruye la muerte, cierra las puertas del infierno y abre las puertas del cielo, y da vida eterna. ¿Quién es capaz de enumerar todas las bendiciones realizadas por la palabra de Dios? En suma, convierte a todos aquellos que la oyen y creen en hijos de Dios y herederos del reino de los cielos. ¿No llamas a esto reino, poder, fuerza,

dominio, gloria? Sí, seguramente, es un reino reconfortante, y el verdadero “chemdath” de todos los gentiles. ¿Y debiera yo en lugar de dicho reino desear o aceptar a la par de los judíos a Kokhba, sediento de sangre? Como ya dije, en tales circunstancias preferiría ser una cerda en vez de un hombre.

Todos los escritos de los profetas concuerdan enteramente con esta interpretación: que las naciones, tanto judíos como gentiles, acudieron al Siloh antes de que el cetro hubiera sido arrancado de Judá (como Jacob dice en Génesis 49); asimismo, que las setenta semanas de Daniel son completadas; que el templo de Hageo es destruido, pero que la casa y el trono de Israel permanecen hasta el presente y permanecerán por siempre. Por otra parte, de acuerdo a las maliciosas negaciones, mentiras y maldiciones de los judíos, que Dios ha rechazado, este no es el significado [de estos pasajes], mucho menos se realizado.

Para referirnos en primer lugar al dicho de Jacob en Génesis 49, ya hemos escuchado qué vana e insensata tontería han inventado los judíos sobre esto, aún así sin llegar a ningún significado definitivo. Pero si le confesamos a Nuestro Señor Jesucristo y lo dejamos ser el “Siloh” o Mesías, todo concuerda, coincide, rima y armoniza maravillosa y deliciosamente. Pues Él apareció puntualmente en la escena en el tiempo de Herodes, una vez que el cetro hubo sido quitado de Judá. Él inició su reinado de paz sin una espada, como habían profetizado Isaías y Zacarías, y todas las naciones se reunieron en torno a Él *tanto judíos como cristianos* de forma tal que en un día en Jerusalén tres mil almas se volvieron creyentes, y muchos de los sacerdotes y príncipes del pueblo también acudieron, como Lucas asienta en Hechos 3 y 4.

Pues más de cien años después de la resurrección de Jesús, es decir, del décimo octavo año del reino del Emperador Tiberio hasta el décimo octavo año del reinado del Emperador Adrián, que infligió el segundo y último baño de sangre de los judíos, que derrotó a Kokhba y expulsó completamente a los judíos de su país, en Jerusalén siempre hubo arzobispos de la tribu de los hijos de Israel, a quienes nuestro Eusebio menciona uno a uno por su nombre (Eccl. Hist., libro 4, capítulo 5). Comienza con St. James el apóstol y enumera acerca de quince de ellos, todos los cuales predicaron el Evangelio con gran diligencia, practicaron milagros y vivieron una vida sagrada, convirtiendo a muchos miles de judíos e hijos de Israel al Mesías prometido, Jesús de Nazaret, que ya había llegado; aparte de ellos estaban los judíos que vivían en la Diáspora a quienes San Pablo, otros apóstoles y sus discípulos convirtieron junto a los gentiles. Esto fue llevado a cabo a pesar de que la otra facción, los judíos ciegos, impenitentes *los padres de los judíos de hoy* criticaron, protestaron y despotricaron sin cesar en contra de esto, y derramaron mucha sangre de miembros de su propia raza, tanto dentro

de su propio país como en el extranjero entre los gentiles, como ya se ha mencionado también sobre Kokhba.

Luego de que Adrián hubo expulsado a los judíos de su país fue no obstante necesario elegir a los arzobispos en Jerusalén entre los gentiles que se habían convertido al cristianismo, dado que no se veían ya judíos en el país y tampoco se los toleraba a causa de Kokhba y sus seguidores rebeldes, quienes no le daban descanso a los romanos. No obstante, los otros, los píos, convirtieron a varios hijos de Israel que vivían dispersos entre los gentiles, según se lee en las Epístolas de San Pablo y en las historias. Pero éstos siempre sufrieron la persecución de los kokhbaítas, tal es así que los hijos píos de Israel no tuvieron peores enemigos que su propia gente. Esto es verdad hoy en el caso de los judíos que fueron convertidos.

Ahora los gentiles alrededor del mundo también se reúnen en torno de estos hijos de Israel píos, convertidos. Esto lo hicieron muchos de ellos y con tal fervor que renunciaron no sólo a sus ídolos y a su tradición sino que también abandonaron a su esposa e hijos, amigos, bienes y honor, vida y extremidad. Sufrieron todo lo que el demonio y todos los demás gentiles, así como los judíos demenciales, pudieran concebir. Por todo esto, no buscaban un Kokhba, ni el oro, la plata, los bienes, el poderío, la tierra o la gente de los gentiles; buscaban la vida eterna, una vida distinta a la vida secular. Por voluntad propia vivieron en la pobreza y la miseria, e igualmente fueron felices. No se llenaron de rencor ni se hicieron vengativos, sino que fueron amables y piadosos. Rezaron por sus enemigos y además practicaron muchos milagros, milagros extraordinarios. Esto perdura ininterrumpidamente desde aquel tiempo hasta el presente, y perdurará hasta el fin de los días.

Es fantástico, extraordinario, maravilloso que los gentiles en el mundo entero, sin espada ni fuerza, sin beneficios seculares que les fueran concedidos por ello, alegremente y con total libertad, aceptaran a un Hombre humilde de entre los judíos como el verdadero Mesías, uno a quien la propia gente de Él había crucificado, condenado, maldecido y perseguido sin cesar. Lo aceptaron y sufrieron tanto por Él, y renunciaron a toda idolatría, sólo por poder vivir eternamente con Él. Esto sucede desde hace mil quinientos años. Nunca el culto a un dios falso duró tanto, ni el mundo entero sufrió tanto a causa de ello o de aferrarse tanto a él. Y supongo que una de las pruebas más contundentes se halla en el hecho de que ningún otro dios soportó nunca una oposición tan fuerte como el Mesías, contra quien han despotricado todos lo dioses y los pueblos y contra quien todos ellos han actuado conjuntamente, sin importar cuán disímiles eran o cuánto discrepaban en todo lo demás.

Quien no se conmueva ante este espectáculo milagroso merece permanecer ciego o convertirse en un maldito judío. Nosotros cristianos percibimos que estos sucesos concuerdan con lo dicho por Jacob en Génesis 49: “A él (Siloh o el Mesías) se congregarán los pueblos (una vez que el cetro sea quitado de las manos de Judá)”. La realización de esto se halla ante nuestros ojos: Los pueblos, es decir, no sólo los judíos sino también los gentiles están perfectamente de acuerdo en obedecer a este Siloh; se han vuelto un único pueblo, es decir, cristianos. Es imposible mencionar o pensar en alguien a quien este versículo de Jacob pueda aplicarse y hacer referencia tan adecuadamente que no sea nuestro querido Señor Jesucristo. Hubiera tenido que ser alguien que llegara inmediatamente después de la pérdida del cetro, o de otro modo el Espíritu Santo mintió a través de la boca del patriarca Jacob, y Dios olvidó su promesa. ¡Que eso lo diga el demonio, o todo aquél que desee ser un maldito judío!

Asimismo, el versículo sobre la casa y trono eternos de David no concuerda más que con Él, nuestro Mesías, Jesús de Nazaret [II Samuel 23:5]. Pues luego del gobierno de los reyes de la tribu de Judá y desde el tiempo de Herodes, es imposible pensar en ningún otro hijo de David que pueda haberse sentado en su trono o lo ocupe aún hoy: “él ha hecho conmigo un pacto perpetuo, y será guardado”. Y es lo que había de acontecer y aún debe acontecer, dado que Dios lo prometió con un juramento. Pero cuando este Hijo de David despertó de la muerte, muchos, muchos miles de hijos de Israel acudieron a Él, tanto en Jerusalén como alrededor del mundo, aceptándolo como el Rey y Mesías, como la verdadera Semilla de Abraham y de su linaje. Fueron éstas, y aún lo son, la casa, el reino, el trono de David. Pues ellos son los descendientes de los hijos de Israel y la semilla de Abraham, de quienes David fue rey.

Que ahora han muerto y yacen sepultados no tiene importancia; son no obstante su reino y su pueblo ante Él. Están muertos para nosotros y para el mundo, pero no para Él. Naturalmente, los judíos en su ceguera no pueden percibirlo; pues aquél que es ciego no ve absolutamente nada. Nosotros cristianos no obstante sabemos que Él dice en Juan 8:56 y en Mateo 22:32: “Abraham vive”. También en Juan 11:25: “El que cree en mí aunque haya muerto, vivirá”. Así la casa y el trono de David están firmemente establecidos. Un Hijo suyo los ocupa eternamente, quien nunca morirá, ni deja morir a quienes pertenecen a su reino o a quienes lo aceptan como su Rey con fe verdadera. Esto marca la verdadera realización del versículo que declara que el trono de David será eterno. Que todos los demonios, los judíos, turcos y quien quiera involucrarse en esto nombre ahora uno o más hijos de David desde el tiempo de Herodes a quien este versículo sobre la casa de David pueda

adjudicársele con tanta precisión y belleza; si lo logran, tendrán nuestros elogios.

Nosotros gentiles pertenecemos a este reino y trono de David, junto con quienes han aceptado con la misma fe a este Mesías e Hijo de David como el Rey, que continúan aceptándolo hasta el fin de los días y en la eternidad. En Génesis 49:10 Jacob declara: “A él se congregarán los pueblos”. Esto se refiere no sólo a una nación, por ejemplo los hijos de Israel, sino a todas aquellas que se las llame nación. Y luego leemos en Génesis 22:18: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”. En este versículo se encuentra el término “goy”, que en la Biblia comúnmente significa los gentiles, salvo en los casos en que los profetas también llaman así a los judíos en un marcado tono de desprecio. A modo de resumen, la bendición de Dios a través de la semilla de Abraham no ha de ser restringida a su descendencia física, sino que ha de ser diseminada entre todos los gentiles. Es por esto que el propio Dios llama a Abraham “padre de muchedumbre de gentes” [Gén. 17:5]. Hay muchos más de estos dichos en las Escrituras.

La razón por la cual las Escrituras llaman a este reino “El Trono de David” y al Rey Mesías “La Semilla de David” reside en el hecho de que este Reino de David y del Rey Mesías no nace de nosotros gentiles para los hijos de Abraham e Israel, sino que nace de los hijos de Abraham e Israel, según manifiesta el propio Señor en Juan 4:22: “La salvación viene de los judíos”. Aún siendo todos descendientes de Adán, aún compartiendo el mismo origen y la misma sangre, no obstante todas las otras naciones fueron rechazadas y sólo la semilla de Abraham fue escogida como la nación de cuyo seno surgiría el Mesías. Luego de Abraham sólo Isaac fue escogido; luego de Isaac, sólo Jacob; luego de Jacob, sólo Judá; luego de Judá, sólo David. Y los demás hermanos de cada uno respectivamente fueron descartados y no elegidos como el linaje del cual el Mesías habría de erigirse. Por tanto, la semilla completa de Abraham, especialmente aquellos que creyeron en este Mesías, fueron sumamente honrados por Dios, como lo dice San Pablo en Hechos 13:17: “Dios enalteció al pueblo”. Pues sin dudas es un gran honor y una gran distinción poder gloriarse de ser el pariente del Mesías. Cuánto más cercano es el parentesco, tanto mayor es el honor.

Sin embargo, este alarde no debe provenir de la idea de que el linaje de Abraham y sus descendientes se merece ese honor; pues eso ha de anular todo. En cambio, debe basarse en el hecho de que Dios eligió la carne y la sangre de Abraham para este propósito por pura gracia y misericordia, aunque seguramente merecía un destino totalmente diferente. Nosotros gentiles también hemos sido sumamente honrados, al poder ser partícipes del Mesías y del reino, y al poder disfrutar de la bendita promesa hecha a la semilla de Abraham. Pero si hemos de

gloriarnos de esto como si lo mereciéramos, y no reconociéramos que se lo debemos enteramente a una bendición, dándole a Dios sólo la gloria, habremos de arruinarlo y perderlo todo también. Es como fue dicho en I Corintios 4:7: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?".

Por tanto el querido Hijo de David, Jesucristo, es también nuestro Rey y Mesías, y nosotros nos gloriamos de ser su reino y su gente, tanto como el propio David y todos los hijos de Israel y Abraham. Pues sabemos que ha sido nombrado Señor, Rey y Juez de los vivos y de los muertos. "Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos"; es decir, viviremos también después de la muerte, como acabamos de oír, y como predica San Pablo en Romanos 14:8. No buscamos ningún Kokhba sediento de sangre en Él, sino al legítimo Mesías que ofrece vida y salvación. Esa es la idea de un hijo de David sentado en el trono de su padre eternamente. Los ciegos judíos y turcos no saben nada en lo absoluto acerca de todo esto. Que Dios tenga piedad de ellos como tiene y tendrá piedad de nosotros. Amén.

Ni se puede hallar Mesías a quien pueda hacer referencia lo dicho en Daniel 9 que no sea Jesús de Nazaret, aún cuando esto llame a la ira del demonio con todos sus ángeles y los judíos. Pues hemos oído ya cuán burdas son las mentiras de los judíos sobre el Rey Ciro y el Rey Agrippa. No obstante, finalmente las cosas sucedieron de acuerdo a lo dicho por el ángel Gabriel, y ahora vemos la realización de sus palabras con nuestros ojos. "Setenta semanas", dice, "están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad". No hace referencia a la ciudad por su nombre, Jerusalén, sino que simplemente dice "tu santa ciudad; tampoco dice "el pueblo de Dios", sino simplemente "tu pueblo".

Pues la santidad de este pueblo y de esta ciudad han de terminar al cabo de las setenta semanas. En su lugar, surgirá un nuevo pueblo, una nueva Jerusalén y una santidad diferente que no habrá de propiciar el pecado anualmente por medio del sacrificio, el culto y la santidad en el templo, que aún así nunca se vuelve virtuosa y perfectamente santa porque la expiación había de repetirse y buscarse nuevamente por medio del sacrificio cada año.

A diferencia de esto, el Mesías traería virtud eterna, perpetuaría delitos sin efecto, frenaría las transgresiones, expiaría pecados, llevaría a cabo las profecías y visiones, etc. Allí donde el pecado haya sido eliminado y en su lugar se halle la virtuosidad eterna, allí el sacrificio por el pecado o por la virtuosidad ya no habrá de ser necesario. ¿Qué sentido tendrá el sacrificio por el pecado si éste último ya habrá dejado de existir? ¿Qué sentido tendrá la búsqueda de la virtuosidad por medio del servicio a Dios si esta virtuosidad está al alcance de la mano? Pero si el sacrificio y

el culto ya no son necesarios, ¿de qué sirven los sacerdotes y el templo? Si los sacerdotes y el templo ya no son necesarios, ¿por qué presiden las ceremonias de este pueblo y esta ciudad? Debe surgir un nuevo pueblo y una nueva ciudad que ya no necesite de sacerdotes, templo, sacrificio y culto, o debe ser destruido junto con el templo y el culto, los sacerdotes y el sacrificio. Dado que la setenta semanas anuncian el juicio final y le ponen fin junto con la ciudad, el templo, los sacerdotes, el sacrificio y el culto.

La iglesia Cristiana, compuesta de judíos y gentiles, es este nuevo pueblo y esta nueva Jerusalén. Este pueblo sabe que el pecado ha sido eliminado gracias a Jesucristo, que toda profecía ha sido llevada a cabo y la virtuosidad eterna ha sido establecida. Pues aquél que crea en Él es eternamente virtuoso y todos sus pecados son dejados sin efecto por siempre, han sido expiados y perdonados, como subraya el Nuevo Testamento, especialmente San Pedro y San Pablo. Ya no se oye decir: Aquél que procure entregar ofrendas por culpas o pecados en Jerusalén será virtuoso o expiará sus pecados; en cambio, ahora se oye decir esto: “El que crea y sea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” [Marcos 16:16], sin importar en qué lugar del mundo se encuentre. No necesita viajar a Jerusalén; no, Jerusalén ha de ir a él.

David también proclamó esto en Salmos 40:6: “Sacrificios y ofrendas no te agradaron; Has horadado mis orejas” (es decir, las orejas del mundo, que podrán oír y creer y así serán salvas si sacrificio, templo ni sacerdotes). “No deseabas holocausto ni expiación. Entonces dije: Aquí estoy; En el rollo del libro está escrito de mí; El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”. De hecho, es el Mesías quien trae virtuosidad a través su voluntad y obediencia. Este es el mensaje de los libros de Moisés y de todos los profetas. Así también Gabriel dice que el sacrificio no ha de ser adecuado; declara que: “Se quitará la vida al Mesías, y no por él mismo” [Daniel 9:26]. ¿Qué significa que no será por él mismo? Averiguad a qué se refiere. Le está hablando a Daniel sobre su pueblo y su santa ciudad. No tendrá nada de esto, de modo que su santidad ya no estará con Él ni en Él. Así Salmos 16:4 dice: “No ofreceré yo sus libaciones de sangre, Ni en mis labios tomaré sus nombres”.

Asimismo leemos en Isaías 4:3: “El que fuere dejado en Jerusalén, será llamado ‘Nesu awon,levatus peccato’: santo”. Y Jeremías 32 también promete otro, un nuevo pacto en el que no reinará Moisés con su pacto, sino: “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” [Jer. 31:34]. Es, en efecto, un pato de gracia, de perdón, de remisión eterna de todos los pecados, lo cual, por supuesto, no puede llevarse a cabo por medio de la espada, como aspiran a hacer los kokhbaítas. No, esto fue traído al mundo por pura gracia a través del

Mesías crucificado, para virtud y salvación eternas, como declara Gabriel aquí.

Como ya fue dicho, las palabras de Gabriel son muy ricas, la totalidad del Nuevo Testamento se resume en ellas. En consecuencia, se necesitaría más tiempo y espacio para exponerlo completamente. Por el momento bastará convencernos de que es imposible darle sentido a esta declaración si no se la entiende como refiriendo a nuestro Señor Jesucristo de Nazaret y a ningún otro Mesías o Rey. Esto es cierto asimismo porque en ese momento, en la última semana, a ningún otro Mesías le fue quitada la vida; dado que como claramente lo indican las palabra de Daniel debe haber un Mesías a quien le fue quitada la vida en ese momento.

Y, por último, también las palabras de Hageo señalan a éste y no a otro. Dado que desde el tiempo de Hageo en adelante no hubo otro a quien ni con la más mínima verosimilitud pudiera llamárselo “el *chemdath* de todos los gentiles”, su alegría y consuelo que no sea Jesucristo. Durante mil quinientos años los gentiles han hallado en Él consuelo, dicha y alegría, como puede notarse fácilmente y como los propios judíos confirman con sus maldiciones. Pues, ¿acaso por qué nos maldicen? Sólo porque a este Jesús, el verdadero Mesías, lo confesamos, alabamos y loamos como nuestra consolación, dicha y alegría, de quien no habrá de separarnos verdugo o enemigo, en quien y para quien viviremos y moriremos con confianza y por propia voluntad. Y cuánto más lo vituperen y difamen los judíos, los turcos, y todos los otros enemigos, tanto más firme nos aferraremos a Él y tanto más lo amaremos, como Él dice en Mateo 5:11 f.: “Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos”. Alabado seas, gloria a Ti, al Padre, y al Espíritu Santo, el único Dios verdadero. Amén.

He aquí el ensayo, caballeros y queridos amigos, que habéis suscitado en mí con vuestro folleto de un judío demostrando su habilidad en un debate con un cristiano ausente. Gracias a Dios, este judío infame no sería capaz de hacerlo en presencia mía. Mi ensayo, espero, pondrá a disposición de los cristianos (que de cualquier modo no desean convertirse en judíos) material suficiente para que no sólo se defiendan de los ciegos y venenosos judíos, sino también para que se vuelvan el enemigo de la maldad, las mentiras y las maldiciones de los judíos, así como también para que entiendan que las creencias de estos ladinos son falsas y que sin dudas están poseídos por todos los demonios. Que Cristo, nuestro querido Señor, los convierta misericordiosamente y nos ampare incondicionalmente en nuestro conocimiento de Él, que es la vida eterna. Amén.